



EL

NUMBRO  
INFINITO

KAROL SCANDIU

EL NÚMERO INFINITO

Primera edición: Abril 2017

© Derechos de edición reservados.

© Karol Scandiu

Portada y Cubierta: ©Karol Scandiu

Imagen de portada: ©>Pixabay

ISBN-13: 978-1545563779

ISBN-10: 1545563772

Registro SafeCreative: 1 704141 715616

-  
-  
-

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta y las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Obra registrada y con todos los derechos reservados.

*Por cada persona que es más que un número  
y lo es todos a la vez en nuestras vidas.  
Para ti, para mí, por nuestros corazones.*

# índice

[Día 0](#)

[Día 1](#)

[Día 2](#)

[Día 13](#)

[Día 18](#)

[Día 25](#)

[Día 37](#)

[Día 43](#)

[Día 56](#)

[Día 63](#)

[Día 64](#)

[Día 65](#)

[Día 66](#)

[Día 68](#)

[Día 85](#)

[Día 86](#)

[Día 87](#)

[Día 88](#)

[Día 90](#)

[Día 94](#)

[Día 96](#)

[Día 109](#)

[Día 110](#)

[Día 111](#)

[Día 115](#)

[Día 121](#)

[Día 122](#)

[Día 141](#)

[Día 142](#)

[Día 160](#)

[Día 180](#)

[Día 181](#)

[Día 183](#)

[Día 185](#)

[Día 187](#)

[Día 200](#)

[Día 201](#)

[Día 230](#)

[Día 240](#)

[Día 251](#)

[Día 0](#)

[Agradecimientos](#)

# Día 0

HAY VEINTISIETE pasos desde la biblioteca hasta la habitación de mis padres. Veintisiete pasos. Hace cuatro días tardé tres minutos en alcanzar el quicio de la puerta antes de caer inconsciente frente a sus cuerpos sin vida. Mi padre todavía sostenía la pistola. Mi madre estaba en una posición antinatural; su cabeza colgaba flácida por el lateral de la cama de matrimonio, sus ojos fijos y vidriosos en algún punto más allá del pasillo detrás de mí. Todavía me pregunto que si en lugar de tres hubiese tardado dos minutos podría haberme despedido de ellos. Y eso no me consuela. Ni un poco.

Me seco las lágrimas en las hombreras de la chaqueta de mi traje negro al oír la puerta abrirse. Pienso en que sería más fácil hacerlo con las manos, pero sé —soy muy consciente— de que estoy esposada. Y no necesito una humillación más frente a nadie, menos todavía la de limpiarme la cara con las pulseras oficiales del Estado de California.

Alexander Cristol se sienta frente a mí. Su primera palabra es una mezcla de disgusto con algo reseco en la garganta que no podría repetir. Es un buen hombre, se acerca a los sesenta, sus canas y las finas líneas de desaprobación continúa que le rodean los ojos le delatan.

—Doce —susurro. Él levanta la cabeza y yo le agunto la mirada. No pienso llorar.

—¿Tantas?

—Sí. Tantas —contesto, y él esboza una especie de sonrisa medio ladeada. Si mis labios pudieran llorar, seguro lo harían por mis ojos.

—La cosa está muy complicada, Alice, no te voy a engañar. —Sus ojos se pasean de los míos a su carpeta negra, cerrada frente a él sobre la mesa.

—Trece.

—Puedes ser muy irritante cuando te lo propones, ¿lo sabes, verdad?

—Cuando me lo propongo.

Él sonrío un poco, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Te conozco desde que eras una enana mocosa corriendo por el patio mientras hacíamos barbacoa —empieza a hablar. La conversación me incomoda más allá de lo que puedo expresar con palabras, y al fin rompo contacto visual, dirigiendo mi ojos hacia mis muñecas amoratadas—. Tu padre solía decir que naciste con la tabla del cinco debajo del brazo. Ya entonces te pasabas horas en la pizarra, sumando y restando...

—Señor Cristol, por favor...

—Lo siento. —El letrado carraspea, se ve que intenta con todas sus fuerzas recomponerse.

Intento evocar algún recuerdo que no incluya sangre o dolor. Los hay, a docenas, estoy segura de que si me pongo a contarlos perdería la cuenta. Pero ahora mismo no puedo; lo único que veo es a mis padres muertos, son una imagen fija en mis retinas cada vez que cierro los ojos.

Alexander no solo es el abogado de la familia, sino, que es casi un hermano para mi padre... lo era. Él y su esposa Marie iban a casa a cada dos fines de semana a pasar la tarde, a veces en ocasiones se quedaban a dormir en la habitación de invitados. No tenían hijos, pero solían decir que no les hacía falta, que nos tenían a Tommy y a mí. Oh, Tommy... no, definitivamente hoy no es buen día para evocar recuerdos de nada en absoluto.

—Catorce —resoplo y me dejo caer un poco en la silla. Mi espalda me está matando, la herida de mi pierna late y quema a la par. Necesito un analgésico con urgencia, y a juzgar por la cara de Alexander no

estamos ni cerca de irnos a casa. O de vuelta a la comisaria.

—A tu madre le volvías loca con eso de contar. —Vuelve a sonreír un poco, y entonces abre su maletín sacando papeles al azar, aunque si se lo pregunto dirá que sabe exactamente lo que hace. Lo único que intenta es ganar tiempo, le conozco demasiado bien. Y ahora ya van quince.

—No le gustaba porque no le apetecía que le prestaran atención todo el tiempo. Ella prefería leer y pasar desapercibida. Le resultaba más fácil así perderse en su mundo.

No me doy cuenta de lo mucho que hablo hasta que mis palabras se cortan por un sollozo que no reconozco como mío.

—Lo sé, Alice, lo sé... —El abogado está a mi lado, me rodea con los brazos.

El contacto físico nunca ha sido una de mis cosas favoritas, consta decir que tengo pocas, pero en esta ocasión me dejo. Imagino que es mi padre. Hace cuatro días que no lo abrazo. Y nunca volveré a hacerlo.

—Podría decir que van dieciséis, pero estoy cansada de prolongar esto —hablo mientras me aparto con todo el tacto que puedo—. Así que dime de una vez: ¿cuánto piden?

El letrado se aleja de mí, se sienta en la silla al otro lado de la mesa y vuelve a suspirar. Una vez más que intenta prolongar el momento sin decirme lo que sabe. Van diecisiete.

—Dos años. Podrás salir por buen comportamiento en quince meses, puede que doce. El juez quiere sentar un precedente, ya sabes que está a favor de la lucha de los moralistas en contra de las armas, eso le serviría para poder sentar cátedra sobre el tema...

El mundo se retuerce a mi alrededor. Todo se vuelve borroso y lejano. Intento pensar en que estoy sentada, que no me caeré, pero la silla tiembla, todo lo hace. Las sacudidas empiezan en el centro de mi pecho y se esparce como culebras por mis extremidades. Me falta el aire, sé qué tengo que hacer, mi propia voz me dice que baje la cabeza y la meta entre las rodillas, que respire despacio, pero no puedo. Nada va despacio, todo corre y se zarandea.

—No era un arma —llego a resollar, apenas escucho mi propia voz—. ¡Ni siquiera era una puta arma!

Y acabo de gritar tan alto que dos agentes invaden la habitación.

—Tranquilos, va todo bien —indica el abogado, y los hombres uniformados salen despacio, sin apartar la vista de mí.

Estoy sentada con la cabeza agachada, la cara empapada, seguro moqueo, y no pienso dejar que nadie me haga sentir más humillada todavía:

—¿Queréis una foto? —Escupo entre dientes.

Cuando la puerta se cierra mi abogado tira de la silla y se sienta frente a mí.

—Sé que no era un arma de fuego, no la que tú usaste al menos; pero sabes que la fiscalía está empeñada en juzgarte por asesinato porque el chaval era menor de edad y tu padre tenía el arma y la disparó...

—¡Al puto techo mientras moría! —Chillo y no sé si logro hacerme entender. Las palabras salen atropelladas, dolidas.

—Lo sé. Pero disparó, y tras la autopsia se ha confirmado que el menor estaba bajo los efectos de estupefacientes; se están empeñando en que no controlaba sus actos y que se asustó...

—Y es el sobrino del puto alcalde. —Levanto la cabeza, la barbilla en alto, y sé que si el abogado se aleja de forma instintiva es porque el odio que siento en este instante se puede ver en mis ojos.

—Sí. Y es el sobrino del alcalde.

—Y tiene ocho abogados —sigo hablando, una vez más, mantengo la vista fija en la suya—. Y entró en mi casa en medio de la noche, disparó a mi padre porque se despertó y a mi madre por estar allí, y

luego tuvo tiempo de ir a la biblioteca a por lo que fuera que estuviera buscando, logró dispararme en la pierna, y si no fuera porque agarré el maldito abrecartas y forcejeé con él acabando por clavárselo en el estómago, me hubiera matado a mí también. Pero todo eso no tiene importancia, ¿a qué no, letrado? La fiscalía considera que estaba demasiado colocado como para saber lo que hacía.

Alexander Cristol parece marearse. Creo que de no estar sentado se habría caído. Sus ojos se anegan, pero traga el nudo y las lágrimas sin permitirse llorar. Sé que cuando salga de aquí y llegue a su casa se derrumbará en el regazo de su esposa Marie y llorará a su amigo. Lo sé. Y eso me parte el alma de por sí destrozada.

—Ojalá pudieras hablar frente al jurado —murmura negando con la cabeza.

—¡Lo haré! —Casi grito—. Deja que hable yo. Deja que...

—No puedo y lo sabes, Alice. —El hombre se acerca más y me coge de la mano—. Alice, pelirroja y llena de vida como el fuego de tu melena —bromea, las mismas palabras que mi padre solía decir cuando me pillaba en alguna trastada.

Llaman a la puerta y Alexander se levanta, regresando a su sitio en la mesa mientras indica que pueden pasar. Intento aprovechar este momento para recomponerme un poco, cierro los ojos e inspiro profundamente, hasta que un dolor agudo y punzante me cruza el costado derecho. Gimo en voz baja y me llevo las manos esposadas a la zona. Mi hígado se siente ignorado y quiere formar parte del momento.

—¿Estás bien, Alice? ¿Alice?

Miro al frente y veo que el abogado está parado en la puerta, presto a salir. A su lado un joven becario sujeta el pomo y me mira con miedo. Me entran ganas de hacer un movimiento brusco mientras pongo cara de loca. Seguro que el chico se mea encima. Pero este pensamiento solo me dura un segundo; mi hígado vuelve a recordarme con otra punzada que no es momento de sacar mi lado más adorable.

—El fiscal ha solicitado hablar conmigo, volveré enseguida —indica y se vuelve del todo hacia mí. Su entrecejo se frunce aún más, creando un surco profundo que casi une sus cejas tupidas—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame al médico? Podemos...

—No necesito médicos ahora mismo... gracias.

—Volveré enseguida, ¿de acuerdo?

Miro como el abogado sale, y justo cuando el muchacho trajeado va a cerrar la puerta le guiño un ojo y le digo adiós con la mano, sacudiendo las esposas para que hagan ruido. El chico cierra de un portazo.

Intento reírme pero el dolor no me deja. Nada me deja hacerlo.

Miro el reloj en la pared. La luz del sol se cuelga por las brechas de la persiana, convirtiendo el revestimiento de madera que me rodea en una especie de cebra color caoba. Las 11:45. Me estremezco. La vista de hoy está marcada para las 12:30. El que la oficina del fiscal quiera hablar con mi abogado por segunda vez y cuando queda tan poco tiempo solo puede significar dos cosas: algo muy malo o algo peor.

Me recuesto en la silla e intento pensar en mis padres, una vez más lucho por traer a mi memoria un recuerdo diferente a los que me azotan los últimos días, y veo a mi padre sentado en la mecedora del patio mientras me regaña entre risas por ponerme perdida de tierra. Me acaricia la coronilla y entona su retahíla predilecta: «mi pequeña pelirroja, con el mismo fuego dentro que el de tu melena». Tengo siete años y me río con ganas. Hay barro por todas partes, y mi madre —más enfadada que él— me desnuda dentro de la bañera; me miro la cara en el espejo y me parece gracioso el contraste de las gotas de barro con mis pecas. Mi madre sonrío, las mismas pequitas oscuras le salpican la nariz y los pómulos aquí y allá, su pelo rojizo está atado en un moño desenfadado, y sus delicados dedos me hacen cosquillas en los sobacos mientras la bañera se llena del todo.

Entonces, sumergida en ese recuerdo, el mejor desde hacía una eternidad, el aroma del jabón de miel

me invade los sentidos: el olor de mamá. Ella siempre usaba el mismo, ella olía a miel y flores, dulce, desprotegida... y la veo tirada en su cama, su cuello torcido, su cara fría luchando con un grito que se quedó estancado en su garganta, y recuerdo a mi hermano, su pelo moreno y brillante como el de mi padre, sus ojos verdes y grandes, su vitalidad, su fuerza, y le veo muerto como ellos, aunque él está en un ataúd, vestido con un traje demasiado fino para su gusto; a sus pies están mis padres, pero no le lloran como lo hicieran hace cinco años cuando nos dejaba, ahora están en pijama, empapados de sangre, y me miran como si fuera mi culpa que todos estuvieran muertos, como si me juzgaran por seguir con vida.

Me despierto con un golpe seco contra el cristal. Me quedé dormida sin darme cuenta. Una paloma atontada por el choque contra la ventana arrulla y echa a volar. Ojalá pudiera hacerlo también. Pero sé que la libertad está muy lejos de mi alcance en estos momentos. Vuelvo a mirar el reloj: las 13:16. Joder. Seguro que no será una mala noticia, será la peor.

Llevo días sin apenas pegar ojo y sé que en cuanto me descuide volveré a quedarme dormida. Me esfuerzo por no hacerlo y me recuesto un poco en la silla, intentando mantener el recuerdo de mis padres con vida en mi memoria. Si lo pienso con frialdad, sea cual sea la noticia que traerá mi abogado, no será peor de lo que ya estoy pasando. Mi familia no está, nunca volverán. Qué más da adónde vaya cuando salga de aquí.

# Día 1

EL AGENTE uniformado me guía hasta la sala de espera de los acusados. Me mira como si fuera una alimaña que está deseando pisotear. No le hago mucho caso, estoy demasiado cansada. Hoy he dormido igual de mal que desde hace cinco días, con el aliciente de que mi vecina de celda se conocía el repertorio completo de *Abba*, y no se ha callado en toda la maldita noche. Al menos así, lo poco que dormí, no he soñado.

También es cierto que paso de la cara del policía porque tengo la cabeza hecha un caos; el día anterior pasadas las tres de la tarde, el agente de traslado irrumpió en la sala y me dijo que mi abogado no volvería y que se cancelaba la vista hasta el día siguiente. Pregunté un par de cosas, y sin sorpresa para mí, no contestó a ninguna, así que me callé y dejé que me llevara de vuelta a la Comisaría Tres del centro. El número tres tiene todo un significado en los últimos días en mi vida. Pero, y por primera vez en mucho tiempo, no tengo fuerzas ni para formular teorías matemáticas.

Me siento y el agente asegura mis esposas antes de salir de la sala. Mis muñecas son todo un cuadro de machas amarillas, negras y verdosas aunque apenas las noto.

En cambio, mi hígado sí me está matando. La verdad es que literalmente me está matando. Aunque en estas lleva de hace mucho tiempo y no creo que termine de hacerlo hoy. No tendré tanta suerte.

No pude hablar con mi abogado desde entonces; no permiten las visitas en la penitenciaría, y nunca antes deseé tanto ver a alguien en concreto.

Antes de venir a los juzgados el coche patrulla me trasladó al hospital para que me administraran mis medicinas; desde que ingresé en prisión —les faltó poco para detenerme en el mismo quirófano mientras extraían la bala de mi muslo—, no se me ha permitido pincharme yo misma ni tener acceso a medicinas; según el abogado, el fiscal cree que hay un alto riesgo de que me suicide. No es que no se me haya pasado por la cabeza; pero mi madre jamás me perdonaría si lo hiciera, y puede que esté muerta, sin embargo yo nunca haría algo que le partiera el corazón. Así que no lo saben, pero podrían descuidarse con el tema.

La enfermera que me atendió es la misma que me ve cuando acudo a las revisiones a cada dos semanas desde hace casi cuatro años, y por supuesto que no me trató como de costumbre. Me estaba pinchando y sus ojos iban de mi brazo a mi cara, de ahí a mis muñecas, y de estas a su espalda, asegurándose de que el policía seguía en la puerta. Resulta triste que una persona que hacía unos días te llamaba por tu nombre de pila y se preocupaba de no hacerte daño al ponerte una inyección, ahora te mire como si fueras un monstruo. Es distinta a la sensación de que te traten como a un insecto pero duele igual.

La doctora Mc'Merry entró en la sala y le dijo a la enfermera que saliera, acabando ella de administrarme la medicina. Su cara reseñaba algo muy distinto, aunque no por eso menos incómodo: pena. Me miraba como si fuera un perro a punto de ser sacrificado y no porque esté enfermo sino porque sus dueños no le quieren. Iba a decirle que no es necesario, pero me pongo en su lugar y sé que sentiría lo mismo por cualquiera en mi situación.

Sonreí cuando ella me pasó un ungüento amarillento en las muñecas, reí cuando el policía resopló ante su pregunta de si podía quitarme las esposas para poder hacerlo, y se me quitó cualquier atisbo de divertimento cuando, justo antes de salir, ella me aseguró de que tenía el seguro pagado por dos años más y que seguiría siendo mi médica independientemente de mi *culpabilidad*.

Se me ocurrieron al menos diez de frases hirientes con las que contestar. Y me las tragué todas con

una sonrisa. Estoy segura de pocas cosas, pero una la tengo muy clara: ingrese en prisión o no, la doctora Mc'Merry no seguirá siendo mi médico.

Miro el reloj que se ha convertido en mi mejor amigo los últimos días: son las 11:18. Me sudan las manos y cada vez que las restriego por los pantalones mis muñecas arden. Siempre he sido muy sensible a los golpes, así que no es de extrañarse que parezca que me han esposado con hierro candente. Y encima no puedo secarme las palmas en condiciones porque me han dado diez puntos de sutura en la herida de bala en mi muslo izquierdo.

Cuando la puerta se abre un zumbido agudo me invade los oídos. Siento que me desmayaré de un momento a otro. Cierro los ojos y respiro hondo.

Las manos cálidas de Alexander sobre mi brazo me tranquilizan un poco y suelto el aire que hasta entonces he contenido. No tengo ni idea de que si lo que veo en él me consuela o aterra.

—Tienen que mirarte eso —dice rozando mi muñeca derecha.

—Ya me lo han mirado. Por favor, señor Cristol, dime de una vez que está pasando.

No quiero que suene a súplica. Ha sido inútil.

—Bueno, veamos... —El abogado se sienta y abre su cartera, ahora sí estoy segura de que sabe qué papeles busca. Otro motivo más para que me aterre por segundos.

—¿Y? Por Dios, no tengo ni fuerzas para contar cuantas veces has fruncido el ceño en los últimos veinte segundos.

—Al parecer mi alegato en la vista de anteayer ha surtido algo de efecto en el jurado y la fiscalía lo sabe. El hecho de que no tengas antecedentes, tu formación académica, y sobre todo, la defensa propia, han tambaleado un poco al jurado público, así que han ofrecido un trato. —Quiero decir algo, interrumpirle, así que me muerdo los carrillos por dentro y le presto atención—. Saben que podemos recurrir, y que a los doce meses podrías salir de prisión, así como saben que tus gastos médicos son elevados, y el alcalde no es que esté muy predispuesto a que el estado te mantenga durante un año entero como mínimo.

—Qué desconsiderado —añado con sarcasmo sin poder evitarlo.

Sé que Alexander es la última persona que quiere perjudicarme en estos momentos, sin embargo no puedo dejar de repasar sus palabras, de contar cada sílaba, de sumar la frialdad de los hechos con lo duro que resulta oírlos.

—Lo siento, sabes que no es lo que pienso ni mucho menos, pero tengo que exponerte todo para que lo tengas claro.

—Sigue, por favor.

—Como decía, de la condena de treinta y seis meses cumplirías veinte como máximos o doce según salgan las apelaciones, si es que logran que el jurado te condene por Asesinato en Segundo Grado, y el coste de mantenerte en prisión será excesivo, eso sin tener en cuenta que, si el jurado no falla por mayoría, el juez podría condenarte a dieciocho meses y que salieras antes, o, a más tiempo, pero que recurriríamos y... eso podría dilatarse durante meses, y no quieren eso. El alcalde quiere restarle atención a su familia, y yo tengo que mirar por ti; el Juez Collins es un anti armas titulado, y aunque el jurado fallara a tu favor él podría aumentar la condena, sobre todo porque odia los juicios mediáticos así que se ha vuelto impredecible. Ofrecen que te declares culpable de Homicidio Doloso. Te condenarían a dieciocho meses de arresto domiciliario con tobillera; estarás bajo tus costes personales y médicos.

Me quedo callada, creo que ni parpadeo. La verdad es que quiero decir algo, pero no sé ni por dónde empezar.

»Habrás un agente asignado para el traslado médico a tus revisiones a cada dos semanas, así como en caso de urgencia. Me he asegurado de que tendrás una línea telefónica y podrás recibir llamadas, aunque

pasarán por la centralita de una comisaria, también de que podrás tener acceso a internet para tus estudios, que ya sé que lo necesitas; revisarán los ordenadores de tu casa para poner los cortafuegos necesarios, pero eso será lo de menos; podrás ordenar las compras desde casa y todo lo que necesites, y he logrado que no haya restricciones a las visitas que recibas, siempre bajo el parecer de tu agente asignado. Haré los papeles y solo tendrás que firmar para que así *Mineralia*, como eres la única heredera, siga en marcha sin contratiempos, eso y la herencia; me encargaré de todo y si, te parece bien por supuesto, tendré el fideicomiso de los negocios y cuentas heredadas hasta que se termine la condena; lo que está a tu nombre seguirá estándolo, ya que así todos tus gastos serán por tu cuenta... ¿me estás escuchando, Alice?

Decir lo que siento en este exacto momento sería imposible. Me faltarían letras, me quedaría sin números.

Hace dos semanas fue mi cumpleaños.

Cumplí los veintinueve.

No me quedan parientes vivos y me pasaré el próximo año y medio detenida por un crimen que no cometí por mucho que una sentencia diga lo contrario.

Miro a mi abogado, el señor Cristol, hubo un tiempo en que le llamé tío Alex.

En mi mente solo hay una palabra, ocho letras que retumban de un lado a otro, revolviendo mis sesos y mis tripas:

«Culpable».

## Día 2

NO SOY UNA persona muy sociable. Mi hermano Tommy era el experto en tenerles despiertos a mis padres hasta las tantas. Yo, en cambio, prefería pasar el tiempo estudiando, ya que, y no vale de nada negarlo, mi amor por las matemáticas en ocasiones me cegaba hasta tal punto de que quería a los números más que a las personas.

Ahora añoro las discusiones con mi madre cuando intentaba por todos medios sacarme de casa. En una ocasión llegó a llamar a mis amigas de la infancia que no veía desde los trece años para intentar que saliera. Tenía veintiuno para entonces. Pitágoras requería mi atención más que un par de cervezas y aunque ella lo hiciera de corazón no valía de mucho.

En estos momentos me encantaría una copa. No es que el alcohol entre en la lista de la compra del estado —qué menos en la de cosas que puedo consumir—, así que me siento frente a la ventana de la habitación con una taza llena de algo que sí puedo tomar. El té está caliente, lo dejo en el alféizar y cojo mi libro: «*El último número primo*», reza la portada. Antes, cuando todavía tenía algo dentro además de amargura, me emocionaba cada vez que veía mi nombre en la cubierta de esta undécima edición académica. Mi padre estaba tan orgulloso que fue personalmente a la casa de los vecinos cercanos y les entregó una copia. Todavía me pregunto qué mesa ha calzado la señora Rimell con su ejemplar.

Mi abogado me convenció y al final acepté el pacto que ofrecía el fiscal. Tener que levantarme y decir ante toda una sala que me declaraba culpable, ha sido, con diferencia, una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Reconocer los restos de mi hermano cuando murió encabeza la lista junto a encontrar los cuerpos de mis padres. Al menos me queda la tranquilidad de que todo por lo cual luchó mi padre a lo largo de su vida quedará intacto. Nunca quise *Mineralia*, su empresa; él la fundó y la levantó por nosotros, pero sobre todo porque tenía depositadas en Tommy las esperanzas de que el negocio siguiera en la familia. Así pues, mientras que dure mi condena, Alexander se encargará de estos temas, y cuando todo esto termine veré qué hacer con los inmuebles, la empresa, la herencia... lo único que quiero es a ellos de vuelta.

No soy culpable. Cada vez que me miro a un espejo me repito eso en voz alta. No he *asesinado* a nadie; he matado al hijo de perra mal criado que asesinó a mis padres. Y encima fue un accidente; no es que apuntara con el abrecartas a su arteria hepática. La biología nunca ha sido lo mío. Los números se pueden borrar y repetir la ecuación, el cuerpo, la medicina, eso tiene poco arreglo si te equivocas.

Cuando salimos del juzgado Alexander Cristol —que insistió entonces en que podía volver a llamarle tío Alex—, se enzarzó en una discusión nada amigable con el agente que me conduciría a mi prisión particular: quería que me quitaran las esposas. Resultó inútil, y hasta que no estuve en la misma puerta, con los pies dentro, no me las quitó.

Llevo dos días de mi condena. Bueno, matemáticamente hablando, todavía no los he cumplido. Y aunque esa sea mi casa, donde crecí y regresé a vivir con mis padres desde hace poco más de un año, en estos momentos más que nunca, me parece una casa ajena, me ahoga esta sensación constante de que tengo que excusarme incluso para usar el cuarto de baño.

Cuando llegué, el martes pasado, llevaba fuera desde... aquella noche. Mis últimos recuerdos de aquí son mis padres sin vida y para cuando me desperté en el hospital tras la cirugía estaba esposada a la cama y un guardia hacía turno frente a la puerta de mi habitación. De ahí a la comisaria al día siguiente, y de esta, a los dos días de juicio. Consideraron que como la bala no provocó daños que pusieran en

peligro mi vida, podría estar sentada quince horas en una sala de juzgados. Es lo que tiene matar al sobrino del alcalde. Pasan a tenerte como la persona más importante del momento.

En cuanto el policía me quitó las esposas al llegar lo primero que hice fue rodearme con los brazos. Apreté tan fuerte que mis costillas chascaron. Es como cuando quieres pellizcarte para estar seguro de que no sueñas; necesitaba asegurarme de que era real. Miré al salón y me sentí desprotegida, vacía. Otro agente apareció y ordenó que me sentara. Mi abogado estaba presente y fue quien me guió hasta el sofá porque me quedé paralizada. Me puso la tobillera y me dio una serie de directrices a las cuales no le presté atención, y entonces, al fin, tras ciento trece horas y unos cuantos minutos que prefiero no contar, me quedé sola.

Antes de marcharse, mi abogado, tío Alex, me entregó una hoja con las instrucciones —o normas— del dichoso aparato que ahora llevo a modo de tobillera, me depositó un beso en la frente y me dijo desde lejos —o será que yo le oía lejano—, que se pasaría a verme al día siguiente para responder cualquier pregunta que tuviera. No me extraña que no haya venido. Ni ayer ni hoy. Ha llamado, eso sí. Es la única persona que lo ha hecho.

Es curioso lo rápido que huyen todos cuando dejas de servirles, o como es mi caso, no sirves para lo que quieren. Miro hacia la calle e incluso tengo ganas de reírme: nadie, ni un solo vecino se ha acercado, y sé que me vieron llegar. Ni siquiera se han dignado a darme los pésames. He pillado a la señora Rimell mirando desde la ventana en un par de ocasiones, su casa está cruzando la calle. Me imagino que le habrá prendido fuego a mi libro. Nadie ha venido. Y los niños pequeños de los Grimman que se han acercado a tirar huevos a la puerta principal no cuentan. Todavía no he salido a limpiar.

Lo primero que hice anteayer fue subir a la planta superior, directa a la habitación de mis padres. Cualquiera diría que soy masoquista, pero sentía que debía hacerlo. Quizás, en el fondo, albergaba la esperanza irracional de que nada ha ocurrido, de que vería a mi madre haciendo la cama mientras mi padre refunfuña sobre la cantidad de almohadas que pone de adorno. Me quedé de pie mirando al centro de una habitación desnuda, con una cama sin colchón, un suelo sin alfombra, olor a lejía en el aire, incluso las cortinas han desaparecido. Mi madre les daría una patada en el culo por tocar sus cortinas.

Cerré la puerta en silencio y lo mismo hice con la biblioteca, otro cuarto que parece un esqueleto, hasta quitaron la moqueta. Será que nosotros los asesinos sangramos demasiado.

Llevo desde entonces encerrada en mi habitación, de aquí voy al baño que menos mal está dentro, y lo más lejos que llego es a la cocina. Creo que puedo sobrevivir así, con este espacio. Es más de lo que tenía en mi pisito en el centro. El problema no son los metros cuadrados, sino lo que habita en ellos. Y la casa está llena de esta presencia dolorosa y espesa, como un perfume dulzón que se te pega a la nariz evocando un recuerdo lejano y desagradable. Hay demasiadas risas insonoras aquí dentro. Demasiado de quienes no volverán.

El tío Alex intentó que fuera mi piso el lugar en cual estuviera recluida durante la condena. Por supuesto ni han sopesado esa posibilidad; según la fiscalía han tenido en cuenta que esta, la casa de mis padres, es mi última residencia reconocida. Según yo, el fiscal y el alcalde han querido asegurarse de que vivir aquí sea parte de mi castigo. En todo caso me da igual la una que la otra. Soy lo suficientemente inteligente como para saber que no puedo vivir amargándome por dentro o me volveré loca.

He pasado toda la mañana revisando mi ordenador portátil, el mismo que miembros de la policía muy competentes y trabajadores han dedicado horas en volver invulnerable ante cualquier modificación, cerciorándose de que solo pueda acceder a cosas como el reproductor de música, la calculadora, el Word, y el navegador para usar el email y *google*, eso sí, con un «*control parental*» que incluye palabras como: *muerte*, *suicidio* y *bomba*. Supongo que temen que me vuele a mí misma por lo aires. Ha sido divertido teclear estas palabras y ver el aviso de que están restringidas; me imagino algún cerebritito mal

pagado vigilando mi historial y todo histérico pensando en si decírselo o no al comisario. De momento no han venido a verme, así que supongo que no ha sido el caso.

He terminado hace un rato, soy tan buena persona que lo único que hice fue ayudarles a ayudarme: no hay nada en este mundo que no se arregle con un poco de códigos binarios y uno que otro virus de cosecha propia. Netflix ya está operativo. Amadores.

Dejo mi libro a un lado y cojo el ordenador, apoyándolo en una esquina del diván que tengo a los pies de la ventana. Creo que veré *Orange Is The New Black*. Va de una cárcel femenina. Será curioso.

# Día 13

HE INTENTANDO hacer la compra esta mañana. El proceso ha resultado ser muy interesante: he creado una lista que he enviado al email de una señora que se llama Rose Marie R. S., ella ha contestado diciendo que tenía que rehacerla pues contenía productos que no podía comprar, así que obedecí añadiendo al listado todo lo que tengo vetado, y entonces ha venido un agente a verme.

El oficial resultó ser mi agente asignado, el mismo que no vino antes porque aún no me habían asignado ninguno. Me dijo que debo llamarle: *Agente Scotland, para ti, reclusa*, y que habría venido de todos modos —sin necesidad de que intentara comprar nada extraño— porque hoy tocaba la revisión médica. Sí, el Síndrome de Wilson por fin me sirve para algo; tras trece días de encierro finalmente he tomado el aire aunque fuera al entrar y salir del coche patrulla. No me ha dejado bajar la ventanilla.

Cuarenta y cinco. Han sido las veces que él ha puesto los ojos en blanco y apretado la mandíbula al mirar por el retrovisor. Intenté sacar conversación, así que le pedí ir al supermercado. Ni se ha reído. Cuando llegué a casa tenía un paquete frente a la puerta, y ha sido, con diferencia, el momento más emocionante de mi vida en las últimas semanas: el *Agente Scotland, para ti, reclusa* ha sacado su arma y se ha puesto frente a mí, medio agachado, como si estuviera a punto de llevar a cabo la redada del año; caminó despacio, indicando sin girarse que no me moviera, se acercó al paquete, le pegó una patada, el bulto se movió un poco, él se puso tenso, y entonces la bolsa de papel se tumbó y llenó la alfombra de la entrada con caca de perro. Los críos del vecino no tienen bastante con los huevos podridos.

—Todo controlado —dijo enfundando el arma—. Sigue andando, reclusa.

He tenido que morderme la boca por dentro para no reírme. Es un señor mayor, diría que demasiado para seguir ejerciendo como agente de la ley, lo cual me lleva a pensar que quizá por eso está encasquetado de niñera conmigo.

Entré en casa y ahí terminó la gracia —al menos para mí—: se conoce que la señora Rose Marie R. S. se encargó de hacer ella misma mi lista de la compra: unas cuantas manzanas, tofu, yogur desnatado, leche de soja, dos bolsitas de galletas digestivas y un paquete de *compresas extra largas para las noche de flujo intenso*.

Estoy comiendo una manzana. Creo que la señora Rose Marie tiene problemas digestivos o intenta decirme algo.

# Día 18

ENTERRARON A mis padres en el panteón familiar. Ahora tiene tres inquilinos. El tío Alex me lo ha comunicado vía email ayer por la tarde. Se conoce que está tan ocupado que no pudo darme la noticia por teléfono. Su mujer, Marie, todavía no me ha llamado. Ni ella ni nadie. Sé que les dieron sepultura a los pocos días de lo ocurrido, sé —porque duele cada vez que lo pienso— que no me permitieron ir al entierro, sé —porque lo oí comentar a un par de oficiales— que acudió mucha gente y que había una corona que decía: «*Tus adorados hijos os echarán de menos*». Metafórico o no, el que haya elegido las palabras no tuvo en cuenta que un hijo está muerto y la otra prisionera. Ha sido un detalle, sin embargo. El único que tuvieron conmigo aunque metieran la pata.

Mi compañero Wilson decidió que lleva demasiado en silencio y he tenido una crisis horrible. Estoy tirada en el sueño del cuarto de baño; hay una mancha en el techo que me recuerda la cara de un mapache. O será la de Jesús. Supongo que cada uno ve lo que necesita para sentirse mejor.

Sí. Es un mapache.

Llevo desde las cinco de la mañana aquí. Hace un par de horas que ha salido el sol.

Creo que debería de llamar al *Agente Scotland, para ti, reclusa*.

# Día 25

EL SÍNDROME de Wilson es genético. Según estudios, se sabe que hace falta que ambos padres tengan el gen, y existe un veinticinco por ciento de probabilidades de que los hijos lo tengan. Yo lo tengo pues como con todo en la vida la matemática tiene su importancia, y los porcentajes, que tanto me gustan, en general no han estado muy a mi favor nunca. La cosa va de grupos y yo estoy en ese 0,00001% que lo tiene muy jodido «*con reticencias*». Aún intento saber qué quiso decir con eso el médico en su momento.

Llevo seis días malísimos. Hoy me siento un poco mejor, aunque no lo suficiente. Al menos no estoy tirada en el baño. Me da tiempo a correr al servicio cuando sé que voy a vomitar.

Mi cuerpo absorbe demasiado cobre y este se pasea a sus anchas por mi organismo. Se suele acumular en el hígado, los riñones, el cerebro y los ojos. A mi hígado le gusta la atención, así que os podéis imagináis donde el cobre suele pasar sus vacaciones estivales.

Me siento débil, y el temblor en mis manos y piernas no ayuda mucho. He intentado escribir, todavía tengo una tesis que he de presentar para que puedan llamarme doctora. En mi caso, *Doctora Criminal*. Pero doctora al fin y al cabo.

Desde mi cama veo el cielo. Si entrecierro los ojos y los convierto en una fina línea de visión, todo se emborrona y las nubes toman una forma graciosa. Tengo bien los ojos, por cierto, pero la debilidad general de mi cuerpo hace que todo cueste demasiado.

No es que sea agorafóbica, aunque salir de casa nunca ha sido lo mío. Sí, he tenido mis altibajos y llegaron a pensar que formaba parte de una fobia y que podría estar vinculada con mi enfermedad. Yo no salía porque no quería salir, y en este preciso instante me gustaría tomar el sol, cosa que no hago porque me quedo sin fuerzas cuando bajo al patio trasero.

Mi súper tobillera de última generación tiene un sistema muy sensible de localización, así que por la parte trasera de la casa llega hasta la valla con los patios de las vivienda colindantes, y en la parte frontal hasta donde termina el céspede y empieza la acera. Puede que un poco más. En cuanto me sienta mejor haré un par de pruebas. Creo que el tiempo de respuesta de mi agente-niñera, el *Agente Scotland, para ti, reclusa*, es de cinco minutos una vez el sistema le indica que he salido del radio permitido.

He logrado meterme en la interfaz del sistema que revisa mis emails y las direcciones a las cuales los mando, así que, de momento, tengo vía libre para enviar correos a quien me de la gana. Tengo el ordenador sobre el estómago y acabo de redactar uno a los responsable de la cadena *AMC*. No me gusta nada el final de temporada de *The Walking Dead*. No tengo mucha gente con la que hablar —mi número de amigos reales se reduce a cero en estos momentos— así que supongo que me vendrá bien una charla con alguien.

# Día 37

AYER TUVE una nueva revisión con el médico. Como me prometí no regresé a la consulta de la *Doctora tu seguro está pagado*, y sin más dificultad que un par de solicitudes tengo nuevo doctor. Es un señor amable y me trató muy bien; es mayor y le importa una mierda el politiquero, además de ser un fan de las armas de fuego. He intentado decir que no usé un arma, y le ha dado igual; su discurso sobre los hijitos de papá que creen que pueden hacerlo todo y están destruyendo el país resultaba más interesante que el silencio constante que me acompaña. Además, necesito mi medicación y este par de horas fuera de casa.

Voy sintiéndome mejor. Todavía me tiemblan las manos y, cuando estaba en la consulta, al doctor le preocupó un poco el que hablara despacio; el deterioro en los movimientos faciales, motores y del lenguaje son signos de alarma, pero en mi caso es de esperarse cuando llevo días con el hígado haciendo una fiesta privada con su amante el cobre.

Estoy viendo un capítulo de *Sense8* por tercera vez —llega un momento en que verles manoseándose en la bañera pierde el interés—, y han llamado al timbre hace cosa de dos minutos. Aún no he ido a mirar de quién se trata.

Cualquier diría que con lo sola que estoy saldría corriendo a abrir la puerta, pero no es tan fácil como parece; ha pasado poco más de un mes y no sé si me interesa recibir a quien sea que haya decidido que es un buen momento para presentarse.

Vuelven a llamar, la insistencia me resultaría molesta si tuviera fuerzas para molestarme por algo. El *Doctor oda a las armas* ha creído conveniente administrarme un tranquilizante suave, para el dolor lo primero, y lo segundo porque cree, dice, que estoy algo *deprimidilla*. Ha sido gracioso. Pero entre que tuve ganas de reírme hasta que mi boca esbozó una sonrisa, pasó demasiado tiempo para que él se diera cuenta de que sonreía por eso.

Estoy bajando a abrir porque van tres veces que llaman y no creo que dejen de hacerlo. Me imagino que pretender que no hay nadie en casa resultaría ridículo. Lo mismo son testigos de Jeová. Será interesante poder decirles qué pienso del diablo, del cielo, y del humor cósmico que me rodea.

Cuando alcanzo el centro del salón un pinchazo en el costado hace que me doble sobre mi estómago. Mis piernas no están para la labor así que me caigo de rodillas sobre la alfombra persa de mi madre. Me quedo mirando embobada uno de los dibujos asimétricos a la par que intento controlar mi respiración para así amenizar el dolor; el pinchazo es rápido pero la quemazón perdura.

Una vez más suena el timbre y grito un «*ya voy*» que sale algo distorsionado y lento. Sí, se nota que me cuesta hablar.

Abro la puerta y no me extraña que mis visitas den un paso hacia atrás. Podría ser por mi aspecto o porque sea la asesina más conocida de la ciudad.

La señora Rimell está de pie al lado de su hija, Clarisa. Tenemos la misma edad, fuimos al mismo instituto, ella fue la reina del baile, se casó y tienes dos hijos pedantes que hablan tres idiomas, y yo soy su opuesto. Su madre tiene una bandeja en la mano, creo que son macarrones con queso y huele genial.

Clarisa sonrío y me ofrece su mano.

—Hola, querida —dice con su voz anasalada y lánguida, muy pareja a su cara de rasgos finos y alargados.

—Hola, querida —contesto. Quería sonar sarcástica, pero hasta yo admito que doy pena.

—Hemos venido en cuanto hemos podido —suelta con total naturalidad—. Lamento *muchísisisimo*

lo de tus padres.

Tengo ganas de coger la bandeja de los macarrones y metérselos por la garganta con *muchísisisima* lentitud.

—Cuánto lo lamento, niña querida —añade su madre, la señora Rimell. Supongo que mi libro seguirá de calzo para alguna mesa, ya que no veo que lo traiga para devolvérmelo.

Me dan ganas de decir que me alegro de verla en persona en lugar de por la ventana, desde donde lleva vigilándome de hace más de treinta días, no obstante, una vez más, no tengo fuerzas.

Sonrío y las invito a pasar. Sus miradas no tienen precio. Se miran la una a la otra y yo espero a ver qué excusa darán. ¡Qué porras! Hablaré despacio, pero no dejaré pasar la oportunidad, así que lo digo:

—No puedo salir de casa, pero la ley no dice nada de recibir visitas mientras que no montemos una fiesta con anfetaminas y stripers. Si preferís salgo, puedo llegar hasta la acera.

Ellas siguen en silencio, los ojos abiertos a más no poder. La bandeja de macarrones tiembla un poco en las manos de la señora Rimell, y mis manos tiemblan todavía más de lo que llevan haciendo desde hace unos días. Me pongo los brazos tras la espalda. Tengo que mantenerme erguida.

—Te lo agradezco, querida, pero Clarisa ha de irse en breve, los niños tienen un recital, y tenemos algunos recados por hacer. No dudes de que volveré con calma y tomaremos un té.

Y me tiende la bandeja de macarrones.

—Claro, eso está hecho. Haré por venir también, madre —añade su hija—. Estará bien que nos pongamos al día —y ríe con su vocesilla que parece estar encerrada en algún lugar dentro de su enorme nariz. Creo que mejor que por la garganta le meteré los macarrones por las fosas nasales.

Tomo la bandeja y miro hacia atrás. Por un momento, solo un instante, me parece ver a mi madre de pie al lado de la escalera. Me quedo inmóvil con su sonrisa dentro de mi mente, y escucho su voz que me dice que siempre hay que ser amables y agradecer un gesto cordial.

No quiero hacerlo. Y como llevo tanto haciendo cosas que no quiero, me giro y doy las gracias por los macarrones.

—De nada, querida. Bueno, nos marchamos ya.

—Sí. Hace un día estupendo —añado sonriendo—. Yo también tengo recados por hacer. —Empiezo a controlar algo más mi propia cara. No está mal. Tendría que recibir más visitas como esta.

—Cuídate —añade Clarisa—. Ah, y una misa preciosa durante el servicio funerario de tus padres. Ha sido sobrecogedor.

Mi corazón se rompe un poco más y ella lo sabe, lo veo en la sonrisa torcida que me dedica.

En cuanto llegan al otro lado de la calle y se detienen a mirarme, hago lo suyo y camino hacia la puerta del garaje, abro el cubo de la basura y vierto los macarrones dentro mientras les digo adiós con la mano. Dejo la bandeja en la entrada antes de cerrar la puerta detrás de mí. Que pena que la alfombra ya no tenga caca de perro.

Mi primera visita ha salido estupendamente.

Para la siguiente abriré la puerta con un cuchillo de carnicero manchado de sangre en la mano. Así nos reiremos todos.

Acabo de ver por la ventana como Clarisa viene a recoger la vasija de su madre. La señora Rimell, la más amable y cordial del barrio, está frente a su casa, con la cara compungida y la mano sobre el corazón, hablando con otras dos vecinas mientras ellas niegan con la cabeza.

No creo que reciba más visitas en los próximos días.

# Día 43

HAY DÍAS EN los que uno siente que podría comerse el mundo. Me alegro porque el que conozca esa sensación. Yo no lo hago.

Me siento fatal, y no porque mi hígado esté mal pues he mejorado un poco; el malestar lo tengo dentro, bajo mi piel. Puede que el médico tenga razón y quizás esté algo *deprimidilla*.

Les he vuelto a escribir a los de AMC porque no me respondían. Finalmente alguien muy listo en la policía ha interceptado mis emails y me han cortado el grifo. No pasa nada, con dos toqueteos de teclado puedo volver a hacerlo. Sin embargo, hoy paso; me da pereza solo con pensarlo. Y tampoco he escrito nada de mi tesis ni estoy investigando. Los números, por primera vez en mi vida, no me llenan. Sí. El doctor tendrá razón. Puede que necesite algo más que mis medicinas de siempre para mi amigo Wilson.

Aunque me niego a hablar con un psicólogo, cosa que me han ofrecido un centenar de veces desde que empezó todo. No necesito que escarben para descubrir qué me pasa. Yo ya lo sé y de sobra.

# Día 56

ACABO DE RECIBIR un email de la señora Rose Marie R. S.. Me dice, entre otras cosas, que deje de eliminar el cortafuegos o bloqueará el acceso a internet. Añadió que si no le hago caso se encargará de mis compras para lo que me queda de condena. No sé, pero la idea de comer galletas digestivas durante dieciséis meses no me resulta muy tentadora.

Le acabo de contestar:

*«Creo que os equivocáis de reclusa.*

*No tengo ni idea de ordenadores.*

*PD: Prefiero las compresas con alas. Gracias.»*

Estoy esperando la respuesta mientras intento dejar de rascarme el tobillo. Me ha salido un sarpullido en la zona que hace contacto la tobillera. Hoy además tengo la sensación de que este chisme pesa una tonelada.

El ordenador emite una señal sonora, un aviso de email entrante:

*«Señorita reclusa doctorada en Matemática Cuántica:*

*Creo que nos llevaríamos bien.*

*Puede que un día me pase a verte. Mientras tanto intenta ser más discreta. Pretenderé que no he visto los emails a las cadenas televisivas, pero si vuelves a acceder a la página de la Nasa, te advierto de que te quedarás sin conexión incluso cuando se haya acabado tu reclusión.*

*PD: Yo también sé jugar con las maquinitas.»*

Me río y pienso que podría contestar, pero ya he tenido suficiente conversación por hoy. Y para que conste, me metí en la web de la Nasa por pura investigación, no es mi culpa que pongan los cálculos cuánticos en páginas cifradas.

Me pica mucho el tobillo.

# Día 63

HE PENSADO EN que debería de ocuparme yo misma de la terapia ocupacional durante mi condena. No es que pueda asistir a talleres de cerámica, y tampoco es que esté avanzando mucho con mi tesis. Así que estoy decidida a poner en orden la caseta que hay en el patio; mi padre guarda... guardaba ahí las herramientas para el jardín y a saber cuantos tesoros más entre cosas antiguas. Supongo que al menos mataré el tiempo.

Estoy a medio camino en el patio trasero y me detengo a meter un poco mejor el trozo de tela de una camiseta vieja que he puesto entre mi piel y la tobillera; llevo días utilizando una crema que mi nueva amiga de la policía, Rose Marie, aprobó que comprara vía internet. De hecho me la ha recomendado ella.

Parecerá extraño, pero, dado que a nadie le parece importar que esté aquí, el recibir un par de emails suyos a lo largo del día hace que me sienta un poco menos sola. Hace tres días eran contestaciones a mis mensajes, igual de sarcásticas o más que las mías, pero al final hemos pasado a portarnos bien mutuamente; será verdad que congeniaríamos en el mundo real. De momento he de seguir en mi jaula.

Hace calor. El verano en California es algo especial. El sol está en lo más alto, pasa poco de las dos de la tarde, así que, de dos una, o logro poner en orden el cuartito de los trastos o me da una insolación. La segunda opción no me parece tan mala. Aún quedan dos días para mi visita médica de rigor y agradecería un paseo fuera de casa, no me importa que sea para que me pinchen.

Al abrir la puerta de la caseta me quedo en silencio mirando hacia el interior; hay tantos trastos que para poder llegar al centro tendré que sacar fuera todo lo que esté en el camino.

\*\*\*\*\*

Llevo media hora sacando cajas y acabo de sentarme bajo la sombrilla con una cocacola en la mano. Estoy revisando una que pone: «Cosas de Al». Me gustaba que me llamaran así de pequeña, y aunque siempre he preferido Alice, Al son dos letras, una sílaba, lo que hace un total de tres. El número tres me gusta. Es solitario, es primo, es pequeño. Es un número que no puede ser divisible por otro y en cambio los demás números le necesitan para serlo.

Aquí están todos mis diplomas y boletines escolares. Mi madre se habrá dedicado a guardarlos cuando me fui de casa. Le encantaba guardar papeles, fotos, cartas... mi padre era el que prefería almacenar muebles antiguos con una promesa de «ya lo arreglaré».

Dejo el refresco a un lado y me recuesto en la silla. Creo que podría meter los muebles dentro de la casa; hay una docena de sillas, un par de mesas no muy grandes, dos armarios desmontados y unas diez cajas con adornos que creo que eran de la abuela de mi bisabuela. Si me deshago de las herramientas, puedo darle una mano de pintura, bajar un escritorio, mi ordenador, una nevera de las pequeñas, una cama y listo. Puedo usar el baño de invitados de la planta baja. La idea de no tener que volver a subir y entrar apenas para prepararme algo de comer y usar el servicio, suena muy bien. La casa me ahoga.

Tengo dinero, la verdad, aunque la herencia de mis padres no la pueda usar hasta que termine la condena, tenía mi propia cuenta de ahorros, así que para los 477 días que me quedan, tengo y de sobra. Mirándolo desde un punto de vista ajeno, tengo dinero, comida, casa... ¿qué más puedo pedir? Solo tengo que vivir con todo eso durante poco más de quince meses. Y siento como empieza a cerrarse mi garganta. Ahora daría todo lo que tengo para poder dar la vuelta a la manzana. Daría lo que fuera para oír a mis

padres sonreír en la habitación contigua, aunque no pudiera verles, solo oírles.

Suena el timbre y me pregunto si la señora Rimell ha venido con otra bandeja de macarrones. Mejor aún, puede que sea otro vecino que ha llegado a la conclusión de que, tras dos meses y tres días, es el momento ideal para hacerle una visita a la hija de sus vecinos de toda la vida que está detenida en su casa tras matar al asesino de sus padres.

Dejo que suene y mantengo los ojos cerrados. Si fumara ahora sería un momento perfecto para un cigarrillo con cara de pocos amigos.

No tengo la suerte de que desistan. Me levanto y estoy a punto de entrar en la cocina cuando veo que en uno de los montones de porquería que he sacado del cobertizo hay dos botes de pintura; abro el primero: blanco. Lucho con la tapa del segundo... ¡Perfecto!

Es la quinta vez que llaman y abro saludando de forma efusiva a mi invitado:

—Buenas tardes... agente. —Acabo de quedarme sin aire.

El policía ladea la cabeza y me mira de arriba abajo. Alguien le habla por la radio y él se lleva la mano al walkie-talkie que tiene colgado del hombro:

—Todo bajo control, central. Ha tardado un poco en abrir.

—Es tinta —balbuceo. Me he salpicado de pintura roja por todas partes y llevo un martillo en la mano—. Es tinta roja, agente —las palabras salen atropelladas y miro a los lados, acabando por tirar el martillo lejos y me rodeo con los brazos—. Estaba arreglando el cobertizo del patio trasero.

—Ajam —contesta él, limitándose a mirarme.

Es de origen asiático. Sus ojos son negros como la noche, pero brillantes y profundos. Los tiene entrecerrados, así que sus cejas, negras y perfiladas, están rectas y perfectamente alineadas sobre sus ojos rasgados. Es muy alto, su nariz es algo pronunciada, pero casa a la perfección con sus labios no demasiado finos y su mandíbula cuadrada.

—¿Es usted chino? —Pregunto, así sin más, sin venir a cuento. Creo que llevo demasiado tiempo sola—. Lo siento, solo es que no sé si es usted japonés o chino, o puede esposarme cuando quiera que me lo merezco... —dejo caer la cabeza mientras resoplo y me pongo la mano en la frente. Bien. Ahora tengo pintura roja en la cara.

—Soy americano.

Levanto la cabeza despacio. Su voz es potente, algo ruda. Por alguna razón me estremezco y tengo que apartar la mirada de la suya. Vuelvo a cruzarme de brazos y asiento con la cabeza, intentando captar qué piensa y sintiéndome incómoda de un modo que no sé explicar pues no aparta la mirada. Siempre he mantenido el contacto visual, y hoy no puedo. Me cohibe.

—Yo también soy americana —hablo mirando al suelo. Parezco estúpida, lo sé, y lo mejoro ya que empiezo a esparcir con los pies las gotitas de pintura roja por el parqué. Me siento una niña a la que han pillado haciendo una trastada.

—Lo sé —dice, y levanto la mirada—. Señorita Alice Rosalie Simpson. —Me tiende la mano. Su rostro no se inmuta, pero denota una amabilidad que puedo percibir más allá de su cara.

Me miro las manos y las restriego con nerviosismo en el peto vaquero que llevo puesto. Devuelvo el saludo. Estoy temblando. Sé que en parte es por culpa de mi compañero Wilson, aunque por otra, una parte que intento ignorar, es porque me pone nerviosa.

Él sacude mi mano despacio, aprieta, no demasiado, y esboza una especie de sonrisa ladeada. Sus cejas siguen manteniendo esa tensión perfecta, un ángulo recto y hermoso sobre sus ojos oscuros.

—He venido a presentarme, señorita Simpson. —Me suelta la mano. Yo me quedo con la mía en el aire. Me estoy luciendo—. Seré su nuevo agente asignado. Le mandarán mis datos de contacto desde la central. A partir de hoy seré quien se encargue de usted, incluidos los traslados médicos.

—¿Le ha pasado algo al *agente-niñera Scotland*? Perdón... —tengo ganas de pegarme en la frente con el martillo. Menos mal que está lejos como para que llegue a él—. No quería decir eso, lo de niñera es... estúpido... joder... hostias... lo siento.

Sí. Se acaba de reír. Un poco, solo un poco, pero sus ojos achinados se han relajado y también sus cejas.

Ocho. No puedo evitar contar las veces que sus ojos brillan según le da la luz del sol. Creo que al final no me llevará detenida. No más de lo que estoy.

—Se ha jubilado —dice y se saca un pañuelo del bolsillo, limpiando su mano manchada de rojo.

—Oh, joder, lo siento, espere, le traigo una servilleta, las tengo por aquí en alguna parte —y salgo escopetada hacia la cocina, porque quiero darle una servilleta y porque estoy comportándome como una gilipollas, y será mejor que lo haga desde lejos durante un rato.

—Tranquila —grita desde la puerta.

—No, no, tengo servilletas por aquí...

Vuelvo al salón con un rollo de papel de cocina en una mano y dos trapos en la otra. Se lo ofrezco todo a la vez.

Nueve. Sus ojos parecen tener una luz oculta tras la negrura de sus retinas.

Diez. El agente vuelve a sonreír y toma el rollo de papel.

—Lo siento, de veras.

—Tranquila, no esperaba a su agente hoy, es normal —dice y me devuelve el rollo—. Pero para la siguiente vez que llamen a la puerta, un consejo: nada de pintura roja ni martillos.

—No es que tenga visitas muy a menudo.

Once. Sus ojos brillan de verdad. No pueden ser imaginaciones mías. Siento que me ruborizo y desvío la mirada. Veo por el rabillo del ojo que tras la figura del policía, al otro de la calle, la vecina disimula que está tirando la basura. La saludo con la mano manchada:

—¡Buenas tardes, señora Rimell! ¡Deliciosos los macarrones!

El policía se gira y ella levanta la mano, cosa que no haría de no ser porque la está mirando un agente de la ley. Nunca la he visto caminar tan aprisa; en dos segundos está dentro de su casa.

—Muy amable por parte de sus vecinos venir a visitarla —comenta y vuelve a mirarme.

—Vino hace cosa de un mes, cuando hacía más de un mes que estoy aquí. Tiré los macarrones a la basura delante de ella. Tenemos una relación preciosa. —Bien. Si sigo así, seguro que me lleva a la comisaría.

—Lo siento.

—Nada, no se preocupe, agente... ¿Yang? —Leo en la placa distintiva de su uniforme. Hasta ahora no presté atención más allá de sus ojos.

Doce. Es un brillo abrumador.

—Han Yang. Y no, no soy chino ni japonés. Mis padres son de Corea del Sur.

Mis mejillas vuelven a arder. Creo que si me tapo la cabeza con uno de los trapos de cocina y salgo despacio caminando hacia atrás puede que me marche antes de que el ridículo que estoy haciendo sea irremediable.

—Mi madre era pelirroja. Joder... lo siento mucho, agente Yang, de verdad que suelo ser más coherente cuando hablo, solo que... me pilló en plan mercenaria loca creyendo que era algún vecino y no... no suelo ser así de estúpida y...

Siento un pinchazo y caigo antes de poder controlar mis piernas. Mi boca se vuelve amarga y noto el calor que se expande entre mis costillas. El temblor en mis brazos y piernas se vuelve más fuerte. Intento respirar despacio, pero estoy hecha un ovillo en el suelo y mis músculos se han tensado, impidiendo que

me estire o me mueva en absoluto.

Sé que me levantan del suelo y me ponen sobre una superficie más blanda, pero no soy capaz de registrar más de un pensamiento a la vez, y el dolor tiene la prioridad.

Han pasado unos minutos y la presión en mi esternón va disminuyendo, permitiendo que poco a poco controle mi respiración y puedo ir estirando las piernas.

—Toma un poco. Iremos a urgencias enseguida. —Mi cabeza se mueve hacia delante y siento agua fresca en mis labios. Trago, pero los músculos de mi esófago están distendidos así que me ahogo y tengo un achaque de tos—. La llevaré ahora mismo —reconozco la voz del agente Yang. Una parte de mi conciencia me dice que tengo que abrir los ojos, la otra, que debo concentrar mis fuerzas en seguir respirando.

—No... no me mueva... aún no... —logro decir. Noto que las palabras salen lentas de mis labios. Tengo la boca acorchada y seca—. En la mesilla... en mi habitación... la inyección está... hay un neceser marrón...

Oigo pasos, una carrera más bien. Todo se apaga y vuelve a encenderse como si no hubiera transcurrido ni un segundo desde que perdiera la conciencia.

—¿Penicilamina? Señorita Simpson, ¿es este? —Veo la jeringuilla y tras ella distingo la figura del policía—. Penicilamina —repite—. ¿Es este... Alice?

—Sí... en... la tripa... el pinchazo... —intento desabrocharme el peto para subir la camiseta y mis dedos son como maracas que me impiden hacerlo.

Siento su mano sobre la mía. Su piel es templada y suave. Debería de preocuparme el que un hombre al que no conozco de nada esté a punto de levantarme la blusa, de hecho, eso me preocupa, pero no puedo reaccionar.

Cuando me pincha el calor se expande rápido por los músculos de mi abdomen. Tardará en hacer efecto una media hora, pero sé que en diez minutos reaccionaré un poco.

Cierro los ojos y mi boca se llena de sabor a hierro. Recuerdo a mi madre, en las peleas constantes para que me tomara la medicina. Le solía contestar que sabía igual que si chupara un clavo. Ella se reía y siempre decía lo mismo:

«¿Y tú cuando has chupado un clavo, niña?»

La veo sentada a mi lado tras una de mis crisis. Su rostro está mojado y rojizo por las lágrimas, pero ella sonrío cuando la miro. Me toca la mejilla y me besa la frente. Me dice que las pelirrojas tenemos fuego en el corazón, que haría falta mucho cobre para derribarnos. Sonrío y la abrazo. Huele a jabón de miel.

Una mano templada me toca la mejilla. Abro los ojos y tardo un par de segundos en fijar la vista. El agente Yang está a mi lado, arrodillado frente al sofá. Su otra mano está agarrada con fuerza a la mía, mis *dedos-maracas* están agarrados a los suyos, tendrá suerte si no le he partido un par de falanges. Tiene el semblante consternado, pero sonrío cuando ve que le miro.

—La llevaré a urgencias —indica y se dispone a levantarme en brazos del sofá.

—No... no pueden hacer nada... la crisis se irá pasando. Funciona... así.

Él se aleja despacio y se sienta en uno de los sillones que hay frente al sofá; se cruza las manos, apoya los codos sobre las rodillas y el mentón sobre el nudo de sus dedos. Vuelve a tener las cejas rectas y tensas.

Cero. Sus ojos han dejado de brillar.

—¿Está segura? Llamaré al enlace de...

—Sí... estoy segura, agente Yang... he tomado el sol hoy y la coca cola no ha ayudado... estoy mucho mejor. Se lo aseguro.

—Bueno. Esperaré aquí hasta que pueda moverse por sí misma.

—Puede tutearme, agente —digo y cierro los ojos, inspirando profundamente. Mi hígado duele menos y siento que mis piernas y brazos se han relajado; los músculos ya no están contraídos, lo que, es bueno porque no duele, y es malo porque dudo que en menos de una hora pueda andar, menos todavía llegar a la planta de arriba.

Hacia mucho no tenía una crisis tan fuerte. Intento recordar si me he pinchado esta mañana, pero tengo tal maraña entre mis pensamientos que no soy capaz de saberlo.

—¿Está... estás bien? ¿Alice?

—Sí... me encuentro mejor.

—¿Necesitas algo?

Pienso que necesito varias cosas, la primera, tumbarme, y la segunda, que se marche. Necesito intimidad.

—Sí... podría ayudarme a subir a mi habitación, ¿por favor?

—Claro, por supuesto.

Intento levantarme para que así me ayude a erguirme, pero me alza en brazos. Pienso discutirlo, pero el balanceo de sus pasos hace que me relaje. Recuerdo a mi padre, nosotros tres, papá, Tommy y yo de pesca en el barco. Tommy se mareaba. A mí me encantaba. Huelo la brisa marina, oigo sonreír a papá.

—¿Estás segura de que no deberías de ir al hospital?

—Sí... me gustaría descansar un poco... gracias por todo, agente Yang..

Estoy en la cama, así que me doy la vuelta, poniéndome en posición fetal en el centro del colchón, de espaldas al policía.

—Bueno... en todo caso volveré más tarde para ver como te encuentras...

—No hace falta —contesto tajante—. Nos vemos en dos días, cuando toque la revisión.

—Dejo aquí apuntando sobre la mesilla mis datos, el busca y mi teléfono. Te los pasarán por email, pero por si acaso, si ocurre algo...

—Gracias, agente.

Se hace un silencio largo, le oigo respirar de fondo. Al cabo de un momento tengo la sensación de que su mano está cerca de mi espalda. La puerta de la habitación se cierra, le escucho bajar las escaleras y cerrarse la puerta principal. Cuando escucho el coche patrullar arrancar, empiezo a llorar.

Lloro hasta que me duele el pecho, hasta que no sé si no veo bien por culpa de mi maldita enfermedad o por las lágrimas. Echo de menos a mamá. Me siento una niña otra vez... y no quiero sentirme así.

# Día 64

LA PEOR parte de las crisis es el día siguiente.

Y para acompañar mi estado de ánimo hoy llueve a mares. Sí, los veranos en California son especiales. Los cuarenta grados a la sombra con una lluvia torrencial que oculta el sol como si estuviéramos en pleno apocalípsis es toda una maravilla para la vista.

Estoy escuchando *Chopin*.

*Nocturne* me parece apropiada como música de fondo. No he contestado todavía a Rose Marie, mi amiga policía. Al parecer ha corrido la voz sobre mi crisis de ayer y tengo cinco mensajes suyos pendientes de contestar.

Debería de alegrarme. Es la primera persona que se preocupa por mí desde... Dios, parece que ha pasado una eternidad desde la última vez en la que de verdad le he importado a alguien.

Abro el correo y leo su último mensaje:

*«Más vale que te estés muriendo y por eso no contestas, o estarás comiendo galletas para el estreñimiento para lo que te queda.*

*Por favor, en serio, Alice, dime algo.*

*Rose.»*

Me gusta que use su nombre de pila en un email. Es la primera vez que lo hace.

Le contesto que estoy mejor, que solo fue una de mis crisis y le agradezco la preocupación. Añado que si llego a morirme no tiene de qué preocuparse; seré un fantasma muy molesto y me dedicaré a atormentarla y esconderle sus galletas digestivas a las que tanto adora y necesita para su estreñimiento ocasional.

Me acaba de responder:

*«Ja. Ja. Ja.*

*Estoy que no me aguanto de lo que me río.*

*Rose»*

Sí. Está bien eso de que firme con su nombre. Supongo que, al final, lo mismo sí que acabaremos siendo amigas. No estará mal eso de tener amigos de verdad. No es que nunca los haya tenido, sí que los tuve. Tommy era mi mejor amigo. Mi hermano. Mi sol. Lo era todo para mí.

Antes de que él muriera tenía dos amigas y un novio. Pero el día que Tommy nos dejó, me encerré. No sé si culparles por aceptar tan fácilmente el que les diera de lado o si pensar que es normal que lo hicieran. Nos les costó demasiado. Así que, supongo, no era tan amigas como yo pensaba.

El día que Tommy murió llovía como hoy. El que programa las bromas cósmicas está pendiente de mí porque hoy cumplen seis años de su muerte. Tommy conducía muy bien, el conductor del coche que invadió el sentido contrario no tanto.

*Murió en el acto*, eso dijeron los médicos. Eso me revuelve las tripas. *No sufrió*, repetían. ¿Cómo demonios esperan que eso haga que alguien se sienta mejor? El que muriera en el acto, el que no lo viera venir, solo fue un modo más de privarle de todo. No pudo ni siquiera dedicarle un último pensamiento a nadie. No pudo cerrar los ojos y estar en paz consigo mismo. No pudo decirle adiós a nadie. No pudo

despedirse de mí.

Suena mi móvil. El teléfono al igual que el ordenador está cifrado y controlado; aunque puedo recibir mensajes y llamadas, solo puedo enviarlas y hacerlas a los números autorizados.

Miro la pantalla:

«Buenas tardes, señorita Simpson. Espero que esté mejor. Por favor, informe de su estado físico. Gracias. Un saludo».

Me río, intercalando sollozos con risas. No tengo el número del agente Yang en mi agenda, pero solo puede ser suyo el mensaje. Cuadra a la perfección con su personalidad, al menos la poca que he conocido.

Tomo el papel que está sobre la mesilla, en el cual dejó apuntados sus datos. Tiene una caligrafía preciosa, más que eso: la forma que le da a los números escritos es singular, perfecta. El número 3 parece una pequeña obra de arte.

Actualizo la agenda y contesto el mensaje:

«Aquí Alice. Estado de salud: mejorando. Gracias por la preocupación, agente Yang. Corto y cambio.»

Me vuelvo a tumbar. Miro el neceser y sé que tengo que pincharme. Antes debería de comer algo. Veo en el teléfono que son las diez de la mañana del día siguiente, lo que quiere decir que he dormido más de doce horas seguidas.

Logro llegar a la cocina y estoy masticando un sándwich de pavo y tomando un zumo de naranja cuando suena el timbre. Sé que me he quejado de la soledad y todo eso, pero hoy no es un buen día para las visitas.

Voy arrastrando los pies, con el bocadillo en la boca, el zumo en la mano, y abro a un repartido que está tiritando frente a la puerta. Tengo que empezar a mirar por la mirilla antes de abrir.

El chaval está empapado aunque lleva puesto un impermeable amarillo fosforito.

—¿Alice Rosalie Simpson? —Asiento con la cabeza y el chaval me da el paquete—. Firme aquí.

Cojo el boli y hago un garabato en una hoja que está casi tan empapada como el chico, y él sale corriendo de vuelta al coche de *Fedex*. Echo un vistazo rápido al cielo antes de cerrar la puerta; por los nubarrones diría que aún le quedan muchas horas de agua por derramar.

Dejo la caja en el descansillo y vuelvo a la cocina, para poder pincharme antes de terminar de comer.

Me apuro el zumo de naranja 80% grumos asquerosos que Rose ha incluido en mi compra y cojo el paquete —no es muy grande aunque pesa lo suyo—, y subo las escaleras, equilibrando una taza de té sobre la caja.

Por el camino leo el nombre del remitente: *Zaos & Caos*.

Mi corazón da un brinco.

Llego al cuarto y dejo el bulto en el suelo. Doy un par de vueltas alrededor. Miro y amenazo con los ojos, como si pudiera intimidar a una caja de cartón.

Cojo unas tijeras y me siento dispuesta a abrirla sin más miramientos.

Cuando quito la tapa y el plástico protector, una portada color cobriza queda a la vista. En letras grandes y blancas leo:

«La Teoría del Número Muerto

*A. R. Simpson»*

Mi nuevo libro teórico matemático. Creí que no me publicarían, de hecho, esperaba que me escribieran cancelando el contrato tras lo ocurrido, y me he ocupado de ser lo suficientemente cobarde como para no escribirles ni preguntar qué tal iba el proceso.

Al final lo hicieron, lo sacaron. Aunque puede que también solo hayan impreso estos diez ejemplares de cortesía que tengo en las manos.

No toco el libro. No soy capaz de hacerlo. Cierro la caja con cuidado, pongo cinta adhesiva y la empujo por el suelo hasta que está metida bajo la cama, fuera de mi vista y de mi alcance. Sí, lo haré, miraré la edición y verificaré si todo está bien, no vaya ser que en lugar de publicar mis teoremas hayan impreso una novela romántica cuyos protagonistas son un pirata sexy y una campesina que no se corta las uñas de los pies.

Pero hoy no. Hoy toca lluvia y mirar por la ventana. Nadie me podrá decir que estoy procrastinando. Qué os den, sociedad. Estoy recluida. Dejad una reclamación en el buzón, ese es, el que pone en letras grandes:

*«Depositad aquí vuestra opinión de mierda».*

# Día 65

SON LAS cinco de la mañana y llevo una hora despierta.

Ayer no pude resistirme y abrí la caja. Y cogí un ejemplar. Y lo leí hasta que dieron las tres de la madrugada. Muchos dirán que es como lamerse las pelotas a uno mismo, eso de engancharte a tu propio libro. En mi defensa diré, primero, que es un libro sobre matemáticas —con más números que palabras—, y en segundo lugar, es muy bueno. Qué puedo decir yo.

Envié un email a la editorial. No esperaba respuesta, pero la he tenido. Me ha sorprendido que dijeran que está enviado a todos los puntos de ventas habituales, a los centros docentes que tenían el anterior libro, y que pronto me darán noticias. Lo que no sé es si me ha sentado bien o mal que actúen como si todo fuera igual que siempre. Me he llegado a preguntar si saben por lo que estoy pasando, lo que sería una estupidez; es una editorial de cerebritos para cerebritos, pero no es que vivan precisamente encerrados sin comunicación con el mundo exterior. Bueno, los hay que sí, pero ellos no.

He decidido que pasaré del tema. Si a ellos no les preocupa a mí tampoco. Supongo que en ocasiones cuando no sabes qué decir o cómo actuar, lo mejor es hacer lo de siempre: pretender que nada ha cambiado. Si les sirve a los demás a mí también me tiene que servir.

Me pasé todo el día de ayer leyendo mis propias teorías matemáticas y pensando en el agente Yang. No es para llevarse las manos a la cabeza; he estado pensando en él porque no es que le haya causado una buena impresión. Debe de pensar que soy lela, y además, que estoy moribunda. No es que mi enfermedad tenga cura, pero las crisis no son tan habituales, y le tocó estar presente en una de ellas. En cuanto a lo otro... lo siento, no tengo excusa; me porté como si no tuviera dos neuronas, y no, no tengo una explicación para el tema. Puede que sea porque llevo mucho sin hablar con nadie en directo, porque sea policía y estoy, por si no ha quedado claro, bajo arresto domiciliario, o porque sus ojos negros y achinados parecían mirar más allá de mí. Eso último mejor lo borro de la lista. No estoy para pensar tonterías, menos referentes a un agente de la ley que es nada menos que mi alguacil privado.

Son casi las ocho, así que me he dado una ducha y estoy esperando al agente Yang. Hoy toca revisión.

Subo y vuelvo a cambiar de ropa. Me estoy volviendo tonta. ¿Qué más da cómo vaya vestida? El agente me ha visto hecha un desastre, perdida de pintura, he tenido una crisis hepática frente a él... la verdad es: ¿qué más da lo que piense de mí?

Suena el timbre, así que me miro al espejo y le sonrío a mi reflejo. No está nada mal para una reclusa en aislamiento desde hace dos meses; he perdido algo de peso desde que todo empezó, pero no se me ve enferma. Eso ha tenido gracia. Sí, estoy enferma, pero no parece que me vaya a morir en un par de días.

Llevo el pelo atado en una coleta alta; el color rojo de mi melena hace un contraste bonito con la camisa color crema. Me he puesto unos vaqueros, así que me calzo las manoleínas beige y agarro el bolso, bajando a abrir la puerta.

No, no he mirado por la mirilla. Tengo que empezar a hacerlo, definitivamente.

Nada más abrir alguien se tira sobre mí y me abraza, irguiéndome del suelo y girándome en el aire. Me quedo sin aliento por un instante, intentando reconocer de quién se trata dado que pasa tan rápido y no espero ver a nadie que me pilla por sorpresa.

—He venido en cuanto lo he sabido... no sabes cuánto lo siento, *fogata*...

Oh... Briam. Le abrazo con fuerza. Briam O'Hara. Mi ex novio.

Hace más de tres años que no le veo. La última vez fue un encuentro fugaz cuando visitaba a su hermana. Briam es australiano, sus padres y toda su familia a excepción de Karen, su hermana, siguen allí. Ella se casó con un americano y fue, justamente en la fiesta de su boda ocho años antes, cuando le conocí.

Briam me quería con todo su corazón, con su creencia en las fuerzas del universo, el karma y sus teorías sobre el aleteo de mariposas al otro lado del planeta. Yo le quería del único modo que supe quererle, los números siempre iban primero. *Un 99,9% no le bastaba*, como solía decir.

Aún así fuimos felices mientras estuvimos juntos. Él miraba las estrellas desde el telescopio que tenía puesto en la azotea de mi bloque de apartamentos. Yo le miraba a él de vez en cuando sin dejar a un lado algún teorema caótico que no terminaba de cobrar sentido.

Cuando Tommy murió lo nuestro también lo hizo. Me encerré más de lo habitual, así que, por el bien los dos, le eché de mi vida y de mi casa. Le ayudé a hacer las maletas, y él, a poner mis cosas de vueltas en los cajones antes de irse.

—Briam... —suspiro y no puedo evitar las lágrimas. Su abrazo, esa clase de cariño que se nota más allá del gesto, hace que todo a mi alrededor desaparezca por un instante. Acabo de darme cuenta de que hace mucho, demasiado, que no siento eso: afecto.

—Karen se enteró hace dos días y me llamó en cuanto lo supo. Te llamaría antes de venir, pero te conozco y me hubieses dicho que no lo hiciera —habla sosteniendo mi cara entre sus manos. Es muy alto, casi el metro noventa, pero su pelo caoba claro y sus ojos azules a juego hacen que resulte tierno. Es un grandullón adorable.

—Ya... —digo sonriendo entre lágrimas—. Pasa... pasa por favor.

Voy a la cocina y le traigo una coca cola con tres hielos; lo vicios ajenos en ocasiones no se olvidan.

—¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Eso es así y ya está? ¿Te quedarás aquí encerrada año y medio y punto? ¿No se puede hacer nada más?

Le cojo de la mano y le sonrío de verdad, con el corazón. Se me había olvidado como es, su personalidad acelerada e insatisfecha con todo lo que ocurre a su alrededor. Entiendo sus preguntas, por qué las hace, pero las respuestas él las conoce por mucho que insista en preguntar.

—Así es. Pero no te preocupes, estoy bien, ¿vale? Te lo prometo, Bri. Además, llamaré esta semana y pediré una cita con el tío Alex, ¿te acuerdas de él, no?

—Sí, claro.

—Ha hecho lo posible para que no acabara en la cárcel, para poder estar «en casa». —Entrecomillo en el aire—. Me dijo que no dejaría las cosas así, con lo cual supongo que tiene algún plan, aunque teníamos que dejar que el tema se enfriara. No todos los días una mata al sobrino del Alcalde.

—Hijo de puta el crío, su tío y su puta madre. Lo siento, Buda —se ríe y entorna los ojos.

—A Buda no le importará, tranquilo.

—¿Y Wilson? ¿Qué tal va nuestro amigo?

—Ya sabes, haciendo acto de presencia de cuando en cuando.

Briam ha presenciado más crisis mías que nadie, exceptuando a mis padres. Él sabe bien lo que son las crisis feas hasta que el médico logró ajustar la dosis y descubrió que a cada seis meses tenía que volver a ajustarla.

—Hay un agente de policía que se encarga de llevarme al centro cuando hay citas. Hoy tengo una, de hecho, llega tarde —miro el reloj de la cocina, las ocho y media. Estará a punto de llegar.

Suena el timbre y me levanto a toda prisa para abrir la puerta. Briam me mira extrañado y me doy cuenta de que me he detenido y me atuso el pelo; él entrecierra los ojos y sonrío. Nos conocemos

demasiado bien.

—Buenos días, señorita Simpson.

Bien. Ahora es el momento en el cual tendría que decir que no siento nada en absoluto... y me tiemblan las piernas. Podría acusar a Wilson, pero no, son los ojos del agente Yang. Es como mirar un cielo negro con estrellas que brillan y se marchitan.

—Hola —Briam se acerca a la puerta y tiende la mano al agente.

—Buenas tardes, caballero. —El agente no le da la mano. No será parte de su trabajo saludar a civiles con tanta cercanía.

—Briam, ese es el agente Yang, es mi oficial de «*libertad bajo palabra*», según dicen los papeles que me dejó mi abogado.

Se hace el silencio. El agente Yang tiene las manos tras la espalda. Carraspea. Briam aprieta los labios y asiente con la cabeza. Yo intento equilibrarme sobre mis piernas, no encuentro una postura cómoda. El aire se ha vuelto pesado.

—Deberíamos irnos, señorita Simpson.

—Sí, sí, claro. Briam, tenemos que...

—Tranquila, nena. Iré al hotel a dejar mis cosas, pero mañana vuelvo y seguimos poniéndonos al día.

El policía vuelve a carraspear y Briam regresa al salón para coger su mochila de excursionista que abulta casi más que él.

Me da un abrazo y yo me dejo abrazar. Luego se aparta un poco y me da un piquito en los labios. Siempre nos hemos despedido así. Hay costumbres que no se pierden.

—Ha sido un placer, agente Yang.

El oficial asiente con la cabeza y Briam sale con cara de circunstancias.

—¿Nos vamos? —Pregunto con las llaves en la mano.

Él se limita a indicar el camino al vehículo, así que cierro la puerta y empiezo a caminar, él justo detrás.

Al llegar al coche patrulla abre la puerta para que entre. Pienso que es caballeroso, pero entonces recuerdo que soy una reclusa, así que me imagino que solo se ha ahorrado el ponerme la mano en la cabeza para que no me diera con el marco de la puerta.

Entro en silencio y nos ponemos en marcha. Al menos mis piernas han dejado de temblar un poco.

\*\*\*\*\*

Doce. Creo que el agente Yang no se ha dado cuenta del tic que tiene: cada vez que se para en un semáforo chasquea los dedos antes de ponerse en marcha. Y me mira por el retrovisor con disimulo. No quiero prestarle mucha atención, pues soy consciente de que es un policía y yo una criminal, al menos en los papeles. No obstante, no puedo evitarlo. Su perfil es hermoso, sus ojos negros me atrapan. Pienso que esa sensación será debido a que fue la primera persona en mucho tiempo, obviando a mi anterior agente asignado, con quien mantuve una mínima conversación, además de que estuvo presente cuando tuve la crisis y se ocupó de mí. Así que no dejo de repetirme que lo mismo hubiera hecho el otro agente, o cualquiera que estuviera a mi cargo; ninguno me abandonaría para que muriera en el suelo del salón.

Me pilla mirándole por el espejo retrovisor, así que disimulo y miro por ventanilla. Podría pedirle que bajara el cristal pero sé que se negará.

—¿Va todo bien? —Pregunta y me sobresalto.

—Sí, claro —me doy cuenta de que una lágrima se ha escapado y la tengo recorriendo mi mejilla. Me la limpió con el dorso de la mano y sonrió a su imagen en el espejo interior del coche.

—Podría... Nada, déjelo.

—No, por favor, si no te encuentras bien o necesitas algo...

—Al menos me tutea —digo y vuelvo a mirar hacia el exterior. Nos paramos en un semáforo. ¡A la mierda! El «no» ya lo tengo.

—Solo es que... ¿podría bajar la ventanilla, por favor?

—No creo que estemos incumpliendo ninguna ley con un poco de viento —comenta y baja el cristal.

El coche se pone en marcha y yo asomo un poco la cabeza, solo un poco. De pronto la velocidad empieza a hacer mella: mi coleta golpea sonora contra el marco de la ventana, el aire me saca lágrimas de los ojos. Resulta maravilloso.

Me doy cuenta de la sonrisa que tengo porque una vez el coche se para, se me han secado los dientes y me río sola mientras me los humedezco con la lengua. Ahora sé qué sienten los perros cuando van en coche: no es el aire en sí, es la libertad. El estar en un encierro por mucho que estés en tu hogar, y de pronto, poder sentir el mundo en tu rostro.

—Acabo de sentirme como un caniche. Y me gusta.

El agente intenta disimular la sonrisa, pero no logra hacerlo del todo. Me abre la puerta y se pone detrás de mí, como hacía el agente-niñera. Me detengo en seco y me giro hacia atrás.

—Gracias.

—No tienes que dármelas, señorita Simpson.

—Puede llamarme, Alice.

—Alice, ¿entramos?

Voy dando saltitos por la acera. Me siento libre por primera vez de lo que parece una eternidad en el purgatorio.

# Día 66

AYER CUANDO volvíamos de la consulta el agente Yang bajó la ventanilla antes de que se lo pidiera. Estaba en el mismo estado perruno, dejando que el aire me golpeará la cara, sonriendo a la nada, olvidándome de todo. Entonces miré hacia el espejo y vi que él me miraba fijamente; sus ojos negros se veían incluso más profundos, aunque no tenía aquella línea de preocupación en su frente, más bien me miraba con tristeza.

Me acompañó hasta la puerta y se despidió sin decir nada, solo con la cabeza, como un buen agente de la ley.

Es lo que hay: *se trata de un oficial y yo su responsabilidad*. Eso me dije entonces, y eso llevo diciéndome todo el día. Miento tan mal que ni yo me lo creo. Intento no hacerlo, lo juro, pero su rostro invade mis pensamientos a cada poco. Pienso en que me gustaría mirarle más de cerca, ver si realmente se esconden universos enteros en la negrura de sus ojos.

Recibo un email así que lo abro sin prestar atención a quien lo envía, y nada más leer la primera línea empiezo a llorar:

*«Recuerda que hoy tienes que llevar a papá al centro para que renueve el carnet. Estaré en Pilates. ¡No lo olvides, cabezona mía! Los números podrán esperar un par de horas. Mamá».*

Se trata de un aviso automático, un email programado para ser enviado en una fecha en concreto.

Se me quitan las ganas hasta de pensar.

Me tumbo en la cama y vuelvo a poner a *Chopin* de fondo musical.

A mi padre le encantaba.

# Día 68

HAN PASADO dos días desde la cita médica y no he vuelto a ver al agente Yang. No es que tenga que pasarse a ver como estoy... *¡soy tonta!*

Dejo de pensar en esto y me centro en que Briam vendrá a comer a casa hoy. No vino antes porque tuvo que ir a visitar a su hermana, llevaba un año sin verla, y llegará a la ciudad dentro de un par de horas.

En su email decía algo de una barbacoa con carne de canguro. Como no creo que le hayan dejado traerse uno en el avión, me bajo a la cocina a preparar la salsa barbacoa de mi padre, su receta especial. Va con cualquier tipo de carne, incluso de canguro falso.

Suena el timbre y salgo hacia la puerta a grito pelado diciéndole a Briam que en mi casa no se cocina un animal que lleva a su cría en una bolsa que le cuelga de la tripa, y abro, una vez más, sin mirar para ver de quién se trata.

—Alice.

Creo que mis rodillas acabarán por derretirse si cada vez que veo al agente Yang se vuelven así de blandas.

Me agarro con disimulo al quicio de la puerta.

—Agente Yang... no esperaba que se pasara.

—Solo quería asegurarme de que va todo bien. Me toca por la zona y pensé que... veo que estás bien. Que pases buena tarde.

—No, no, no espere... ¿Quiere pasar? Podría ofrecerle un vaso de agua o un refresco. Todavía no le he agradecido lo del otro día...

—Pues... Un vaso de agua estaría bien.

Me hago a un lado para que entre. Su perfume queda tras él, dejando una estela potente y masculina. Intento no darle demasiada importancia: *es tu agente al cargo, solo se está asegurando de que sigues viva o no te has cortado el pie para quitarte la tobillera y has huido a México. Eso es todo.*

—Tome.

Le acerco el vaso de agua. Mis manos tiemblan, en gran parte porque hoy tengo algo distendidos los músculos, aunque no puedo negar que el resto de la culpa la tiene el agente Yang y sus ojos rasgados, negros y profundos.

—Gracias. Te veo mejor hoy —comenta y se apoya en la encimera. En esta ocasión es él quien corta el contacto visual.

—Sí. Normalmente los primeros días después de que me dan el tratamiento fuerte en consulta estoy estable. Siento mucho lo del otro día, le habré dado un susto de muerte...

—Tranquila. —Deja el vaso sobre la repisa y se cruza los brazos sobre el pecho. Tiene los brazos largos y con músculos marcados. Intento no mirarle fijamente.

—Wilson hace lo que le da la gana conmigo —bromeo y me giro sobre mis talones para disimular que hago algo con todos los ingrediente de la salsa.

—El Síndrome de Wilson, ¿cierto? Lo leí en tus informes, tengo que saber qué es lo que tienes, en caso de tener que reaccionar; aquel día me pilló por sorpresa, no estaba preparado.

—No pasa nada, no me importa que lo haya mirado. Además, Wilson y yo somos íntimos, si ahora es usted parte de mi vida tendrá que conocerle. Quiero decir, de mi día a día. Vamos, de lo que es estar

conmigo. No conmigo, sino aquí. Ya me entiende, cuando venga... joder... Quince.

Yang deja escapar una risotada corta y sonora.

—Tú también puedes tutearme cuando no estemos en la calle. No me importa. Me llamo Han. Pero si prefieres Yang, no hay problema.

—¿Como *Han Solo*? Dieciséis. ¡Mierda!

—Eso de los números ¿a qué viene? El otro día, cuando la crisis, dijiste unos cuantos número al azar cuando estabas ida.

—Soy matemática. Gajes del oficio, supongo.

—Ya, pero que los dices a boleo o es por... —se queda esperando a que le responda. Podría inventarme varias respuestas, así que, para variar, suelto la verdad sin darme cuenta:

—Suelo contar las cosas que hacen los demás o yo. Manías, tics...

—Dieciséis ¿qué? —Insiste.

—La de veces que he dicho una estupidez frente a ti, agente Yang. Como decir que cuantos las estupideces que he dicho frente a ti, por ejemplo.

—Así que van dieciocho, supongo.

Cuando empiezo a reírme tengo la misma sensación que cuando abrecé a Briam dos días antes: afecto. Siento que por primera vez en mucho me río de verdad, con ganas y sinceridad. Que río con alguien que hace que lo demás carezca de importancia.

—América es un asco —Briam irrumpe en la casa sin avisar. No mira al frente dado que se pelea con su mochila y un par de bolsas cargadas de la compra.

—Espera, te ayudo —me dirijo hacia él, pero Yang toma la delantera y coge las bolsas.

—Oh, lo siento, creí que estabas sola. Buenas tardes, agente.

—Buenas tardes.

Le saluda, pero ahí está otra vez: sus cejas convertidas en líneas de preocupación. Se cruza conmigo pero no me mira, yendo directo a la cocina donde deja los bultos.

—Qué viaje más largo. Mi hermana tendrá que mudarse más cerca si pretende que la vaya a ver en los próximos días... —habla Briam, sin prestarle mucho atención a nada mientras vacía las bolsas y llena la repisa de carnes, tomates y refrescos—. ¿Se queda a comer, agente? He traído mucha...

—No, gracias —Yang contesta seco. Me estremezco; ni me mira mientras se despide—. Que pasen buen día. Señorita Simpson, Señor —finaliza saludando con la cabeza..

—Qué mala leche tiene —añade Briam.

Decido ignorar todo eso porque no sé muy bien qué acaba de pasar. Quizá sea así su comportamiento y no hay que darle más vueltas: será amable conmigo cuando estemos a solas, pero luego, en compañía de terceros, tendrá que ser estrictamente profesional.

Me dispongo a ayudar a Briam con la comida. Tengo hambre y estoy deseando que hable sin parar de cualquier cosa, hasta que termine con la cabeza tan llena que no pueda más que desear quedarme dormida.

# Día 85

ESTOY MOLESTA. Qué digo. Estoy cabreada.

El agente Yang no se ha pasado en todos estos días. Lo sé, no tiene porqué hacerlo si no es por acercarme a mis visitas médicas, pero, aún así, esperaba que... ¿qué esperaba? No tengo ni idea del qué en realidad.

Briam se marchará mañana de vuelta a Australia; no es que me haya sentido sola, ya que, menos para dormir, le he tenido casi todos los días aquí conmigo. No quería que se diera cuenta de que estaba molesta pero en varias ocasiones me ha preguntado qué me pasaba. La respuesta es sencilla: no he visto al agente Yang. Eso no se lo he dicho. Me imagino que con todo por lo que he pasado ha tenido donde escoger para responderse a sí mismo.

Decir que le echo de menos sería demasiado... ¿o no? No lo sé. Estoy confundida y sospecho que se debe a que ha sido de las pocas personas con la que he tenido contacto desde hace nada menos que ochenta y cinco días. Una parte de mí me dice que soy estúpida y debería de centrarme en mi tesis, y otra parte, una que intento ahogar detrás de la primera, dice que el agente Yang significa algo para mí por mucho que intente negarlo y por poco que le conozca.

Hoy no me apetece oír a ninguna de ellas.

Hace calor, como no. Tengo ganas de salir corriendo por la calle, tomar el aire, que me azote el viento... y ver al agente Yang.

Cojo el teléfono y decido que no voy a pensar en lo que estoy haciendo. Marco y espero en silencio. Tras el primer toque contesta:

—¿Alice? ¿Va todo bien?

—Sí... no... no sé...

—¿Te encuentras bien?

He llamado al agente Yang. ¿Cómo de estúpida puedo llegar a ser?

—¿Alice? —Insiste—. Voy para allá.

Cuelga sin esperar respuesta.

Entro en pánico. No me he peinado, no estoy vestida en condiciones y... ¡qué diantres! Acabo de llamar a mi agente asignado sin que me pase nada en absoluto, le haré venir hasta aquí y me preocupa lo que llevo puesto.

Miro a mi alrededor; puedo encontrar algo más decente que unos legins negros y esa camiseta de Pink Floyd que llevo puesta, quizás... escucho el derrape de las ruedas y apenas dos segundos después la puerta frontal de la casa se abre:

—¡Alice! ¡Alice!

Quiero decir algo, contestar que estoy arriba o hacer todo lo contrario y esconderme, lo que no es mala idea teniendo en cuenta la situación. Así que hago lo más lógico: me tumbo en la cama y me tapo hasta la coronilla con una manta.

Cualquiera diría que tengo casi treinta años, dos carreras, dos libros docentes publicados, y un casi doctorado. Lo que nadie, menos una persona cualquiera podría entender, es que he perdido a toda mi familia, que estoy detenida en la casa familiar donde todo ocurrió, y que me siento sola y abandonada.

Empiezo a llorar sin poder controlarme. Quizás el mero hecho de haber llamado al agente Yang ha aclarado mis ideas en apenas unos minutos más que en todos estos días de encierro. He llorado a mis

padres, pero lo que no hice fue llorar a mis padres con alguien que pudiera consolarme. Briam ha estado conmigo, es verdad, y su compañía ha sido a base de risas y de, precisamente, no pensar en lo ocurrido. Sé que no siempre se requiere un abrazo o unas palabras de ánimo, pero lo que más me destroza es que no me dejaron elegir si necesitaba o quería esa clase de apoyo; solo un abogado que es amigo de la familia pero que, obviando unos papeles por email, no he vuelto a ver desde entonces, una amiga guión agente de la ley que me vigila los emails y que de cuando en cuando me cuenta un chiste y un agente-niñera que me trataba como el culo. El agente Yang ha sido el primero en mirarme a los ojos en todo este tiempo.

—¿Alice? —Su voz tan cerca se abre paso en mi pecho y lloro aún más.

Le oigo acercarse. Sus botas retumban en el suelo, a cada paso que le acerca a mí más me desespero, menos me controlo. Cuando siento su peso en la cama a mi lado tengo el impulso de girarme, de suplicar que me abrece si es necesario. No lo hago. Me mantengo todo lo inmóvil que puedo tras las sacudidas del llanto. Él no dice nada, se queda allí, respirando de forma pesada, sentado a pocos centímetros de mí. Un silencio que me consola más que mil palabras.

# Día 86

AYER NO SÉ decir cuánto tiempo estuve llorando hasta que me quedé dormida. El agente Yang no se movió de mi lado.

Oí su radio en un par de ocasiones, le escuché decir que estaba todo bajo control y que se trataba de una crisis médica pero controlada. Mintió por mí.

En un momento dado sentí que salía de la habitación y volvía con una silla, la puso al lado de la cama y se sentó. Yo resollaba de cuando en cuando. Él se mantenía en silencio. Oí páginas de una revista y entonces me dormí.

Cuando me desperté esta mañana las cortinas estaban corridas y tenía un vaso de zumo con unas galletas en la mesilla de noche con una nota al lado:

*«No he entendido una solo letra de tu libro.*

*Eso sí, los números desde luego que dan para mucho.*

*O eso parece.*

*Yang.»*

Hace un rato que estoy sentada en el tejado. Tengo una sombrilla, dos litros de té, mi ejemplar de *Divergente* y mucho tiempo libre. También me he traído el teléfono, por si acaso. Hoy no hace tanto calor pues el día se ha presentado nublado.

Mi hermano y yo solíamos venir aquí de pequeños, por las noche sobre todo, a mirar el cielo; no es un sitio muy seguro, a fin y al cabo, estoy en el tejado, pero tiene fácil acceso desde la ventana de la buhardilla, y ver las montañas más allá de las casas y parques resulta tranquilizador. A lo mejor vuelvo por la noche. He rebuscado un poco en el altillo y creo que podría encontrar nuestro viejo telescopio.

Dejo a un lado el ejemplar del libro. La protagonista, Tris, me pone de los nervios. Supongo que mi cambio de Stephen King a la literatura juvenil no ha sido una buena idea. Ahora mismo me gustaría prenderle fuego a las personas amables, y la culpa la tiene ella.

Suenan los primeros truenos y el petricor invade mis sentidos; el olor de la lluvia sobre la tierra seca siempre me ha calmado. Cierro los ojos y deseo que no llueva y pueda permanecer aquí un poco más. Mi habitación huele al agente Yang.

Escucho un coche que se detiene en la calle. Podría girarme a mirar de quién se trata, y no me hace falta. Reconozco el portazo y la puerta delantera se abre enseguida.

—¿Alice?

—¡Aquí! ¡Arriba! —Me asomo a la ventana del ático y grito hacia el interior de la casa.

—¿Dónde? —Grita en respuesta. Le escucho más cerca. Mi pecho arde y por un instante no me llega la sangre a las piernas.

—¡En el ático! ¡Fuera, en el tejado!

—¡¿En el tejado?! —Su voz suena aterrada. En apenas unas zancadas que escucho desde aquí se asoma por la ventana—: ¡¿Qué narices haces en el tejado?!

—Esperando a que empiece a llover —contesto mirando al horizonte. Todavía no puedo mirarle a los ojos. Aún no.

—Bájate, por favor —su timbre ha cambiado de asustado a trémulo.

—¿Te dan miedo las alturas? —Pregunto y me giro. Uno. No me cansaré de contar las veces que sus ojos brillan cuando le miro.

—Me da miedo que tú estés encima del tejado.

Suelto una risita que intento disimular con una tos y retiro la mirada. No quiero bajarme. Estoy decidida a recibir estas primeras gotas de lluvia. Otro trueno y un relámpago hace brillar la línea entre las montañas y el campo llano que conduce a estas.

—Por favor, Alice, entra —suenan casi a súplica—. Tus piernas podrían fallar, o podría caerte un rayo encima.

—Mis piernas están bien hoy, agente Yang. Ven, siéntate conmigo. Solo un momento. Cinco minutos... por favor —le estiro la mano, sin mirarle.

No creo que surta efecto. Y no podría estar más equivocada. Tras un bufido de desaprobación, noto como sale por la ventana y toma mi mano. Un estremecimiento cálido me recorre la columna. Intento soltar pero él aprieta más, y no es hasta que está sentado a mi lado cuando suelta mis dedos.

Miro de reojo y sonrío al ver su postura más estoica y policíaca. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y mira al frente, con las cejas tensas.

—Aquí no hay peligro, señor agente.

Él baja un poco la tensión de los hombros y yo suspiro. Me corrijo: amo el olor a lluvia.

—¿Quieres hablar de lo de ayer? —La pregunta no me sorprende, el tono con el que la hace sí. Algo en mi interior se revuelve, más de lo que ya está, y cuando me toca los dedos, con cuidado, apenas rozando, enredo mi mano a la suya y aprieto con fuerza.

—No. Ahora mismo no quiero hablar de nada —contesto y alivio algo de la presión. Yang aprieta mi mano entonces.

—Bueno, entonces podemos hablar de tu libro y de las pocas personas en el mundo que llegarían a entenderlo... —suenan distendido, con un punto de sarcasmo que hace que me guste todavía un poco más. Un poco es quedarme corta.

Le miro a los ojos y él tampoco aparta la mirada. Sus iris negros relampaguean, fugaces.

—Tres —digo en voz alta.

—Tendrás que decir qué cuentas en esta ocasión. Todavía no me ha quedado muy claro.

—Cuatro. —Y me apoyo en su hombro, intentando quedarme con el brillo tan único de sus ojos en mi memoria—. No. No te diré qué cuento, agente Yang. Todavía no tenemos tanta confianza.

Él suelta una risotada larga y sonora. No aparta la mano ni tampoco el hombro.

Nos quedamos así un par de minutos y entonces empieza a llover.

Nos metemos dentro de casa apoderados de una risa floja y casi infantil. Voy directa a la habitación y cojo dos toallas; salgo con una alrededor del cuello y le doy la otra a él para que se seque.

Seguimos medio riéndonos y tiro el pelo hacia delante, para así poder secarme un poco mejor. Cuando levanto la cabeza le tengo a un par de pasos. Se acerca un poco más. Levanta la mano. Estoy paralizada; por un momento tengo que recordarme el respirar. Me pone un mechón de pelo tras la oreja. Sus dedos rozan mi mejilla. Sé que me he ruborizado. Él sonrío y apoya la palma de su mano en mi rostro; su tacto es aún más suave en la piel de mi cara.

Su pelo está empapado, sus ojos brillan tanto que deseo poder perderme en ellos, en la negrura de sus retinas, porque en este instante me embarga la seguridad de que nunca me perdería del todo si llegara a estar a su lado.

Levanto la mano y toco la suya que todavía está en mi rostro. Todo se detiene. Deseo que de un paso más porque si lo hago yo creo que me caeré; mis piernas son flanes, mis dedos están trémulos. Y no me duele nada en absoluto.

—Tengo que irme.

Se aleja tan rápido que tengo la sensación de que se lleva con él el aire de mi alrededor, se lleva la estabilidad que me mantenía de pie.

No me da tiempo a hablar ni a moverme. Cuando escucho la puerta cerrarse reacciono todo lo rápido que puedo y corro escaleras abajo; llego al patio frontal al tiempo de ver como el coche patrulla se aleja bajo la lluvia.

Intento centrarme, tengo que volver dentro, necesito tranquilizarme. Me dirijo a la casa, aunque no entro; me voy por el lateral al patio trasero, y me quedo en el centro del jardín, sobre el céspede que despide el olor a lluvia. El agua fría que cae a cántaros se mezcla con mis lágrimas, noto la diferencia en la temperatura entre las gotas que se resbalan por mi cara.

Intento recapacitar, pensar en qué ha pasado, por qué se marchó así... ¿de verdad estábamos a punto de...? Oigo algo detrás de mí y giro sobre mis talones: Yang está de pie a poco más de tres metros de distancia. Tres. Él es mi número tres. Ahora lo sé. Perfecto y singular. Único.

Está empapado, me mira por debajo de los párpados, veo que le cuesta respirar, sus brazos caídos a ambos costados, los puños cerrados.

Cuando avanza apenas le veo venir ya que emprendo la misma carrera en su dirección. Chocamos pero no me caigo, sus brazos me elevan en el aire a la par que sus labios roban hasta la última gota de sensatez que me queda.

Nos besamos bajo la lluvia, su olor dulce y potente mezclado con la tierra húmeda, sus manos cálidas borrando cualquier atisbo de frío que el agua pudiera provocarme haciendo que arda por dentro. Sus labios suaves, deslizándose por los míos, su aliento entrando por mi garganta, llenando mi conciencia de él.

# Día 87

**MIENTRAS CANTABA** en la ducha he llegado a dos conclusiones: sigo cantando igual de mal que siempre y estoy enamorada hasta mi último átomo de Yang.

Tras besarnos ayer en el patio me llevó dentro y estuvimos cerca de diez minutos en silencio, abrazados, mirándonos a los ojos, dejando de mirarnos al besarnos, empapando la alfombra de mi madre. No sé si me mataría si lo viera o si se alegraría tanto por mí que lo dejaría pasar.

Su walki sonó con un aviso y tuvo que marcharse. Cuando alcanzaba la puerta volvió sobre sus pasos y me dio otro beso, demorado y cálido.

Aún siento la impresión de su boca sobre la mía. Unos labios invisibles que me recuerdan que los míos están demasiado vacíos sin los suyos.

Salgo del baño y, mientras me seco, siento una punzada en el estómago. Podría pensar que se trata de hambre, pero entonces noto otra un poco más abajo, y otra, y entonces todo empieza a dar vueltas.

Llego a la mesilla y saco la medicina; me pincho y respiro hondo. Al menos hoy no estaré sola, ya que, para despedirse, Briam vendrá a verme dentro de poco. Sé que Yang se pasará luego y me prometo que si empeoro le llamaré enseguida.

Al cabo de media hora Briam entra y yo le recibo con el desayuno a medio preparar. Ha organizado un día repleto de películas Serie B y palomitas.

\*\*\*\*\*

Se acercan las dos de la tarde y estamos en la cocina haciendo algo de comer cuando la puerta se abre. Yang entra y se detiene en seco al vernos a Briam y a mí.

—Lo lamento, señorita Simpson, solo me pasaba para asegurarme de que está bien.

—Sí, sí... va todo bien. Pasa, por favor.

—Buenas tardes, agente —dice Briam con su voz cantarina y alegre de siempre—. Hoy también tenemos comida de sobra, por si se quiere quedar.

—Gracias, pero llego tarde.

Nos quedamos, una vez más, los tres en silencio. Esta escena me resulta demasiado familiar. Briam se pone a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. Me siento incómoda a más no poder. Le quiero, es mi amigo del alma, el único que me queda, así que no quiero ofenderle alejándome. La cara de Yang cambia y sus cejas, tan particulares, vuelven a bajarse, convirtiendo su cara en una mueca de desagrado.

—Que os aproveche la comida —dice y se marcha.

—A mí me da que Yang te quiere enseñar su Ying. —Briam estalla en carcajadas.

Me alejo riéndome y le tiro un trapo de cocina. Él me tira un trozo de tomate y yo le apunto con el cuchillo, a lo que responde poniendo los brazos en alto con cara de pánico exagerado.

—Ya te vale... —le digo entre risas. Y me preocupa que Yang saque las cosas de contexto.

—Vamos, que te quiere enseñar su Ying seguro —insiste y yo me ruborizo a tal punto que siento que mi cara podría estallar en llamas.

—Calla y cocina, anda. —Le tiro otro trozo de tomate.

—Oh, no. —Briam se pone serio y coge un pepino que levanta como si fuera una espada—. ¡Lo que pasa es que ya te ha enseñado su Ying! —Chilla entre carcajadas.

—Eres gilipollas —bromeo y seguimos riéndonos como dos adolescentes.

\*\*\*\*\*

Dos horas más tarde estamos sentados en el sofá. *Sharknado* está acabando y sé que me quedan la segunda y tercera parte, así que me levanto para hacer más palomitas. Me encanta esa clase de cine en la que no tienes que pensar, y a la vez, no podrás olvidar en mucho tiempo. Para bien o para mal.

—No me apetece marcharme —dice mientras me acerco al sofá.

—Tienes una vida en Australia. Aprovecha por los demás —contesto sonriendo.

—Ya... ¿estarás bien? Estoy muy cabreado, ¿sabes? ¡Nadie más te ha llamado o venido! Ni que no conocieras a gente, ¡joder!

—No pasa nada, Briam... es una situación muy delicada y complicada...

—Pero estarás sola, Al...

—No... no del todo...

Briam me pasa la mano por el rostro. El gesto es bonito, y lo más hermoso de todo es que no capto ni una pizca de intención más allá del cariño.

—Así que el agente Yang...

—No te hagas ideas precipitadas —digo poniendo los ojos en blanco—. Es... complicado, creo que sobra decirlo.

—Solo ten cuidado, ¿me lo prometes? Estás sola, encarcelada como el que dice... no te dejes engañar por nadie y no te engañes a ti misma. Estoy a un avión de aquí, no creas que nadie te quiere, porque eso no es verdad. No necesitas la piedad de nadie, estás vulnerable y... Agente Yang —Briam mira detrás de mí y me giro tan rápido que me mareo un poco.

—Solo me pasaba a asegurarme de que está todo bajo control.

—Pasa, por favor... ¿quiere beber algo? —Ofrezco, aunque lo que tengo son ganas de levantarme e ir a su encuentro. Sus ojos me echan atrás; hay una nube en sus orbes, puedo verla desde la distancia, siento frío y me rodeo con los brazos.

—Gracias, pero he de irme. Pasad buena tarde. Y por favor, avisad a la central cuando vaya a hacer fiestas. Para evitar futuros problemas.

Se va dando un portazo. No sé qué acaba de pasar, pero algo ha cambiado, lo noto.

\*\*\*\*\*

Son las siete de la tarde y Briam acaba de irse. Ha sido una despedida dura, más de lo que podría haberme imaginado. Tengo ganas de llamar a Yang, pedirle que venga. El recuerdo de su mirada, el frío de sus ojos me lo impide. Decido esperar al día siguiente, tengo cita y le veré a primera hora.

No tengo nada de qué preocuparme. Al menos intento creer que eso es así.

# Día 88

DICEN QUE LOS cambios son buenos. El que dijo eso fue el mismo idiota que tuvo la ocurrencia de que las piedras en el camino sirven para algo.

Estoy sentada en el salón, arreglada y lista para ir a la consulta. Cuando llaman a la puerta espero que sea cualquiera menos Yang. No entiendo porqué no pasa sin llamar como lleva haciendo las últimas veces que vino.

Sonrío al verle pero su rostro está inerte. Ni una mínima señal de que el verme signifique algo. Tengo frío y estamos a casi cuarenta grados. La mirada de Yang me hiela.

—¿Nos vamos? —Dice y camina hacia el coche patrulla.

Tomo asiento en silencio. Tengo unas ganas tremendas de llorar. Carraspeo y me trago el llanto. Soy demasiado orgullosa como para derrumbarme frente a él en estos momentos, no cuando me está tratando con tal frialdad que siento como si hubieran dos continentes entre nosotros.

—¿Puedes bajar la ventanilla, por favor? —Hablo con tono sereno y calmado. Eso es. Tengo que parecer fuerte.

—Se va el aire acondicionado —es su respuesta.

Nos detenemos en un semáforo. Cinco, cuento en mi mente. Sigue con su ritual de crujir los nudillos pero a diferencia de las demás veces no ha mirado por el retrovisor. No ha mirado ni una única vez.

Tengo la vista puesta en el exterior aunque no vea nada en concreto. El coche vuelve a detenerse y le oigo bufar. Al mirar al frente veo que estamos en un atasco. El camino se va hacer aún más largo.

No tengo ni idea de qué ha ocurrido. Hace dos días fue uno de los momentos más maravillosos de mi vida... el tejado, la lluvia, el beso, y cuarenta y ocho horas más tarde me trata casi peor que el agente-niñera.

—¿He hecho algo malo? —Pregunto y quiero golpearme la frente.

Silencio. Ni me mira por el espejo.

—Yang, he hecho...

—Agente Yang, por favor, señorita Simpson.

Las lágrimas de rabia caen por mis mejillas. No quiero que me vea llorar, cosa que no es difícil puesto que no me mira. Intento no hacer ruido pero el sollozo brota de mi garganta. Me ha mirado por primera vez desde hace casi una hora.

—Yang... —empiezo a decir. Él desvía la mirada, sube el ventanuco de cristal que separa la parte frontal de la trasera del coche patrulla y pone la radio.

\*\*\*\*\*

Aguento los cuarenta minutos del atasco más largo de la historia de California lo más digna que puedo. Por dentro sigo llorando. Por fuera he convertido mi cara en un mohíno rabioso que deseo que vea cuando se digne a mirarme.

Me siento traicionada, me siento dolida. Yang ha sido lo único bueno en mi vida en semanas, meses, años si me pongo, y de pronto...

*Él es tu agente asignado y tú su prisionera. Hazte a la idea, no seas estúpida,* me repito esa frase varias veces mientras, con su caminar tan único, Yang se baja del coche y me abre la puerta.

—Llegamos tarde —indica, seco como una rama afilada y lista para dañar.

No me muevo. Él quiere guerra, pues tendrá guerra.

—Ocho —digo mirando al frente.

—No tengo tiempo para sus rarezas, señorita Simpson.

Sus palabras llegan tan hondo que puedo sentir como hieren mi pecho. *Rarezas. Rara.* He perdido la cuenta de las veces que oí eso a lo largo de mi vida. Oírlo de Yang ha sido más horrible que todas ellas juntas.

—Nueve. —Sigo mirando al frente.

—Señorita Simpson, si no colabora...

—¿Qué? ¿Me llevará detenida, agente Han Yang? —Escupo las palabras sin mirarle.

—Intento ser cordial, señorita...

—Y yo intento entender porque te has vuelto un capullo arrogante de la noche a la mañana. Todos queremos algo y no siempre lo tenemos. Es la vida, agente Yang.

—Bájese, por favor.

—¿O qué?

—O la llevaré de vuelta a su domicilio y solicitaré que las citas medicas se lleven a cabo allí. No volverá a salir de casa en los próximos meses.

Intento encontrar algo en sus ojos, descifrar lo que sea en su mirada. La negrura de sus iris es tan profunda que asusta. No quisiera perderme en ellos en esta ocasión. Quiero huir, quiero gritar para saber dónde está su brillo, quién y por qué lo escondió.

—Diez.

—¿¿Qué diantres cuentas?!

Varios transeúntes desaceleran el paso, curiosos. Sonrío orgullosa.

*Algo es algo*, pienso, al menos ahora parece humano otra vez.

—Once.

—Señorita Simpson... —Su tono es amenazante, corta el aire a mi alrededor.

Estiro los brazos y le miro a los ojos. Él desvía la mirada. Veo un atisbo de brillo, o puede que sea un reflejo de los míos en él.

—Espósame —digo, mis manos juntas, muñeca con muñeca, frente a él.

—¿Perdón? —Parece desconcertado. Bien.

—¿Qué parte de esposarme no ha quedado clara, agente Yang?

—Bájase del coche, señorita Simpson.

—Si no me esposas tendrás que bajarme arrastras. Será divertido. Hay un montón de gente mirándonos.

—¿Intentas sacarme de mis casillas, Alice?

—Anda, pero si sabe como me llamo. Las esposas —sacudo los brazos, arqueando las cejas—. Que no tenemos todo el día, agente Yang.

Yang se lleva la mano al cinturón. Su boca es una fina línea, no termino de reconocer si de odio, frustración o imbecilidad. Intento decidir cuál me gusta más. Me pone las esposas cuidando de no rozarme lo más mínimo y señala hacia la entrada del centro médico. Sigue sin mirarme.

Me levanto, cabeza en alto, barbilla erguida. Empiezo a caminar a pasos lentos. Yang va justo detrás, noto sus ojos en mi nuca, fulminándome. Todos nos miran, yo les saludo con la mano, incluso acabo de mandarle un beso a un chaval que se ha parado con la bicicleta para dejarme paso.

Un grupo de señoras está unos pasos al frente y cuchichean. Las observo, y al pasar a su lado, suelto:

—La última vez no me esposaron. La pobre mujer sigue en la UCI.

Las cotorras se alejan, esparciéndose por la acera como bolos tras un pleno.

Yang suelta una especie de bufido-quejido-risa. No pienso mirar hacia atrás para ver qué ha sido.

Entro en el centro y voy hacia el ascensor.

Hay una pareja con dos niños y otras tres personas esperando. Me paro en medio, justo frente a la puerta. Yang está detrás, así que, tras mirar al policía, parecen relajarse. Les ayudo un poco con eso:

—Agente, ¿cuando estemos arriba podrías quitarme las esposas? Prometo que no volveré a pegar a nadie, lo juro.

Los ocho testigos presenciales dan un paso atrás.

—Señorita Simpson... —su reprimenda es un siseo.

—Hola, ¿qué tal? Me encanta tu vestido. —Pretendo ignorarle y me dirijo a la mujer que va con lo que supongo es su familia—. Yo tenía uno igualito. Lo usé en un funeral —fuerzo una risa aguda—. Ni me acuerdo cuál, es que he ido a tantos...

La mujer le coge de la mano al hombre y tirando de los críos se alejan. La pareja de abuelos sigue cerca. Les puede la seguridad. O no me han oído.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —Yang se ha acercado, me habla muy bajo, casi al oído. Mis piernas tiemblan y quiero girarme, mirarle a los ojos.

—¿El qué? —No miro hacia atrás.

—*Esto*, sea lo que sea que estás intentando demostrar...

—No tengo nada que demostrar, agente Yang. —Me doy la vuelta. Mi corazón se dispara, le tengo tan cerca que puedo saborear su aliento—. Esto es lo que hay, ¿no? Soy una criminal y usted mi agente asignado. Lo está haciendo muy bien, tranquilo.

Le doy la espalda antes de arrepentirme. Yang resopla, pero no dice nada más.

Subimos en silencio, el hilo musical es tan estúpido como cualquier otro hilo musical estúpido. La pareja de ancianos no se subió al ascensor con nosotros, así que Yang y yo estamos uno a cada lado del cubículo. No nos miramos. No hablamos. Pero ahora él me mira por los espejos.

Me dejo caer en uno de los bancos largos que flanquean la sala de espera de la consulta y suelto un «*Dios, qué bien se está fuera del aislamiento*». En menos de un minuto no hay nadie más sentado cerca. Creo atisbar otra sonrisa en los labios de Yang, aunque de haberla, la esconde muy bien tras sus cejas tensas y su boca torcida.

El médico me está hablando. No le presto atención. Me pregunta qué tal van «*esos animillos*». Creo que tiene un problema serio con los diminutivos. Lo de «*deprimidilla*» todavía lo tengo en la cabeza.

Yang está en la misma postura, de pie al lado de la puerta. Bajamos en silencio. No tengo ganas de mucho. Quizá sea por la medicación, o puede que simplemente esté agotada de mi vida en general.

En el coche me va a quitar las esposas y retiro los brazos. Me acoplo al asiento en silencio y sigo así durante cinco minutos más hasta que en el primer semáforo baja la ventanilla. No le miro, ni a él ni a sus ojos en el espejo.

Deja el cristal bajado todo el camino. No me asomo a tomar el aire. Tengo tantas ganas de hacerlo como de volver a mirarle. Me contengo. Puedo notar que ahora no disimula ni evita hacerlo; me mira, me observa. No sé a qué está jugando, si es que esto es para él un juego. Dejo la partida de momento. Necesito mi cama y descansar un poco mi cabeza.

Paramos frente a casa. Él se baja, abre la puerta y me sigue en silencio hasta la entrada. Me giro sin mirarle y le acerco los brazos para que me quite las esposas. Lo hace y resopla, suena casi apenado.

—Que pase buen día, agente Yang.

Cierro y subo a mi habitación con el piloto automático encendido. Así resulta más fácil bloquear lo que siento. *Dolerá menos*, me reafirmo.

No sé qué ha pasado y, ahora mismo, ni siquiera sé si quiero descubrirlo. Me duele el pecho. Y sé que no es Wilson que lo provoca. Me duele muy adentro.

# Día 90

¡FELICIDADES A MÍ! Hoy cumpla noventa días, tres meses exactos de mi condena.

Mi cita con el médico fue hace dos días. No sé nada de Yang desde entonces. En realidad sí que sé algo: no ha venido, no ha llamado, no ha escrito. Sé muchas cosas de Yang en estos momentos. Y ninguna me gusta lo más mínimo.

Estoy en la cocina intentando picar un trozo de hielo para prepararme un té. Hoy estoy más torpe de lo habitual. Tengo un temblor constante en las manos. Supongo que el médico no ha reajustado la medicina y me tocará volver en breve. No sé si eso me alegra o no pues significará ver a Yang, y me parece tan buena como mala idea.

Me siento frente a la ventana, mirando a la calle. Hay cierto movimiento de coches; es viernes, así que los vecinos estarán preparando sus bolsas para ir al campo, a la playa, a algún sitio, cualquiera en realidad. Ellos pueden hacerlo. A mí me queda el té, cinco libros empezados a la vez, mi fiel amigo Wilson y sus tembleques, y un agente asignado que me ha besado, robado el corazón, y luego ha pasado de mí como de la mierda. Solo me falta el diario, veinte kilos demás, dos amigos que digan muchos tacos y soy la versión americana y pelirroja de *Bridget Jones*.

Abro el ordenador y veo que tengo varios mensajes de Rose Marie, mi enlace con la policía. Llevo tres días sin contestar, ni he mandado la lista de la compra.

**Yo**

*«Me apetece helado de coco. ¿Eso se puede incluir en la compra o se considera peligroso?»*

**Rose**

*«Hola para ti también, reclusa número 17.890/45»*

**Yo**

*«Qué número más feo. Además de que no sigue ninguna secuencia teniendo en cuenta los gráficos de reclusos del estado. Sé de lo que hablo, yo hice esas tablas. Te lo has inventado. Recuerda con quién estás hablando, listilla».*

**Rose**

*«Perdone usted, Doctora Números.*

*Por cierto, el helado de coco no es un bien necesario, pero podríamos llegar a un acuerdo...»*

**Yo**

*«Oh, me tiene usted intrigada, agente de la ley que no soborna a los reclusos. Qué me pedirá a cambio...»*

**Rose**

*«Solo una cosa: contesta de vez en cuando.*

*Eso de tener que estar hablando con el agente nomehables-nomemires para tener noticias tuyas no es mi pasatiempo favorito».*

**Yo**

*«¿El pobre del agente Yang? ¿Le llamas así? Qué poco considerada...»*

**Rose**

*«Encima lleva tres días que muerde cada vez que le hablo.»*

**Yo**

*«Lo siento por ti. Como no le veo desde hace dos días, no sé a qué te refieres.»*

**Rose**

*«¿No le has visto? Pero si lleva dos días de vigilancia de paisano en tu casa.»*

**Yo**

*«Hum... no sé si debería preguntar eso, pero allá va: ¿puedes ver dónde está ahora mismo? La localización, digo.»*

**Rose**

*«Se supone que no, y menos poder decírtelo... pero, si pudiera hacerlo, diría que está en movimiento, de hecho, con cinco segundos de retraso del gps, diría que está pasando frente a tu casa... ahora.»*

Me levanto a trompicones y miro por la ventana. En ese momento un coche que no conozco pasa a una velocidad muy reducida. Será cabrón.

**Rose**

*«Oye, ¿sabes que eso que estamos haciendo no es muy legal que se diga, y que se supone que no podemos ser ni conocidas, menos amigas, verdad?»*

Leo el mensaje y sigo riéndome. Hacía mucho no me distraía tanto hablando con alguien.

**Yo**

*«Sí. Pero soy adorable e irresistible. Es lo que hay.»*

**Rose**

*«Si me echan, iré a vivir a tu casa y tendrás que comer galletas digestivas hasta el día del Juicio Final.»*

**Yo**

*«¡Chorradas!*

*Acabaremos devoradas por los zombies antes...»*

**Rose**

*«Eres de lo que no hay, señorita Simpson.*

*Anda, pásame tu lista, haré que te lo envíen hoy mismo.*

*Ah, e iba en serio: contéstame, por favor. Parte de mi trabajo es vigilar tus movimientos en internet y me lo pones difícil si no haces nada, guapa.»*

**Yo**

*«Gracias, Rose, te adjunto la lista.*

*Promesa, te escribiré.*

*Pasa buen finde.»*

**Rose**

*«¿Y eso qué es?*

*¿Quién te vigilará el sábado y el domingo si no lo hago yo?*

*Me tienes en un sin vivir...*

*Besos, cuídate. En serio.»*

Cierro la pantalla del pc y vuelvo a mirar fuera. El coche pasa otra vez. Tiene las lunas tintadas, no veo quién conduce. Puede que sea Yang. O algún mafioso que se ha encaprichado de mi casa.

Me preparo algo rápido de comer y me tiro en el sofá, aunque antes cierro las cortinas, apago las luces y bajo el brillo de la tele. Si quiere verme, se lo pondré difícil.

# Día 94

HE DECIDIDO tranquilizarme e intentar repasar lo ocurrido con Yang.

Barajo dos posibilidades: en el primero cuadro Yang es bipolar y tiene un trastorno de la personalidad importante. He descartado eso; no creo que le dejaran ser policía. La segunda imagen es la más plausible: se ha dado cuenta de la gran idiotez que sería relacionarse con alguien como yo, o mejor dicho, que un policía se relacione con alguien en mi situación. Esa es la más creíble, pero seamos sinceros, lo de ser bipolar resultaría mucho más interesante.

Me siento en el alféizar de la ventana. Me gusta ver la calle a estas horas de la mañana. Pasan poco de las seis.

El cielo está amaneciendo, perezoso como lo harán mis vecinos en sus casas. Yo, en cambio, estoy despierta y lista para correr. Y no puedo ni salir por la puerta sin contar los pasos que estoy dando.

Han pasado cuatro días, es martes, parece que hará buen tiempo, y Rose Marie ayer me dijo que libra. La verdad es que me ayudó mucho hablar con ella los últimos días. Ha resultado que somos más que compatibles, las dos tenemos un sentido del humor en ocasiones cruel, a ambas nos gustan las películas malas y las palomitas con doble de sal, y leemos como descosidas. Por un momento me planteé contarle algo sobre Yang, pero decidí no hacerlo. Es la primera vez que he querido compartir algo de mi vida con alguien y resulta que, si lo hago, lo más probable es que acabemos todos en los juzgados.

He dejado de mirar por la ventana para ver si Yang ha seguido pasando frente a la casa. Me envió un único mensaje ayer por la noche. Ponía, textualmente: «*Enciende las luces del porche*».

Me levanto a por una taza de café. Lo sé, no debería de tomarlo, pero lo añadí a mi lista y una tacita pequeña no me matará. Wilson se portará bien hoy, lo presiento.

De regreso al salón abro mi ordenador y repaso los emails. Nada nuevo. Abro *Netflix*, *Youtube*... todo es lo mismo de siempre. Ver vídeos de gatitos no me resulta alentador. Le caigo mal a los gatos. Y a las plantas. Ahora podría ir a echar un ojo al jardín, puede que plantar algo, pero recuerdo que en mi vida, en lo referente a la flora, he tenido bajo mis cuidados dos cactus y ambos murieron. Uno lo ahogué y el segundo se secó. Logré que un cactus se muriera de sed. Así de hábil soy con la naturaleza.

Dejo la taza en el fregadero y salgo al patio trasero. Pienso en retomar mis planes de convertir el cobertizo en vivienda, y entonces miro al cielo; el horizonte, rojizo y mate a estas horas, se está encapotando; nubarrones oscuros se mueven mecidos por una ventisca que, aunque lejana, se hace notar.

Regreso dentro y abro el armario del pasillo. Llevaré un paraguas fuera, por si tengo que meterme corriendo en casa. Abro sendas puertas de madera blanca, retiro uno de los abrigos colgados y me encuentro con el sombrero de paja que solía usar mi madre en nuestros viajes a la playa. Lo cojo y lo sacudo un poco; apenas tiene polvo. En el suelo, al fondo, veo la bolsa de pana blanca con rayas azules que usaba para los mismos paseos. La saco y del interior cojo una toalla del mismo color.

Me acerco a la ventana con el playero y la toalla en la mano. Miro hacia atrás, al reloj de la cocina: las siete en punto.

Subo a la planta superior, y, mientras me preparo, canturreo una canción antigua que solía oír a mi madre cuando estaba distraída. No recuerdo la letra ni quién la canta, pero no se me olvida la melodía.

Bajo al salón, paso directa al patio, cojo una silla plegable de playa que está en un montón de trastos dentro del trastero y rodeo la casa con ella bajo el brazo. Llevo puesto mi bañador azul marino, unas chanclas que no usaba desde hace siglos, el sombrero de paja, mis gafas de sol y la bolsa de playa con un

libro y un termo con té helado en su interior. Miro por un instante la cicatriz del disparo en mi muslo. Me estremezco pero no me dejaré vencer; hoy hace un día perfecto para disfrutar y pienso hacerlo.

Me doy un último repaso visual y le hablo a mi tobillera del estado de California:

—Vamos a ver si realmente funcionas —miro con seriedad a mi sistema de vigilancia—. Se supone que el tiempo de aviso es de cinco minutos. Yo digo que serán siete.

Y doy el primer paso fuera del céspede, pisando la acera. El corazón se me acelera y tengo ganas de reírme. De hecho estoy riéndome por lo bajo, con histeria disimulada tras mis gafas de sol. Miro la tobillera; la pequeña lucecita verde sigue encendida como lleva haciendo desde hace tres meses y cuatro días.

*¿Izquierda o derecha? Izquierda.* Empiezo a caminar, primero despacio, luego, acelerando el paso, intercalando miradas del pavimento al aparato en mi tobillo.

He alcanzado la casa de mis vecinos. Nada. Llego frente a la tercera casa de corte familiar y foto de portada para las familias americanas, y entonces ocurre: la luz cambia a rojo.

Alcanzo la esquina, cinco casas de distancia de la mía, por encima calculo que unos ciento cincuenta metros.

Abro la silla plegable, estiro la toalla sobre ella, me siento, cojo el libro del bolso y miro la hora en mi teléfono móvil: las 7:45. Han pasado tres minutos desde el primero paso en la acera.

*Un pequeño paso para la humanidad, un gran paso para Alice.*

Oigo las sirenas. Seis minutos.

—Ni para ti ni para mí —le digo a la luz roja que parpadea en mi tobillo.

Miro hacia mi derecha y veo el coche patrulla acercarse a toda velocidad, sirena y luces puestas. Las ruedas chirriaran y veo por el rabillo del ojo que levanta polvo y humo cuando se detiene del todo.

Un portazo. Las botas del agente golpetean el suelo enfurecidas. Se para frente a la silla, sus espinillas a quince centímetros de los dedos desnudos de mis pies. Sigo moviéndolos al son de una canción imaginaria y pretendo leer el libro.

—¿Qué se supone que estás haciendo?! —Grita entre dientes. Miro hacia arriba. Qué guapo y apuesto es el capullo. Borro mi sonrisa de inmediato y dejo de mirarle.

—Aquí, leyendo y tomando un té —contesto con naturalidad. Cierro el libro y bajo las gafas al puente de la nariz, mirándole por encima de las lentes—. ¿Y tú qué tal estás, agente Yang?

—¿Sabes que se te considera desde hace cuatro minutos como una fugitiva en búsqueda y captura?

—¿Solo cuatro? Perdona que te lo diga, agente, pero tenéis que mejorar el tiempo de respuesta...

—Súbete al coche —ordena y camina hasta posicionarse a mi lado.

—No, gracias. Estoy tomando el sol.

—Señorita Simpson, si en treinta segundos no doy el aviso de que está todo bajo control, llegarán más unidades, puede que un helicóptero, y dudo mucho que pases la noche en tu cama.

—Y yo en bañador.

—Alice...

—No. Antes termino el té y el capítulo que estoy leyendo.

—¿Por qué demonios estás haciendo esto?

—No lo sé. ¿Por qué lo estás haciendo tú, agente Yang?

Él pone los ojos en blanco y se muerde la boca. Quiero reírme, pero me contengo. Estoy dolida, resentida con él hasta tal punto que lo único que quiero es hacerle reaccionar, quiero que me diga qué le ocurre.

—Eres irritante hasta límites que desconocía, Alice.

—Y tú eres muy irritable. Me lo pones fácil, *Han* —hago que su nombre suene a burla en mis labios.

Apenas le veo venir: en un parpadeo me ha tomado en brazos y camina hacia el coche, abre la puerta trasera con una mano y me mete dentro, cerrando en mis narices antes de que pueda rechistar. Saldría, pero a la policía se le ocurrió que no se pueda abrir desde dentro. Por qué será.

Se pasa diez segundos peleándose con la silla; no es capaz de cerrarla. Me tapo la boca ya que me mira y no quiero que me vea reír. Tras una patada que casi logra plegarla, la coge junto a la bolsa de playa, abre la puerta del copiloto y las tira dentro.

Se sienta en su asiento, le da un par de empujones a la silla de metal y pone la marcha atrás.

Según vamos en sentido contrario veo que se han asomado varios vecinos. Algunos se ríen, otros parecen dispuestos a llamar al FBI si me ven hacer cualquier movimiento brusco.

Yang se detiene en la puerta de mi casa, se baja, saca la silla que pone armada sobre el céspede frontal, abre mi puerta, me saca en brazos y me pone sentada en ella.

—Aquí unidad 63, agente Yang. Alarma de vigilancia número 7/80 bajo control. Repito: ha sido un fallo técnico del aparato. ¿Recibido, central? —Le habla al walki.

Tras recibir la contestación oportuna, se pone las manos en las caderas; me fulmina con la mirada, hosco, su cara desencajada.

—¿Qué? —Pregunto disimulando naturalidad. Abro el libro y dejo de mirarle. Y como no tengo ni idea de qué hago creo que tengo el libro del revés...

—Qué pases buen día —anuncia y me da la espalda.

—No te imaginaba tan cretino.

—¿Cretino? —Se da la vuelta. Veo un boceto de sonrisa en su cara. No me gusta la combinación de esta con sus ojos, medio cerrados, tensos.

—Porque ahora dirás que han sido imaginaciones mías, que el beso del otro día...

—Lo del otro día —me interrumpe—, fue un error. Uno muy grande que estoy subsanando.

Empieza a llover. La tormenta ha llegado tan o más deprisa que el coche patrulla.

—Me gustan las tormentas de verano —digo, apartando la mirada. Sigo sentada, levanto la cabeza y cierro los ojos.

—Deberías entrar. Podrías ponerte enferma, y eso solo será más trabajo para tu agente asignado.

Cuando le miro un *déjà vu* doloroso me golpea el centro del pecho. Está de pie, a pocos pasos, empapado tras apenas unos segundos de lluvia, me cuesta verle del todo a causa del agua que cae enrabiada. Siento que se encoje mi corazón. Me levanto. Ese momento hace unos días presagió un instante que intento atesorar aunque sepa que es inútil, y que al parecer solo significó algo para mí.

—Recibirás los datos del nuevo agente en los próximos días —retoma la palabra. No me mira—. Que te vaya bien.

—¿Qué coño está mal contigo? ¿En serio me vas a decir que no pasó nada?

—Como he dicho, fue un fallo técnico.

—Ya, como el de mi tobillera —replico. Estoy llorando. Agradezco que el agua de la lluvia se mezcle a las lágrimas y las disimule.

—Soy un agente de la ley y tú una reclusa. Fin de la historia. Espero que sepas comportarte con el nuevo agente. No todos tienen tanta paciencia con personas como tú.

—Raras, dirás.

Me repite que no piensa seguir discutiendo y que me meta en casa. Me desea suerte otra vez con mi nuevo agente.

Lo estoy poniendo todo perdido de agua. Dejo las cosas fuera. No creo que los vecinos llamen para decirme que se me olvidó una silla.

Me dejo caer en el sofá. Tiro de una mantita que hay sobre el respaldo y me enrolló en ella.

*Solo soy una reclusa, me repito sus palabras.*

Inocente, eso sí. Al menos eso nadie me lo va a quitar.

# Día 96

**Yo**

*«Houston, sigo esperando indicaciones.»*

**Rose**

*«Pues tú dirás, Apolo, no tengo ni idea de qué quieres.»*

Le sonrío a la pantalla del ordenador. Son las ocho de la mañana. Hace veinticuatro horas que mi corazón maltrecho volvió a romperse.

**Yo**

*«Mi nuevo agente asignado. Podrías pedir el puesto. Nos lo pasaríamos muy bien.»*

**Rose**

*«¿Nuevo agente?»*

*No tengo ni idea de qué hablas.. Las órdenes de tu caso tienen que pasar por mí y no tengo nada.»*

Me enderezo tan rápido que me mareo. Una corriente eléctrica cargada de adrenalina acaba de darle un calambrazo a mi cerebro adormilado.

**Yo**

*«Ayer el agente Yang me dijo que no será mi agente asignado, que recibiría los datos en breve...»*

Intento que mi mensaje suene natural, así que lo releo un par de veces antes de enviarlo.

**Rose**

*«Pues a no ser que se haya equivocado de departamento, aquí no ha mandado nada. Además, hoy mismo ha recogido el memorándum con tus dos próximas citas médicas.*

*¿Estás segura de que fue eso lo que te dijo?»*

**Yo**

*«Me habré confundido... te dejo, tengo que hacer footing.*

*Pórtate bien y no me mandes más galletas de esas.*

*Bss»*

No quiero cortar la conversación con tanta rapidez pero necesito pensar, porque no quiero decir algo que no deba.

Me acerco a la cocina y me preparo un vaso de té. Alguien llama a la puerta y salgo tan rápido que tiro la taza, me tropiezo con la alfombra y llego casi a gatas.

—Ah, eres tú —digo nada más abrir. De verdad que espero que haya sonado natural porque por dentro me estoy derritiendo.

—Me paso a verificar si está todo bajo control.

—Todo controlado, mi sargento —hago el saludo militar, mano recta sobre la frente, incluso junto

los pies... y golpeo ese pequeño y cabronazo huesecillo del tobillo izquierdo con la tobillera de la otra pierna—. ¡Joder!

Me alejo a la pata coja. El dolor es agudo. Un hueso pequeño y estúpido. Como yo al sentarme en el sofá; Yang ha entrado detrás de mí a toda prisa, se ha arrodillado, ha cogido mi pie y mira concienzudo mi tobillo.

—Eres muy raro. —Rechino entre dientes.

—Y tú deberías de aprender a pensar antes de hablar.

—Ese filtro no me lo pusieron de fábrica —replico. Él se ríe. Su risa me hace cosquillas por el cuerpo.

—Siento mucho mi comportamiento de ayer.

—Y de anteayer, y de antes de antes de ayer...

—Sobrevivirás —dice ignorando lo que he dicho—. ¿Tienes alguna crema para los golpes? Te saldrá un moratón.

—Tengo que tener algo por ahí. Gracias —quito mi pie de sus manos y me cruzo de brazos.

Yang se levanta y se queda mirándome por un instante. Intento no mirarle a los ojos; sus iris rasgados y negros brillan demasiado como para que me permita volver a caer en ellos.

—¿Cuántas van ya?

—¿Perdón? —Pregunto y le miro. Mal. Muy mal.

—¿Cuántas veces me he portado como un capullo en los últimos días? Sé que las has estado contando, Alice.

Creo que acabo de sonreír con los dientes, los ojos y el alma, porque Yang relaja en algo la tensión de sus hombros.

—He dejado de contar allá por la cincuenta y ocho —digo sonriendo.

—Tengo que irme. Espero que pases buen día.

—¿Por qué? —Intento reprimirme, pero me resulta inevitable.

Él se da la vuelta, me mira con una tristeza casi palpable.

—Porque nos hemos conocido en el lugar equivocado, Alice.

Me quedo sola sentada en el sofá, rodeada de paredes y muebles que me hacen daño allá adonde mire, de un aire que me trae demasiados recuerdos como para no pensar en ellos.

Una lágrima cae silenciosa y se resbala por mi mejilla. La recojo con el dorso de mi mano y miro fijamente esa insignificante muestra de todo lo malo que tengo dentro. Llorar significa muy poco en estos días para mí.

Abro el ordenador y le escribo a Rose:

**Yo**

*«Cuervo, aquí Halcón.*

*Cambio.»*

**Rose**

*«Halcón, aquí Cuervo.*

*¿Por qué yo soy Cuervo y tú Halcón?*

*No me gusta el reparto de nombres en clave.*

*Cambio.»*

**Yo**

«¿Conoces a alguien dispuesto a oírme durante un par de horas sin interrumpirme y que cuando termine de hablar me diga que tengo la razón en todo?

Cambio.»

Mi móvil empieza a sonar. Lo cojo y miro en la pantalla un número muy largo.

—¿Sí? —Dudo por un momento.

—No sé si te daré la razón en todo, pero escuchar te escucho —contesta la voz femenina al otro lado. Es dulce y cantarina.

—¿Rose?!

No. Soy Cuervo. Pero puedes llamarme Rose si lo prefieres.

Estallo en carcajadas.

—¿Cuántas leyes estás incumpliendo al llamarme, Cuervo?

—Pues unas quince —dice animada—. Total, si preguntan diré que estabas *deprimidilla*. Eso ha puesto tu médico en tus informes —se ríe de forma estridente.

—Sí, mi doctor tiene un problema grave con los diminutivos.

—¿Entonces qué, Halcón? Dispara.

—No deberías de decirle eso a una criminal.

Ella vuelve a reírse. Su risa es corta y aguda. Me encanta.

—Mientras que no tengas un abrecartas a mano, yo estoy a salvo.

\*\*\*\*\*

Casi son las tres de la tarde. Estuve hablando con Rose durante más de cinco horas, hasta que mi móvil, literalmente, murió.

Hemos hablado de todo un poco. He llorado. Me he reído. He vuelto a llorar.

Ella no me interrumpía mientras hablaba y cada vez que le tocaba decir algo empezaba la frase con un «*Ains, cariño...*». Rose se acaba de convertirse en una de mis personas favoritas en el mundo. Tengo pocas, y ella se ha ganado ser mi número «6»: es adorable, divisible por mucho y multiplicable por más.

No le dije nada sobre Yang. Y eso ha sido lo mejor de todo: no he tenido que decir qué me ocurría en realidad, ella no ha preguntado, y cada respuesta suya me aclaraba las dudas enmudecidas. Supongo que así son las amistades verdaderas, así se portan los amigos, aquellos a los que les basta con saber que no estás bien para estar a tu lado, sin importarle qué te ocurre porque no importa qué te esté afligiendo; lo que cuenta es quitarte la pena de encima. Mi chica número 6 lo ha conseguido.

Estoy preparando un montadito de pan con pechuga de pavo y lechuga. Creo que he perdido unos cinco kilos desde que empezó mi encierro, no porque no puedo comprar ni comer lo que quiero, sino que el hambre se ha quedado fuera de la ventana junto a mi libertad.

Dormiré un poco después de comer y entonces le escribiré a Rose, puesto que me ha dado su dirección de email personal, según ella, «*allí tendremos línea segura, Halcón*».

# Día 109

AYER TUVE CITA médica. Nada memorable: «*un pinchizacín y todo se pasará rapidín*». Me pregunto por qué mi médico no se hizo pediatra.

Yang no habló en todo el trayecto, aunque bajó la ventanilla. No estaba yo para eso, la verdad, empiezo a pensar que lo de *deprimidilla* tiene su punto de verdad. Le pedí que cerrara el cristal cuando íbamos por la mitad del camino y de regreso él ni la abrió. Eso sí, mirar me ha mirado todo el tiempo. He evitado hacerlo porque no quería contar las veces que brillaban sus ojos. No necesito hacerme más daño. Tengo suficientes disgustos dentro.

Me acerco al patio trasero enfundada en un peto vaquero, unas botas de goma amarilla, guantes de jardinería y un gorro de los *Laykers* que pertenecía a mi hermano Tommy.

Respiro hondo. *No podrás conmigo cobertizo*. Estoy decidida a vaciarlo hoy, ya que, una vez hablé con Rose y le conté mi idea de mudarme allí, gestionó las cosas y en media hora tenía acordado con una empresa la recogida de los trastos. Vendrán esta tarde sobre las cinco y son las diez de la mañana, por lo que tengo mucho trabajo por hacer; no quiero tirarlo todo, hay que clasificar las cosas. He creado un esquema y haré cinco montones que serán: *basura, media basura, eso no sé si lo quiero, eso puede que no lo quiera y eso es mío*.

Me llevará más tiempo de lo previsto, pero podré hacerlo. Tengo que hacerlo. Ocupar mi tiempo es primordial ahora mismo.

Estoy cargando la segunda caja de las mil que me esperan y la dejo sobre el montón de «*basura*». Estoy dudando de si mejor ponerla en «*eso no sé si lo quiero*» cuando llaman al timbre.

Siento electricidad y bichitos caprichosos que revolotean en mi estómago. Hoy no es buen día para ver a Yang. Sé que no podré evitar mirarle a los ojos por el simple hecho de sentirme así sin ni haberle visto todavía.

No voy a la puerta, sino que grito desde el patio un «*estoy en la parte trasera*» y me quedo de espaldas, pretendiendo que hago algo. Ahora que lo pienso no podré disimular mucho con lo que tengo en la mano; son unas tijeras de podar viejas y oxidadas. No quedará muy bien con el luminoso que llevo en la cabeza de «*criminal asesina*».

—¡Por Dios, qué glamour, qué clase! Dime donde compraste estas botas que iré a por dos, no vaya ser que se acaben y me quede sin ellas.

Me giro con el corazón disparado y una sonrisa más grande que mi cara se expande cuando la veo: Rose Marie. Mi número 6.

Cuando la abrazo tengo ganas de llorar. Luego me alejo y la miro bien a la cara. Es exactamente como la imaginaba; bajita, aunque los tacones la hacen un poco más alta que yo, vestido a lo pinup con un estampado de magdalenas de colores sobre un fondo ocre; su pelo es negro como el hollín y lo lleva en un moño prieto con un tubo a modo de flequillo, ojos grandes y verdes, gafas de pasta negra, labios rojos y brillantes.

—Pues tú vienes vestida para todo menos para hacer limpieza —digo y la doy otro abrazo.

—Perdona, pero he hecho más mudanzas con estos tacones que tú en tu vida, Doctora matemática —risueña, se acerca a la mesa del jardín y deja una bolsa que tiene en la mano—. Traigo magdalenas y té indio, es de frutas, te va a encantar.

Hoy va a ser un gran día.



# Día 110

NO ME ENCUENTRO muy bien. Llevo desde las cuatro de la madrugada tirada en el baño. Pensándolo mejor, la mancha del techo no es un mapache; se parece más a una ardilla.

Intento moverme para alcanzar el albornoz y ponerlo bajo la cabeza a modo de almohada; me conozco lo suficiente y sé que me queda un rato aquí todavía.

Cuando tenía diez años tuve uno de los peores años de mi enfermedad. Me pasé ingresada casi diez meses. Mi madre se llevó toda mi habitación al hospital, decía que si tenía que estar allí necesitaba sentirme como en casa.

Mi hermano, que tenía quince años entonces, iba y venía directo del instituto a la unidad infantil. Se pasaba horas leyendo conmigo. Recuerdo que se sentaba a mi lado y no me permitía pasar las páginas, según él leía muy deprisa y siempre se quedaba a la mitad de los párrafos.

Leímos varias historias, pero la que de verdad me marcó de aquello fue *La Historia Interminable*. Una noche, tras sufrir una crisis horrible, estaba en el suelo del baño de la habitación de la clínica, mi hermano entró y se tumbó a mi lado. Me dijo que si tuviera que cruzar el *Pantano de la Tristeza* como lo hizo Sebastián, lo haría las veces que hiciera falta con tal de que me pusiera bien.

Al invierno siguiente, cuando ya estaba en casa, una mañana me encontré con el ejemplar encima de la mesita de noche. Un marcapáginas señalaba la página con un párrafo marcado a lápiz:

*«—No puedes ayudarme, señor. Estoy acabado. Ninguno de los dos sabíamos lo que nos esperaba. Ahora sabemos por qué el Pantano de la Tristeza se llama así. La tristeza me ha hecho tan pesado que me hundo. No hay escapatoria.»*

En el reverso del marcapáginas mi hermano había escrito:

*«Si tú fueras Ártax y yo Sebastián, no permitiría jamás de que te hundieras, y si eso no pudiera cambiarse, me hundiría contigo. No nos hundamos, Al. El Pantano no podrá con nosotros.»*

Las lágrimas se escurren por las esquinas de mis ojos y las siento gotear en mis oídos. La mancha en el techo no se parece ni a un mapache ni a una ardilla. Esa mancha es como un pantano, frío y de arenas movedizas, cuanto más intento salir más me atrapa.

Me acurruco en el suelo de gres frío y cierro los ojos. Echo de menos a Tommy más que nunca.

# Día 111

ODIO EL número uno. Es frío, es calculador. Hoy tengo a tres enmarcado un día horrible.

Ayer hasta pasadas las cuatro de la tarde no tuve fuerzas para bajar a la cocina a prepararme aunque fuera un té. Pensé en llamar a Rose, en pedir ayuda, pero no puedo ponerla en esa clase de compromiso... la verdad es que quería llamar a Yang, y recordé que no necesito más frío en mi pantano personal.

Pediré que me den cita para mañana. Me conozco y sé que Wilson está muy cabreado y decidido a joderme. Él es así, pasa desapercibido durante semanas, recargando fuerzas, y entonces regresa más cabrón que nunca.

Hoy me tiemblan mucho las manos. La disfagia no es grande, aunque tendré que tomar alimentos más líquidos, supongo que puedo hacerme una crema de verduras. Estuve hablando frente al espejo hace un rato y se nota mucho la debilidad en el habla.

Estoy apoyada sobre la encimera, dispuesta a pelar un par de patatas y un calabacín cuando noto el primer temblor en el fondo de mis ojos, detrás de mis retinas.

Es extraño. Creo que cuando llevas demasiado padeciendo de algo llega un momento en que lo ves venir; siento una descargar de energía tras mis globos oculares y miro mis manos; mis dedos se doblan y mis muñecas se tuercen hacia dentro. Mis piernas reciben el latigazo y mis rodillas flaquean. Veo el suelo acercarse a mi cara con rapidez, pienso que debería protegerme el rostro, pero no puedo con mis brazos. Mi mejilla izquierda choca contra las baldosas blancas, mi cabeza rebota, el dolor es como ácido en mi garganta, noto el calor de la sangre que me brota de la ceja, al poco tiempo tengo una almohada de hemoglobina bajo mi cara. La sangre huele metalizada, un aroma único y que lamento conocer tan bien. Mis piernas se están sacudiendo, todo mi cuerpo lo hace. Lo asisto todo desde el interior. No puedo reaccionar, si soy sincera, no puedo ni pensar en hacerlo; apenas observo desde dentro como me derrumbo.

Un segundo de oscuridad después, o puede que horas más tarde, abro los ojos sin recordar haberlos cerrado.

Hay sol todavía al otro lado de la ventana. *Tengo que llegar al teléfono*, me repito. Intento moverme; la sangre acumulada bajo mi cara se ha vuelto pegajosa, huele fuerte. Quizá lleve más tiempo de lo que creo aquí tirada.

Mis oídos están taponados, es como estar dentro de una burbuja cerrada al vacío. Me arrastro; noto que mis manos siguen torcidas, me duele horrores mientras intento estirar los dedos.

He logrado moverme un poco. El sofá está cerca, detrás de este está la mesa de centro. Mi teléfono está allí. No queda nada.

Abro los ojos una vez más sin saber cuándo los cerré. Ya no hay sol. La penumbra me causa un terror infantil, primario; veo el sofá y lo único en lo que puedo pensar es en que no haya nada debajo. Me da miedo ver un par de ojos brillantes. La muerte los tiene rojos.

Mi boca sabe a sangre y bilis. Mis ojos, aturdidos, se han acostumbrado en algo a la penumbra. Logro moverme un poco más. Me doy cuenta de que mis piernas son un peso muerto y el pánico me paraliza. Respiro hondo antes de intentar moverlas. No puedo mover nada de cintura para abajo.

Quiero gritar. Me siento en una pesadilla en la cual mi voz se niega a ser una de las protagonistas. Estiro los brazos y alcanzo el borde de la parte baja del sofá de tres plazas. Hincó los dedos. Duele. Me pincho con algo, quizá las grapas que sostienen la tela. Tiro. Mis bíceps en un tira y afloja con el peso del resto de mi cuerpo. Sé que puedo sentir mis piernas porque noto las rozaduras de la moqueta en mis

rodillas desnudas, pero siguen sin responder a mis órdenes.

Soy como Ártax atrapado en el lodo de la tristeza. Veo a mi hermano, arrodillado a mi lado, intentando que me mueva, está suplicando que lo haga. En este instante quiero rendirme. Quiero descansar.

Oigo algo, un ruido lejano que invade mi burbuja de atolondramiento. Un coche en la calle. Rezo para que sea Yang. El coche se marcha tras dos bocinazos.

Hay al menos doce casas en mi calle. Ningún vecino se ha preocupado por mi estado y no lo harán hoy. Cuando me encuentren mañana o pasado, algunos llorarán y dirán lo buena que he sido. Soltarán frases plagadas de falsedad para sentirse mejor consigo mismos. Cuando me encuentren querrán volver atrás y haber venido a verme. Cuando me encuentren, serán como todos esos humanos que nos rodean en nuestro día a día y que solo se dan cuenta de que te vas cuando ya te has ido.

La mesa está cerca y yo me siento como a millas de distancia. Veo los ojos de Yang, pienso en que, si logro moverme, le diré que cuando le conocí brillaron exactamente dieciocho veces al mirarme. Le diré que fueran treinta y cinco las veces que sonríe de manera disimulada, le contaré que fueran doce las que pensé en cogerle de la mano durante mi última cita médica, le confesaré que son veintisiete los pasos que separan la biblioteca de la habitación de mis padres y que cuando llegué allí no pude despedirme.

Una sacudida ajena que nace en mi interior me deja bocarriba. No recuerdo haberme girado. No veo una mancha en el techo con cara de mapache, solo el reflejo de las farolas que, desde la calle, iluminan la noche.

Giro la cabeza. Estoy al lado del sofá, logré llegar aquí. Queda tan poco... otra sacudida. Siento presión en el pecho, me ahogo, toso. Mi hermano me grita que no lo haga, que no me rinda. Mamá me entrega una bufanda de colores y me dice que la lleve puesta pues hace frío fuera. Mi padre sonríe desde el otro lado del salón con un agujero de bala en el cráneo.

Me doy la vuelta. Lo tengo todo blando por dentro. Estiro la mano, toco la pata de la mesa de centro. *Un poco más, solo un poco.* En la oscuridad palpo hasta donde alcanzan mis dedos atrofiados sobre la mesa de cristal. El mando de la tele me cae en la cara, dos revistas hacen lo mismo, el jarrón se sacude y se cae al otro lado, el teléfono al final se digna a dejarse atrapar.

Bajo el brazo como si fuera una extremidad que le pertenece a otra persona. El móvil cae al lado de mis dedos compungidos. La pantalla se ha encendido. De fondo hay una foto mía con Rose tomada el día en que vino por primera vez. Me gusta esa foto. Sonríe, pero la sonrisa se queda atascada en algún sitio entre los nervios y los músculos de mi cara.

Doy con el dedo en la esquina inferior, se abre la pantalla de marcación. Sé que son números lo que veo. Sé que puedo y debo marcarlos. No los reconozco. No sé qué ponen.

Un miedo mucho peor que el que viví hasta ahora me arranca un sollozo reseco. Recuerdo a uno de los tanto médicos diciendo que podría llegar a un punto en que se degenerara mi cerebro. Me pregunto cómo puedo saber qué significa la palabra «degenerar» en este preciso instante y no diferenciar el uno del cinco en la pantalla de mi teléfono. Ese Dios sentado allí arriba jugando a ver quiénes aguantan y quiénes no se tiene que estar partiendo de risa. Me ha quitado lo único que amo. Si no seré capaz de saber qué número adoro, cual odio, o contar las veces que Yang me sonríe, ya no estoy segura de querer seguir haciendo esto.

Cierro los ojos una vez más y me grito que he de abrirlos antes de volver a la inconsciencia. Es tentador, lo confieso. Tentador y cálido.

Miro la pantalla. Solo tengo que darle a algo, al número que sea. Todos me parecen trazos sin ton ni son unidos por líneas negras. Tengo miedo de tocarlos sin saber qué significan. Entonces lo veo: 3. Al principio apenas son rayas amorfas, hasta que lo reconozco. Yang es mi 3. Le doy con el dedo

anquilosado a la pantalla. Escucho algo a lo lejos. *El teléfono te está hablando*, me digo. No sé cómo contestarle. Tengo miles de frases en mi mente y ninguna de ellas se digna a convertirse en voz. Repito el movimiento sobre la pantalla, al número 3. Y le vuelvo a dar. Una vez más. Y otra y otra vez. Un grito. Sé que es Yang, reconozco mi nombre en su voz.

Estoy muy cansada. Mi hermano está sonriendo. Juraría que noto su mano en mi cara. Son las once de la noche, anuncia mi despertador. Me toca la medicina. No creo que logre llegar a la planta de arriba. Tengo demasiado sueño.

# Día 115

LLEVO UN RATO escuchando voces. He reconocido algunas: mi doctor fan de los diminutivos, Rose, Yang... su voz parece romper mi cápsula de oscuridad. Al menos sé que sigo aquí en algún lugar dentro de mí misma.

He intentado hablar en un par de ocasiones, he intentando mover las manos, he rezado para poder mover mis piernas. Sigo inerte entre el exterior y el ataúd que es mi carne.

Siento una mano sobre la mía. Me besa los nudillos. Los labios que lo hacen son suaves, húmedos.

Creo que dormiré un poco más. Solo un poco...

# Día 121

TENGO LOS OJOS abiertos de hace un rato. Sobre mi cabeza los tubos de neón juegan a las damas: uno encendido, uno apagado, uno encendido, uno que parpadea. Creo que ese perderá el juego.

He conseguido mover mi mano izquierda. Hace un momento, mientras lo intentaba, me dije que lo primero que haría cuando lograra moverme sería rascarme la nariz. Parece una estupidez, pero me pica horrores.

—¡Enfermera! —Conozco esa voz... ¡Rose! Miro hacia el lado, el rostro redondo y rosado de mi amiga va tomando forma.

—¡Alice! ¡Enfermera, jopetas!

Sonrío con el afán de tranquilizar a Rose y noto que la sonrisa no ha salido como esperaba; mis músculos no me están obedeciendo en absoluto.

*Puedo hablar. ¡Puedo hacerlo, maldita sea!*

—Me... me...

—¿Qué, cariño? ¿Qué necesitas? —Rose sostiene mi mano entre las suyas, sus ojos están encharcados.

—Me... me... pica... nariz...

Rose suelta una carcajada estridente y me da un beso ruidoso en la mejilla para acto seguido rascarme la nariz con la punta del dedo índice.

—¿Mejor así? —Pregunta sonriendo.

Hay una enfermera frente a mí. Creí haber parpadeado, hace apenas un momento Rose estaba rascándome la nariz, pero ella está llorando detrás la señora uniformada, supongo que he vuelto a irme.

—Alice —la voz viene de mi derecha. Giro la cabeza y el *doctor diminutivos* está al otro lado de la cama—. Muy bien, está respondiendo a señales auditivas —indica, y enciende una linterna frente a mis ojos y dice que siga la luz.

—¡¿Pero qué la ha pasado?! Eso no es normal —Rose habla desde el otro lado. Giro la cabeza para verla y por una milésima de segundo solo veo oscuridad. Por Dios, que no vuelva a perder la conciencia otra vez...

—Tranquila —repone el doctor y mis ojos vuelven a darme imágenes coherentes; el médico está al lado de mi amiga—. Es una chica muy fuerte —insiste y se acerca, apretando mi mano. Ese señor sería un pediatra estupendo. En cuanto pueda hablar, se lo haré saber.

Intento reírme pero sé que no va a funcionar. Tengo la cara entumecida y reconozco esta sensación, la conozco demasiado bien.

—No te fuerces, Alice. Has estado inconsciente seis días, te hemos mantenido así para evitar al máximo las secuelas tras los ataques. ¿Me estás entendiendo, niña?

Sé que tengo que decir algo, y el rostro de mi madre se abre paso entre recuerdos y sensaciones, la veo a mi lado cuando tenía ocho años tras una crisis, y viene a mi cabeza lo que una enfermera me dijo en aquel momento: «*un parpadeo para el sí lo entiende cualquier médico*».

*Parpadea, Alice. ¡Parpadea!*

Logro hacerlo rogando para no quedarme en la oscuridad antes de volver a abrir los ojos, y el médico esboza una sonrisa, diciendo que lo ha entendido.

—Han sido varias crisis las que tuviste, Alice —sigue hablando. Rose se sienta en la cama, al otro lado, y me coge de la mano—. No sabemos cuántas ya que cuando te encontraron puede que llevaras un par de horas así o más... así que tómatelo con calma, ¿de acuerdo? Estaremos aquí para ayudarte con lo que sea.

Quiero decir que no han sido un par de horas, que fue todo un día, quiero poder explicar qué me pasó... y las palabras del médico chocan con mi razonamiento que a pocos va siendo más claro: «*no sabemos qué secuelas pueden haber*». Pienso en que no logro hablar, no consigo moverme... parpadeo una vez para afirmar, y noto las lágrimas cayendo junto a la afirmación. Una afirmación más allá de haber entendido qué me está contando, una afirmación de saber que no tienen ni idea aún de cómo estoy en realidad.

## Día 122

ADORO EL AROMA del café recién hecho. Sé que lo tengo prohibido, pero no hay ley que diga que no puedo poner cara de pena y esperar a que alguien se deje convencer y me de un poco.

—¡Ni hablar! —Rose me mira desde la puerta sin inmutarse—. Voy a preguntar, y si me dejan traerte un descafeinado eso es lo que tendrás. Y deja de poner ojitos.

Ella se marcha riéndose y yo acomodo la cabeza en la almohada. Empiezo a abrir y cerrar las manos y siento un alivio de puro gozo cada vez que lo logro.

El día de ayer fue largo, eterno. Cada vez que alguien entraba en la habitación no podía estar segura del tiempo transcurrido, si era el mismo día, o si iba a lograr moverme y hablar otra vez... hasta que Yang llegó. Le vi al otro lado de la mampara acristalada de la habitación, se detuvo un par de minutos, habló con el guardia de la puerta y volvió a marcharse sin entrar. Supongo que la rabia de ver que no entraba ayudó y mucho, así que al darme cuenta, tenía la mano cerrada en puño y mi primera frase tras la memorable petición de que me rascaran la nariz salió de mi garganta embotada:

—Ni... siquiera... entra...

Me di cuenta de que Rose estaba allí así que intenté disimular lo que dije, pero mis cuerdas vocales decidieron volver al mutismo, y sin poder desdecirme, Rose sacó sus propias conclusiones:

—Ya me contarás qué narices pasa, pero de momento, para tu información, el *agente mala-leche* lleva aquí desde que te ingresaron, de hecho al cuarto día sin dormir ni irse de la habitación le eché. Hoy iba a cumplir cuarenta y ocho horas despierto, y le saqué de aquí poco antes de que te despertaras, no lo sabe todavía y si se lo digo no se irá, así que lo hago por su bien.

Tras su discurso de lo estúpida que soy parpadeé una vez y sonreí. ¡Logré sonreír! Rose me abrazó y me dijo al oído que muy pronto volvería a hablar y que tendría muchas explicaciones que darle en lo que se refiere a mi agente asignado.

Me quedé dormida poco después y así toda la noche, entre ir y venir de sueños sin sentido, hasta ahora, que llevo cosa de media hora suplicándole a Rose que me de un poco de café.

Todavía me cuesta hablar, pero si lo hago despacio las palabras van saliendo. Mis piernas siguen en guerra conmigo; lo más que he logrado ha sido doblar un poco mi rodilla derecha, y hasta ahí llegué con mi triatlón personal. Mis manos en cambio van mejor, así que no dejo de abrirlas y cerrarlas; no puedo permitir que dejen de funcionar.

—¿Cómo se encuentra hoy mi paciente favorita?

—Bien... Doctor... sueño... café.

—Pues si pides algo que tienes prohibido en un hospital rodeada de médicos y enfermeras, es que ya vuelves a ser tú misma —el médico se ríe y empieza a auscultarme.

—¿Cuándo podrá irse a casa? —Una ansiosa Rose entra en la habitación casi en una carrera.

—Aún queda un poco para eso —comenta el médico y me sonrío. No me gusta lo que veo tras su sonrisa.

—¿...Cuánto...? —Farfullo y carraspeo. No pienso llorar.

—Empezaremos esta misma semana con la fisioterapia y la logopeda y valoraremos todo —insiste en exponer la sonrisa más falsa que he visto desde que mi vecina me trajera los macarrones allá por el mes de mi condena. Mi condena... cierro los ojos y trago el nudo que se va formando en mi garganta.

Cuando abro los ojos el médico sigue sonriendo, apretando mi mano con fuerza; su sonrisa ha dado

paso a una mueca de compasión que me dan ganas de borrar de su cara con la mano abierta. No necesito que me tenga pena, ni él ni nadie. Necesito salir de aquí por mis propios pies... necesito visitar la tumba de mis padres. Eso tengo hacer.

—Se acabará antes de lo que crees, Alice. —Rose se sienta a mi lado y me toma la otra mano.

Cierro los ojos y giro la cabeza. El desprecio de mi gesto me hiela por dentro, y Rose lo nota; me suelta y se dispone a hablar con el médico.

Bien. No necesito que me tengan pena. No lo necesito.

# Día 141

LA TRISTEZA ES un gusano que te infecta por dentro. No te mata ni te hace más fuerte, tampoco sirve para que seas más resistente a ella con el tiempo. No es un virus, no es una bacteria, apenas es un gusano, una alimaña corrompida que se pega a tu médula y recorre tu cuerpo a sus anchas. La tristeza no te hace inmune a nada, si cabe, te hace más débil ante todo lo que te rodea.

Ya puedo hablar y andar. Llevo diecinueve días en el hospital, mañana me darán el alta. Puedo hablar y andar. Y no hago ninguna de las dos cosas.

Me paso los días mirando por la ventana. El reflejo de Rose en el cristal me llena las retinas de rojos y rosas cuando se presenta con flores o un libro que se dedica a leer en voz alta. Me llena los pulmones con su colonia que me recuerda el chicle de *tutifruti*, me hace cosquillas en los ojos cuando intenta hacerme reír. No la miro. No me giro. Con el paso de los días creí que dejaría de venir, no obstante, aún no lo ha hecho.

Está sentada en una silla al otro lado de la cama. Creo que está leyendo *Insurgente*, porque le dije que terminé la anterior parte de la saga poco antes de la crisis. Pretendo no hacerles caso a ella, a su voz o a su risa contagiosa todo lo que puedo.

Y duele. El gusano se remueve satisfecho, con su misión cumplida se acomoda en mi pecho y se clava en el hueco que antes albergaba mi corazón, desternillado ante mis intentos por mantener lejos cualquier atisbo de alegría.

Al gusano le gusta. A mí me da igual.

Solo quiero irme a casa, pasar lo que me queda de condena, y luego puede que publique mi tesis, y mientras, eso lo primero, venderé la casa y todo lo que hay dentro y me mudaré a mi pisito en el centro y podré ahogarme dentro de mí misma. Con suerte el gusano se ahogará también con el paso del tiempo.

Es difícil explicar por qué me siento así, en realidad, si miro atrás desde que llevo ingresada, no recuerdo muy bien cuándo empecé a portarme de este modo, cuando ignoré a Rose y a todos los que se pasean por la habitación por primera vez.

La fisioterapeuta dice que si no camino por mucho que mis músculos estén preparados para hacerlo acabaré empeorando, que será peor para mí... ¿para qué quiero yo caminar? ¿Tengo algún sitio al que ir? El gusano sabe la respuesta.

Rose cierra el libro de un golpe. La cubierta de cartón duro hace eco en la habitación. Por el cristal de la ventana veo que se levanta y camina hacia a mí, quedándose a un par de pasos de la silla de ruedas en la que paso mis horas.

Quiero gritarle que se vaya, implorar que lo haga... ella resopla y se pasa la mano por la cara. Creo que llora. Pero no me volveré para preguntárselo. No lo haré porque si está llorando yo me vendré abajo. Llevo demasiado alimentando al bicho en mi interior como para matarlo ahora. Tengo que ser fuerte, egoísta... tengo que alejarla de mí. Nadie tiene porqué estar cerca. Nadie se merece esto en su vida.

Rose sale y yo al fin puedo relajar los brazos. La logopeda me ha dicho que tengo que hablar, que necesito ejercitar las cuerdas vocales. ¿Para qué? ¿A alguien le interesa realmente lo que tengo que decir? La verdad es que no estoy segura de que me quede nada por decir a estas alturas.

Apenas he visto a Yang. En ocasiones, por la mañana a primera hora, le veo pasar y dar instrucciones al oficial que está en la puerta. Y nada más. No ha entrado, no se ha acercado, no me ha hablado.

Todavía tengo varios meses por delante de condena, y tengo que pasarlos de la manera más digna

que pueda. Sin la pesadumbre en las miradas ajenas. Soy un lastre, y cuanto antes Rose y cualquiera se den cuenta, mejor. Mejor para ellos. Mejor para mí. El gusano que encarna mi tristeza está de acuerdo y se acurruca en mi esternón. Me duele. Lloro un poco, pero veo por el cristal que alguien se acerca así que disimulo fijando la vista en algún punto más allá del ventanal.

—Mañana te darán el alta a primera hora —la voz de Rose se filtra más allá del bloqueo que he creado. Es mi amiga... *mi única amiga*, me repito. Entonces miro su reflejo, sus colores, esa alegría que rebosa... no. Rose no me necesita en su vida.

Afirmo con un carraspeo y sigo mirando al frente.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Giro la silla de ruedas despacio. Ella se pone rígida. Creo que es la primera vez que la miro a los ojos en más de una semana.

—Que... que no vuelvas. Gracias... por... por todo —retomo la misma posición. La tristeza lame mis ojos, llenándolos de lágrimas.

La oigo sollozar y el ruido de los cascabeles colgados de su bolso se elevan en el aire como una música triste.

—No sé qué estás haciendo, Alice. —Su voz se quiebra—. Aunque te diré algo: antes de que termines de hundirte te sacaré de ahí. Puede que nunca nadie te haya sacado de ese pozo que parece ser tu lugar favorito, pero yo lo haré. Mañana estaré en tu casa esperándote para cuando llegues. He pedido el traslado de servicio y ya no soy tu enlace, así que puedo tener contacto contigo todo el tiempo que quiera. Nos vemos mañana.

Se va dando un portazo y yo deajo escapar una media sonrisa llorosa. Tengo ganas de girarme y gritar su nombre, decir que el gusano no se va a ir, que ella tiene que marcharse por su propio bien, tiene que ser lista como lo ha sido Yang. Él lo vio en mí, me vio más allá de mi carcasa y por eso se alejó. Ella tiene que hacer lo mismo. Es lo mejor para todos.

## Día 142

ESTOY EN LA silla de ruedas fuera del hospital y sobre mi regazo hay una bolsa de lona negra con mis pertenencias. Voy flotando. Así es como me siento. Floto sobre todo lo que me rodea. Es fácil abstenerse del mundo cuando ignoras lo que te hace sentir, o puede que resulte fácil para mí el hacerlo.

—Ya me encargo yo. —Me tenso tanto que me duelen los tendones. Esa voz no debería de sonar tan cerca.

—Qué tenga buen día, agente.

La enfermera se aleja y Yang empieza a empujar la silla. No quiero mirarle... giro un poco la cabeza; su mano derecha está agarrada con fuerza al manillar, sus nudillos se ven blanquecinos, parece temblar un poco.

El coche patrulla tiene la puerta abierta, así que cuando se pone frente a mí dejo que todo el aire se vaya de mis pulmones. Si no respiro será más fácil disimular los nervios.

Yang me está buscando con la mirada. Noto sus ojos llamando a los míos. Intento seguir sin aire dentro pero es demasiado tarde; tras un bufido de impotencia se acerca y me coge en brazos en el momento justo cuando he tomado una bocanada profunda... su aire, su aliento, él recorriendo mis pulmones.

No muevo los brazos. Pienso en rodear su cuello, es tentador hacerlo, sentirle cerca... y recuerdo aquel primer beso bajo la lluvia, aquellos diez minutos siguientes de abrazos y caricias mudas, y me retuerzo por dentro. La tristeza se acopla con rigor a mis entrañas, hoy no es un gusano, hoy es una araña con ocho largas patas afiladas que rasguñan mis fuerzas y me hacen más débil que nunca.

Yang me deja sentada y cierra la puerta. Cierro los ojos y deseo que no me hable, que no me mire, que no me toque... y que lo haga, mirarme, tocarme, hablarme... besarme.

—¿Estás cómoda? —Su voz se filtra por mi pecho no por mis oídos. Abro los labios, quiero contestarle... apoyo la cabeza hacia atrás y le ignoro.

El coche arranca. Yang abre la ventanilla. El aire cálido del verano me azota la cara, de fondo oigo sus dedos dando golpecitos en el volante, su respiración demasiado fuerte para ser natural. Sigo sumergida en mí misma. Es lo mejor.

\*\*\*\*\*

Nos detenemos en la puerta de mi casa. Ha sido un viaje silencioso, a excepción de algún que otro gruñido por lo bajo de Yang. Le espí por el rabillo del ojo pero me negué a contar las veces que sus retinas brillaron.

—¡Ya estás aquí! —Rose cruza corriendo el patio delantero. Lleva puesto un vestido color crema con enormes muffins coloridos pintados sobre la tela y sobre este un delantal color rosa bebé con zurcidos en los bordes que forman olas rosadas y vaporosas. Solo le falta los zapatos a juego... ahí están, también son rosas.

No quiero reírme pero no puedo evitarlo. La sonrisa se escapa de mi boca mientras niego con la cabeza.

—Anda, pero si puedes moverte —la voz de Yang suena cortante.

—Ya me hago cargo, agente. —Rose me guiña un ojo y yo pongo los míos en blanco. Ella se ríe con

más ganas.

—Tengo que activar esto. —Yang la hace a un lado y se arrodilla frente a mí.

Levanta un poco el bajo de mi pantalón y se saca una maquinilla cuadrada y negra, se parece a un antiguo busca, en el cual teclea un par de números y luego la acerca a la tobillera que parpadea tres veces en color ámbar hasta ponerse en verde.

—Bueno, pues vamos dentro que hace un sol que achicharra. —Rose se pone detrás y empieza a mover la silla.

—Qué tengáis un buen día —Yang dice a lo lejos.

—O uno más —murmuro para mis adentros más que otra cosa.

—Así que además de moverte también hablas —me susurra al oído.

—Y mandar a la gente... a la mierda... se me da... genial —contesto y dejo escapar una risita por lo bajo.

—Y a mí pasar de tu culo, así que tranquila.

Cuando la puerta se cierra tras nosotras escucho que el coche patrulla se marcha.

Tengo ganas de llorar. Miro a Rose a los ojos por primera vez en semanas y ella se queda quieta frente a mí con las manos en la cintura.

—Te diré dos cosas. —Empieza, ha enarcado las cejas y sacude el dedo indicador a modo de regañina, aunque resulta muy difícil tomarla en serio con este vestido—. Lo primero: me da igual lo que digas porque sé que en el fondo no lo sientes, así que puedes ahorrarte el intentar echarme porque me iré cuando me de la gana. Y lo segundo: ¡Ya estás en casa!

Rose abre los brazos y yo lloro. Lloro al ver la gran pancarta tras ella, colgada en la pared con letras en colores chillones: ¡Bienvenida, zorra!

No me doy cuenta cuando las lágrimas pasan a ser carcajadas, pero sí que Rose se agacha y me rodea con los brazos. Esto no está nada mal, nada mal...

\*\*\*\*\*

Rose está en la puerta, repitiendo por enésima vez qué tengo que hacer si me siento mal, e insistiendo en que no me quite el collar con el botón de emergencia que me ha obligado a ponerme en el cuello.

—Sí... mamá... —repito y hago un amago de quitarme el cacharro, a lo que ella gruñe y dice que me lo pegará con *super glue* si lo hago. No sé porqué, pero me da que lo dice más en serio de lo que parece.

—¿Seguro que no quieres que me quede a dormir?

—Sí... vete a descansar... mañana trabajas...

Me cuesta un poco hablar porque llevo demasiado sin hacerlo y nos hemos pasado horas hablando durante el día.

—Me pasaré mañana por la tarde en cuanto termine. Cualquier cosa me llamas. ¿Lo juras?

—Rose... si me muero... pon el cartel de bienvenida en una corona de flores... delante del cementerio... ¿Lo juras?

—Eres gilipollas.

Mi amiga se despide entre risas y me quedo sola en medio del salón. Por primera vez en mucho tiempo.

Lo primero que hago es quitarme el collar de emergencias del cuello. Lo dejo colgando del brazo de la silla de ruedas, pero me niego a llevarlo puesto. Me rozo la ceja; la herida de la caída cuando la crisis apenas tiene una fina costra, solo me dieron tres puntos y lo hicieron más que bien, casi no se nota. Miro hacia atrás, a las escaleras. Rose me preparó una habitación en la planta baja, ya que no creo que deba

subir aunque mis piernas estén algo mejor. De hecho eso no ha cambiado: no necesito caminar, no mientras no tenga ningún sitio al que ir.

Salgo al patio y el aire nocturno hace temblar mis manos. A mi madre le encantaban las noches de *verantño*, nombre que le dio a cuando el otoño ha llegado pero el verano se niega a marcharse. Solía decir que cazar luciérnagas no es nada comparable a cazar estrellas en un cielo así.

Me bajo de la silla con cuidado. Mis rodillas tiemblan un poco aunque logro mantenerme de pie. Me dejo caer a poquitos hasta que mi trasero choca con demasiada fuerza contra el céspede húmedo. Se me empapa el pantalón y yo dejo escapar un suspiro de felicidad. Me gusta sentir el mundo por mucho que prefiera pasar los días flotando.

Me tumbo y me quedo mirando el cielo. Cazar estrellas es mucho más fácil; solo tienes que abrir y cerrar la mano apuntando hacia arriba. Las cazas, las guardas en tus recuerdos y ellas seguirán ahí para que puedas cazarlas otra vez al día siguiente.

—Os echo tanto de menos... —mi voz interrumpe a los grillos nocturnos pero ellos no se molestan.

# Día 160

HOY TOCA REVISIÓN médica tras veinte días desde que me dieron el alta. Yang está fuera, delante del coche patrulla, esperando a que salga.

Le miro desde la puerta y luego a mis piernas, a la silla de ruedas. Él enarca las cejas y se toca el reloj de la muñeca, señalando que se nos va el tiempo.

—No pienso ayudarte —habla con tranquilidad—. Hace bochorno y llegamos tarde. Y puedes andar.

Bufo y pongo cara de mala hostia, empezando a girar las ruedas con cuidado, bajando poco a poco el escalón del porche hacia el camino que conduce a la acera.

Él sacude la cabeza con cabreo. Y yo me río. No pienso andar y no lo haré.

Cuando bajo el peldaño el corazón me da un vuelco al sentir que me iré de cara al suelo, pero logro mantener mi culo pelirrojo en la silla y, cuando estoy estabilizada, levanto la cabeza y le miro con aire victorioso. Yang resopla y se hace a un lado para que pueda meterme en el asiento trasero, guarda la silla en el maletero y nos ponemos en marcha.

Durante el camino no hablamos y hago lo mismo cuando entramos a la consulta, yo con la silla y él a mi lado tras decir que no piensa empujarme, que puedo andar.

Sé que puedo hacerlo... duele todavía un poco pero podría si quiero. La cuestión es que no quiero.

Rose lleva una semana insistiendo en lo mismo, de hecho, fue a hablar con el fisioterapeuta y este le dijo que tenía que ejercitar las piernas. Supongo que ella hizo lo suyo y se lo contó a Yang. Es como una cadena de favores pero nada favorable para mí. Yo quiero estar así, sentada, tirada en el céspede, en el sofá... el tiempo pasa igual que si estuviera andando. Estoy en mi derecho.

Sé que no estoy bien aunque no suelo pensar en eso. La mayor parte del tiempo no me doy cuenta hasta que me lo recuerdan. Yo estoy en silencio, mi cabeza está en silencio... los números están callados. Nadie lo sabe, ellos no lo saben, y no tengo porqué decírselo a nadie. Estoy bien como estoy. En silencio. Los números los noto lejos... estoy bien sin pensar en nada.

\*\*\*\*\*

El coche patrulla se detiene en la puerta de mi casa. Apenas me di cuenta del viaje ni de la consulta con el médico. Yang saca la silla de ruedas, la deja frente a mí y se aleja. Me siento con facilidad, llevo semanas practicando, y voy directa al patio trasero, bordeando la casa; allí no hay escalones.

No podrás zafarte durante mucho tiempo —le escucho gritar detrás de mí.

Quiero poder contestar algo, pero cada vez que le miro o le hablo, un ardor incómodo me taladra las sienes. Pienso en su beso, luego en su abandono. La distancia que impuso, lo poco o nada que durante mi estancia en el hospital le he visto... ¿a qué demonios viene tanta preocupación ahora?

Entro en casa y voy directamente hacia las escaleras como acto reflejo, es un movimiento automático, no me doy cuenta hasta que estoy allí, todavía sentada pero con un pie en el primer escalón.

Me río de mí misma y regreso al salón, pasando de la silla al sofá, y tomo el libro que tengo sobre la mesa de centro.

Yang surge de la nada y se deja caer sentado a mi lado. Respira hondo, se desinfla. Mi corazón ahora se parte de un modo muy distinto.

—No podemos hacer esto, Alice —empieza a hablar.

—Yo no estoy haciendo nada. Literalmente hablando, agente Yang.

—Pues sí que estamos jodidos —se echa hacia atrás y se masajea las sienes.

—¿Y eso por qué? Tú estás haciendo tu trabajo, yo me dedico a sonreír y saludar, y así pasarán los meses y todos tan felices. Tú de regreso a tu...

—¡No quiero regresar a nada más que a tu lado! —Casi grita. Yo me callo en el acto—. Porque estoy jodido y mucho. Porque esto no puede pasar, porque... lo he intentado con todas mis fuerzas, he intentado no... esto no puede pasar. Y lo único que quiero es que ocurra. Pero no puede ser y...

—Vete —susurro, no pienso llorar. Hago el amago de levantarme y logro hacerlo, pero mis rodillas están dispuestas a ayudarme a Yang, no a mí.

Él me sujeta, me caigo de vuelta al sofá y de pronto estoy echada hacia atrás, él está casi sobre mí, su cara pegada a la mía, sus ojos mirando dentro de los míos.

—No sé cómo demonios voy a arreglar esto...

Y cuando tomo aire para decir algo sus labios toman los míos. Me planta un beso frenético, plagado de ansias contenidas. Me agarro a su pelo mientras le beso. Quiero poder quedarme con su sabor, recordarlo cuando no esté.

Él se detiene un momento, los dos estamos recuperando el aliento. Desliza su mano por mi rostro. Cinco. He contado los latidos que mi corazón se ha saltado por cada milímetro de piel que sus yemas han recorrido en mis mejillas.

—Cuando te encontré... tirada en el suelo yo... había pasado por delante de la casa al menos quince veces. Creí que tenías todo cerrado para cabrearme, nunca imaginé que... —sus ojos se encharcan, se queda sin voz, mirándome como si tuviera miedo que pudiera desaparecer.

—No podías saberlo. Y han pasado cuarenta días de eso, Yang, ya ha pasado todo... —suspiro, él pone los dedos sobre mis labios, creo que intenta callarme, pero lo que hace es acariciar mi boca, despacio, cada curva hasta las comisuras, y antes de que vuelva a hablar me besa, con un descaro y una dulzura que nunca he experimentado antes.

No quiero gemir pero creo que estoy haciéndolo. Todo en mi arde, el calor me consume, sobra la ropa, el sofá, el tiempo. Quería parar el dichoso reloj y quedarme tan cerca de él que no pudieran despegarnos.

—Tengo que... —empieza a hablar, sofocado. Está sobre mí, entre mis piernas, siento como palpita, como le cuesta lo mismo que a mí controlar las ganas—. Tengo que hacer algo antes.

Y se levanta del sopetón. Yo me quedo tirada en el sofá mirándole sin saber muy bien qué decir. Ese hombre me volverá, literalmente, majareta.

—Necesito irme. —Ahora da vueltas por el salón como si intentara serenarse—. Joder... —casi jadeada y deja de mirarme. Quiero cabrearme porque se alejó, pero su aspecto me deja aún más loca; está al borde de un colapso.

Me giro de lado y apoyo la cabeza en la palma de la mano, con el codo en el asiento. Él se detiene y me mira con seriedad, casi severo. Me muerdo el labio y pienso que me encantaría tener la suficiente fuerza en las piernas como para saltar sobre él.

—Deja de mirarme así... o no respondo.

Se abalanza otra vez, choca contra mí. Me duele el impacto. Me encanta esa sensación.

—Tengo que hacer algo antes —suspira sobre mi boca.

—Puedes marcharte cuando quieras... agente Yang —ronroneo. Él sonríe y mordisquea mi labio inferior.

—Si te hicieras la mínima idea de las ganas que te tengo no jugarías así...

—Entonces no te vayas... ni ahora, ni dentro de dos horas, ni de seis... quédate.

Sus manos están sobre mis caderas, apretando mi cuerpo, pegándolo al suyo. Cuando me doy cuenta me tiene en brazos y sube las escaleras a la planta superior saltando los escalones de dos en dos.

Me deja sobre mi cama, mirándome a los ojos. Se queda de pie por un instante, parece intentar controlar su respiración. Me levanto. El movimiento cuesta pero logro hacerlo. Él mantiene las distancias, como si calculara qué hacer, como si tuviéramos otra salida en este instante.

Voy a quitarme la blusa cuando me interrumpe:

—No —su voz suena ronca—. Aún no.

Avanza y en dos zancadas le tengo encima, me quita él la camisa, mi pantalón desaparece, y me tumba en la cama para acto seguido empezar a desvestirse. Me estremezco cuando se queda solo con la ropa interior... es increíble. Su cuerpo es grande, su metro ochenta parece una muralla de músculos y tendones. Se baja el bóxer negro y estoy —bastante— segura de que he jadeado al verle desnudo. Sonríe y veo que se estremece, sigue sin acercarse del todo, me mira, me come con los ojos.

—Quítate el sujetador —ordena y yo me siento despacio. Mis pechos se quedan al descubierto, mis pezones se erizan, tengo frío, seguramente porque esté ardiendo por dentro—. Todo —insiste.

Me levanto y dejo caer mis braguitas. Él me mira de la cabeza a los pies. Creí que eso me mataría de vergüenza pero me siento poderosa. Como si pudiera, y puedo, controlarle.

Avanza pero le detengo con las manos sobre su pecho. Juro que ha emitido una especie de rugido. Sus ojos negros brillan como la noche más estrellada que he visto nunca. Mantengo las distancias y soy yo la que le inspecciona con la mirada. Me agarra de las muñecas y mueve mis brazos hacia atrás, apresándome. Nuestros cuerpos desnudos están unidos, su piel toca la mía y creo que la combustión espontánea es toda una posibilidad en estos momentos. Vuelve a besarme, quiero tocarle, deslizar mis manos por su cuerpo, pero las mantiene a mi espalda, noto su miembro como una roca contra mi ombligo, jadeo en su boca y, ahora sí, estoy segura de que ha rugido.

Me levanta en el aire, le rodeo con las piernas. Puedo sentirlo en mi sexo, estoy empapada, lista, le quiero dentro. Me deja sobre la cama y empieza en mi boca, bajando y cubriendo de besos todo el camino hasta que llega a mi entrepierna. Su lengua es la primera en atreverse, me lame con ganas, gruñe como si aquello fuera una tortura para él, y aboca mi sexo, sorbiendo, chupando, hasta que dos de sus dedos se unen a la fiesta y empieza a penetrarme con ellos, despacio, mientras su lengua juguetea sin descanso.

Se detiene en seco, no, en realidad se detiene «*en húmedo*». Me ha faltado poco para gritar y preguntar por qué narices se ha parado. Busca algo en sus pantalones, saca un preservativo de su cartera, se pone de pie frente a la cama, su erección palpitando, la cabeza de su pene rojiza, goteando.

—Quédate tumbada.

Yang no pide, ordena. Y ahora sé que eso es así, así es él. Y ojalá que no pare.

Se tumba sobre mí con una delicadeza que dista mucho de la fiera que parecía dominarle hasta entonces.

—Tienes que decirme si... te hago daño...

—No lo haces... —gimo y empiezo a mover las caderas despacio.

Siento tal necesidad de tenerle dentro que... me penetra de un solo empuje. Todo estalla en este instante, grito y él grita abocando mis labios, besándome cada vez más rápido, aumentado el ritmo según sus envites se aceleran.

\*\*\*\*\*

Estoy tumbada, jadeante entre los brazos de Yang. Llevamos así un buen rato. Su pecho sube y baja

acelerado, nuestras piernas están enroscadas, su mano se desliza a lo largo de mi espalda, haciendo que me estremezca cada vez que vuelve a empezar su recorrido.

—¿Estás bien? —Murmura y me besa la coronilla. Levanto la cabeza y sonrío como una tonta—. En serio, Alice, ¿te encuentras bien? ¿Te duele algo?

—No soy de cristal, ¿sabes? —Contesto y suspiro. Más tonta todavía.

—Eso ya lo he comprobado —ríe travieso y me mordisquea la boca.

Siento que estoy lista para él otra vez, que no le salto encima porque me costaría horrores ahora mismo, pues aunque lo negaré si pregunta, estoy físicamente agotada.

—Tengo que irme —parece desfallecerse cuando lo dice—. Se acaba mi turno en una hora y tengo que hacer algo antes.

—¿Algo como volver corriendo aquí cuando termines?

—Eso también —sonríe con ganas y se gira sobre el colchón, poniéndose sobre mí—. Lo que intentaba decir en el salón, justo antes de que lograras que perdiera el control —me besa y se aleja otra vez—, es que tengo que ir a solicitar la renuncia al puesto de ser tu agente asignado.

—¿Cómo? Pero...

—Si Rose ya corría un riesgo al ser tu amiga no te haces una idea del que corro yo. —Me acaricia el rostro y empieza a cubrir mi cara de besos.

—No quiero otro agente. Podría ser más guapo que tú y... ya sabes...

Él bufa simulando un enfado exagerado y mueve las caderas. Noto como también está más que listo y entonces se detiene.

—En serio: tengo que irme. —Se aparta un poco y vuelve a besarme, con una ternura que por poco me saca las lágrimas—. En dos horas máximo estaré de vuelta. Y tú y yo seguiremos hablando sobre cosas importantes, como las normas de convivencia que tendrás con tu nuevo agente y todo eso.

Suelto una carcajada y él se levanta. Empieza a vestirse y cuando se da la vuelta, sin la camisa todavía y el pantalón a medio abrochar, yo vuelvo a gemir en voz alta.

Me da otro beso repitiendo que volverá, y ahora sin gemir pero casi, le digo que más le vale hacerlo, pues con o sin andar daré con él. Y tengo una tobillera que no me permite ir muy lejos. Sería un trastorno para el cuerpo de policía.

# Día 180

ABURRIRSE NO ES un arte. El verdadero arte está en no morir del asco mientras te aburres.

El tío Alex me ha escrito varias veces y ha llamado en cuatro ocasiones durante este medio año que llevo cumplido. ¡Yupi, seis meses, qué traigan la tarta! Las llamadas fueron todas después de que estuviera ingresada tras aquella crisis tan horrenda hace sesenta y nueve días. Siempre me cuenta lo mismo: es difícil sacarse un recurso de la manga cuando me declaré culpable, que tenga paciencia porque está seguro que algo pasará en breve y será en nuestro favor... y a mí lo que me ofende es que no haya venido ni una sola vez, ni él ni su mujer Marie. Aunque no les puedo culpar durante mucho tiempo, no si tengo en cuenta que venir a la casa de tus mejores amigos que fueron asesinados para visitar a su única hija que está bajo arresto domiciliario donde todo ocurrió, no es algo que uno quiera hacer para pasar el tiempo.

Decido que ha llegado el momento de hacer algo con la casa, de pisar donde quiero, de tocar cosas que he mantenido durante seis meses alejadas de mi alcance. A mis padres les hubiera gustado que lo hiciera. Duele, pero tengo que hacerlo.

Voy al despacho de papá, un cuarto en la planta baja que arregló con ese fin; antes solía usar la biblioteca pero tras las dos anginas de pecho el subir y bajar las escaleras a menudo no le venía demasiado bien. Tocar su habitación no entra en mis planes todavía, y entrar en la biblioteca en la cual intentaron matarme, tampoco.

Me siento tras su escritorio. Su sillón de cuero marrón cruje, y le veo a él sentado aquí, meciéndose hacia adelante y hacia atrás mientras revisa papeles de *Mineralia*. Desde el primero intento de su corazón por pararse, dejó la junta al cargo de la empresa. Desde entonces se dedicaba a firmar cheques, revisar las cuentas al final del mes, todo lo que no podía hacer otra persona, o en todo caso, cosas que sí podía hacer y seguir siendo el dueño de su empresa sin que le diera un infarto.

Dejo que la lágrima se caiga por mi mejilla. No es tristeza lo que me embarga, es añoranza. Son lágrimas por echar de menos a los mejores padres del mundo.

Abro un par de cajones y el tercero se resiste. No me extraña que mi padre tenga un cajón cerrado con llave, pero estoy decidida a poner al día sus recuerdos, y eso haré.

Cojo un abrecartas de plata que hay sobre su escritorio, al lado de un fotografía de Tommy y mía de cuando teníamos quince y diez años. Mi pecho se congela. Sujeto la pieza de plata con fuerza y cierro los ojos. Se parece mucho a la que acabó siendo el arma mortal que utilicé hace medio millón de noches y de pensamientos atrás.

Respiro hondo y empiezo a forzar el cajón. El mueble es de madera maciza, así que no cederá tan fácil. Voy a la cocina, a por algo más grande, cuando mi ordenador, que está en la encimera, me avisa de que acabo de recibir un email:

«Buenos días, señorita Simpson.

*Le recuerdo que está tarde tiene usted una cita con un joven de origen asiático, y me ha pedido que le diga que no ve el momento de verla vestida con esa camiseta vieja de los Lakers. Saludos cordiales.»*

Me río y contesto:

«Una cita, vaya... Tendré que consultar mi agenda.»

Utilizar un email falso para que así podamos comunicarnos lo hace peligroso, y puede que eso le de más intensidad a todo lo que estamos viviendo, porque, claro está, no es que hayamos podido tener un cita, salir a pasear de la mano, o hacer lo que cualquier pareja normal haga... «pareja». Nunca pensé que volvería a decir eso, menos con todo lo que ha pasado, pero Yang es... lo adoro. Se ha convertido en el centro de mi universo, en mi faro, en las colinas que protegen lo que tengo oculto al resto del mundo. Y no solo porque esté en este encierro, pues estuve libre y jamás he querido ni he permitido a nadie ser más que una compañía entre mis números; con el paso de los días Yan logró callar al gusano, no sé si lo mató del todo, pero hay silencio; a su lado siento que puedo ignorarlo, la tristeza puede pasar a un segundo plano, y aunque lllore, ahora sé que no estoy sola, que él y Rose lo lograron, y aunque el pozo sigue existiendo puedo asomarme de su interior. Rose es mi «6». Yang es mi «3». Es único, es singular. Es *mi número*. Qué puedo decir, le veo y pienso dos cosas —no siempre en este orden—: la primera es que necesito que me bese y la segunda que me empotre contra un armario o el mueble que tengamos más a mano. La localización es lo de menos.

Suelto un risa abochornada y sacudo la cabeza. No son horas de pensar en estas cosas, menos cuando tardará mucho en venir y que para cuando lo haga no puedo tirarme desnuda encima de él antes mismo de saludarle. Lo que ya pasó en un par de ocasiones, y no es que se haya quejado, más bien todo lo contrario, pero una tiene que mantener un poco la compostura... qué ganas tengo de que llegue.

Yang dejó el cargo de agente asignado hace veinte días hoy, lo que, por un lado, le lleva a cumplir con otras obligaciones de ser un policía, y por otro, no es que haya permitido el que estemos juntos; eso podría ser perjudicial para él y para mí, así que hasta que la condena no se acabe —o antes porque sigo albergando la esperanza de que el tío Alex dará con un modo de acortar la pena—, no podemos estar juntos a los ojos del mundo.

Mi nuevo agente asignado ha resultado ser un amigo personal de Yang. Se llama Jonh Carter, y tras superar mis burlas con su nombre y reconocer que Yang tenía razón, que soy una toca pelotas de cuidado pero que me hago querer, nos llevamos muy bien.

Regreso al despacho de mi padre sonriendo con un cuchillo de caza en la mano. Seguro que si mis vecinos me vieran ahora llamarían al S.W.A.T.

Tras forzar un poco la madera hace un chasquido y la parte superior del cajón se parte; empujo hacia abajo y se cae todo al suelo: la gaveta hecha un ocho, papeles sueltos, una carpeta negra y... veo que el fondo del cajón es doble.

Entonces sí que estoy intrigada; el que mi padre tuviera un cajón cerrado es normal, pero, ¿un fondo secreto dentro del cajón cerrado bajo llave?

Ignoro los papeles y voy a lo oculto. Tiro de dos láminas de madera que sirven de fondo y una de ellas se parte. Me clavo una astilla oscura; tiro el cajón al suelo maldiciendo mientras intento encontrar algo para taparme el dedo que sangra, y le doy un pisotón al fondo de la maldita gaveta... una llave sale despedida.

Me quedo de pie mirando a la llave como si fuera un bicho que me morderá si le toco. Algo secreto y tan oculto es precisamente eso: una serpiente, algo que permanece en su madriguera por una muy buena razón, y la mayoría de las veces lo hace porque estar fuera sería peligro para todos. Sé que me morderá, sé que algo gordo está a punto de pasar, lo siento en mis huesos.

Voy a la cocina y agarro el botiquín que está bajo la pila; me echo agua oxigenada y tiro del trocito de madera que resulta no ser tan grande, y me pongo una tirita cuando deja de sangrar. Tarda un poco más de lo habitual, se nota que Wilson lleva demasiado tranquilo. Solo de pensar en volver a tener una crisis y... no. No dejaré que sea más fuerte que yo. Así que regreso al despacho y cojo la llave, mirándola como si pudiera decirme qué es lo que abre. Intento hacer memoria —pues llevaba años viviendo en mi propio

piso—, para recordar si mis padres mencionaron algo sobre una habitación, un cajón... ¡una caja fuerte!

Recuerdo entonces a mi madre, durante una conversación telefónica en la que le oía mal gracias a los martillazos y ruidos, en la que me decía que papá estaba instalando una allí mismo, en la planta baja que convertiría en despacho poco después.

Empiezo a mover los cuadros; hay dos, grandes y de paisajes pintados por mi madre. No hay nada en la pared. Miro tras la estantería, de hecho, tiro de unos cuantos libros al azar, imaginando que lo mismo se abrirá algún pasadizo secreto. Me río de mí misma y decido mirar en el salón o en la otra saleta —que mi madre usaba de taller— cuando el suelo cruje. Apoyo el pie y lo muevo hacia delante y hacia atrás sin llegar a levantarlo. ¡*La tengo!*

Saco la alfombra y distingo la lámina de madera, un cuadrado perfecto del mismo material que la tarima. Retiro la tapa, no resulta muy sencillo, así que uso el cuchillo a modo de palanca. Ahí está: un agujero que tendrá unos veinte centímetros de profundidad y dentro la caja fuerte.

Miro la llave. Tengo la mitad del problema resuelto, ahora solo me queda pensar en la combinación que pondría mi padre... y no necesito pensarlo, porque al contrario de lo que haría cualquier persona mi padre no pondría un número que significara felicidad, la fecha de su boda, de mi cumpleaños, o el de mi madre. No. Si mi padre quisiera guardar un secreto lo haría bajo un número infeliz.

Marco en los botones de acceso la fecha de la muerte de mi hermano. Doy al *enter*. Meto la llave y giro. La caja fuerte se abre. Mi corazón se cierra un poco.

Solo hay un bulto dentro: el ordenador portátil de mi padre. Nada más. Ni un triste papel o pasaporte. *Una serpiente*, pienso. Y sé que estoy a punto de meter la mano en su madriguera.

Yang entra en la casa y yo me apresuro en salir y cerrar la puerta del despacho. No creo que considere lo de «*buscarme un hobby*» el destrozar la oficina de mi padre.

Va de paisano... cada vez que se pone esa camisa blanca con los botones desabrochados hasta el centro del pecho siento que me deshago. Me acerco a él despacio y le doy un beso demorado, deslizando las yemas de mis dedos por la piel desnuda de sus brazos. Él sonríe sobre mi boca y yo le devuelvo la sonrisa, me acaricia la espalda y termina agarrándome el trasero mientras gruñe.

—¡Qué bruto eres! —Gimo y me aprieto contra él.

—Se supone que vamos veremos una película, señorita Simpson —jadea sobre mi boca..

—Tengo una película muy especial para usted, agente —se me escapa una risita de excitación—. Y se titula «El día en que Alice le hizo cosas muy malas a Yang».

Su risa se expande por el salón, llenando cada rincón de la casa y de mi interior.

Me toma en brazos y no le discuto nada mientras avanza hacia las escaleras.

Por un instante miro sobre su hombro, al despacho de mi padre. Una sensación molesta me revuelve las entrañas. La ignoro. Ya tendré tiempo de meter la mano en cajones secretos. En estos instantes mis manos tienen mucho que tocar.

# Día 181

LA TARDE DE ayer se convirtió en noche, luego en madrugada, y cuando quise darme cuenta, Yang me despertaba con un beso a eso de las cuatro de la mañana ya uniformado y listo para ir a trabajar. No me cansaré de verle con el uniforme. Intenté levantarme para hacer un café antes de que se marchara, pero poco más y me obliga a quedarme en la cama. En ocasiones se preocupa tanto por mi salud que llega a sacarme de quicio. No está nada mal eso de que se preocupen por ti, así que me dejo, a regañadientes, pero lo hago.

Pasa poco de las ocho de la mañana. Me acabo de preparar un té frío y me siento en el taburete frente a la isleta en el centro de la cocina. Enciendo el ordenador de mi padre —el que estaba en la caja fuerte cerrada con una llave escondida en el fondo secreto de un cajón cerrado con llave, mi curiosidad tiene sus fundamentos— y mientras se inicia aprovecho para revisar mis emails en mi propio portátil.

Regreso la mirada al ordenador de papá: clave de acceso. Eso no me cuadra, para nada. Si algo tengo es memoria, y recuerdo perfectamente que justo dos días antes del ataque él me pidió ayuda ya que, decía, su ordenador estaba haciendo lo que le daba la gana. Se quejaba de que el ratón no se estaba quieto y que algunos documentos se eliminaban solos.

Mi padre no era un hacha en tecnologías aunque tampoco era un torpe. Así que aquel día pasé un antivirus, borré un par de cosas sospechosas —sobre todo en la memoria caché— y luego instalé un par de programas de protección de cosecha propia. Y sí, estoy segura de que no tenía clave puesta.

Algo igual que con la caja, y la fecha de la muerte de Tommy me da acceso al pc. Pienso que además de ser una coincidencia es una que me da muy mal augurio. Empiezo a toquetear un poco, mirando carpetas sueltas, y llevo cosa de cinco minutos rememorando el pasado con fotografías que tiene guardadas. Sonrío al recordar la fiesta que sale en las imágenes, una barbacoa en casa pocas semanas antes de que todo ocurriera; están papá, mamá, el tío Alex y Marie, yo... siento como me ulcero por dentro; que Marie no apareciera todo este tiempo podría pasarlo, ¿pero Alexander? Era como su hermano, nos trataba como a sus hijos, por todos los santos, ¡es mi abogado! En estos momentos no puedo ver la lógica que en ocasiones me he intentando convencer de que existe, de que les será duro pisar esta casa. Duele mucho como para dejarlo estar. Las únicas noticias que tengo de él son unas cuantas copias de emails de *Mineralia*, mensajes que les envían a él con algunas facturas y gastos para su firma y que me reenvían a mí, imagino que por defecto, pues él tiene el fideicomiso y hasta que esta pesadilla termine no tendré voz ni voto en nada.

Le escribiré esta misma noche, y según se me crucen los cables, mañana le haré una visita aunque tenga ir yo sola y luego Yang me busque cuando salten las alarmas de que me he escapado.

Cierro el álbum de fotos mientras le doy a refrescar a la bandeja de email de mi ordenador y la batería dice adiós muy buenas. Me despreocupo; tengo el de mi padre, así que doy al botón del wifi para conectar el navegador. No se enciende. De todos modos, para cabezona yo, así que abro el navegador aunque la luz del wifi no se encienda y sí que se conecta. Se abren un par de pestañas por defecto, son cosas de mi padre, así que ni las miro y me dedico a lo mío dejándolas abiertas. Pienso en que se trata del led que no funciona —se habrá quemado, no es que el ordenador sea nuevo que se diga— así que abro mi email en una pestaña nueva, curioso un poco, hasta que entra un mensaje automático de la página que mi padre solía utilizar para hacer sus, como decía mi madre, «*trastadas con las acciones*».

Es un aviso de poca importancia, indicando que sus movimientos de las últimas veinticuatro horas

están actualizados. Me río con amargura. Qué se supone que van a actualizar en... y salta otro aviso en una pestañita en la esquina superior derecha del navegador, uno que confirma que se acaba de proceder al borrado de los datos almacenados en la página. Mi corazón da un vuelco. Miro a los lados, aunque no busque ver nada en concreto tengo la sensación en mis tripas de que algo muy gordo está pasando. Y mi estómago no suele engañarme.

Directamente y sin pensármelo, entro en la web de operaciones financieras y pincho en la pestaña de «perfil» de la página y esta me informa con un mensaje de error: «*usuario desconectado*».

Vale. Puede que me esté volviendo paranoica, no lo niego, pero eso es más que raro, cualquiera pensaría lo mismo.

Doy al botón del wifi, con o sin led, está encendido y lo desconecto. Siento una inseguridad rara que nace a la altura de mi estómago y le grita a mi cerebro que algo malo está pasando.

Como no hay lucecita que me confirme nada, doy por hecho que está apagado y decido ponerme a revisar a fondo el ordenador, y entonces me llega un aviso de email entrante en mi cuenta que dejé abierta. Me tenso de la cabeza a los pies.

Se supone que acabo de apagar el maldito wifi.

Cierro el navegador y entro en la interfaz del windows. Voy a desconectar esta mierda como que me llamo Alice. Estoy rebuscando en las opciones, así que me detengo a leer lo que pone en la página y, paranoica o no, el cursor del ratón acaba de moverse solo.

Cierro la pantalla de un golpe. No me paro a pensar en si lo he roto, de hecho, mi segundo impulso acaba de ser tirarlo contra la pared. Me controlo en no hacerlo y cierro los ojos, respirando hondo y diciéndome a mí misma que ya está bien, que tengo que tranquilizarme.

Intento pensar de forma calculadora: si alguien está controlando el ordenador de forma remota... espera un momento, la verdadera cuestión es: ¿por qué querría alguien controlar de forma remota el ordenador de mi padre? Lo que se responde por sí solo cuando pienso todo lo que hizo para mantener este ordenador lejos del alcance de todos; no me da las razones, pero si las intenciones.

Me viene a la cabeza su página de acceso a las operaciones con acciones financieras. Siento un estremecimiento más propio de cuando estoy febril. Me llevo la mano a la frente, lo mismo estoy mala y ni me he dado cuenta... no, no es fiebre y lo sé. Lo que no sé es qué está ocurriendo, y pienso descubrirlo.

Al encontrar el ordenador ayer sabía que algo no iba bien, sentía que me estaba metiendo en la madriguera y no sería un conejo con su reloj guiándome a un lugar de fantasía con lo que me encontraría.

Conecto mi ordenador a la corriente y vuelvo a abrir la pantalla del de mi padre. No lo he roto, no al menos demasiado, apenas hay una fina línea negra en la esquina inferior izquierda —unos cuantos píxeles sacrificados por el bien común—. Entro en la interfaz del sistema una vez más. El ratón parece colaborar y por un instante me tranquiliza pensar que podría haberme sugestionado y veo cosas donde no las hay. Sin embargo puedo ser muchas cosas y estúpida no es una de ellas; la luz del wifi que no funciona pero está activo no importa qué le haga, la página de acciones de mi padre borrando datos y desconectándose sola, demasiadas coincidencias malas. Miro a la pantalla del portátil, en la franja de plástico negra sobre esta... la luz de la cámara está encendida.

Cojo lo primero que tengo a mano, para suerte del ordenador no es un cuchillo sino un trapo de cocina, y la cubro. *¿Me están observando? ¿Han estado observando a mi padre?*

Todo lo que tengo que hacer es, primero desconectar el acceso a internet y pasar toda la memoria a mi ordenador utilizando mi cortafuegos personal, al menos para estar segura de que el virus que hayan metido —de tratarse de uno— no infecte el mío, y lo segundo, ahora sí o sí tengo que hablar con mi abogado. Siento que él sabe qué está ocurriendo, era amigo de mi padre, su confidente, papá no hacía negocios ni tomaba decisiones importantes sin consultárselo, así que sé que si algo ocurría se lo habría

confiado a él.

Abro los cajones de la cocina hasta que encuentro la cinta aislante; me aparto de la visión de la cámara, saco el paño y le pongo un trocito de cinta, tapándola. Paso de desconectar el wifi porque, además, no podré estar segura de si lo hago y quiero apagar este trasto cuánto antes. Meto un usb con forma de amigurami de Sheldon Cooper —tiene su gracia que sea su cerebro el que se conecta al ordenador—, y empiezo a copiar todas las carpetas que veo y que pueden significar algo. Tras media hora decido cerrar cuando se me ocurre una última cosa; cinco minutos más no harán la diferencia: meto otro disco duro externo, este es una calavera negra con dos piedrecitas rojas por ojos, y doy al enter; mi «Cabrovirus» —lo bauticé así cuando jodí medio sistema informático de la universidad al probarlo—, empieza a hacer su trabajo y muy bien hecho: dos carpetas ocultas aparecen en el sistema. Las copio a mi ordenador, apago el de mi padre y lo meto de vuelta en la caja fuerte. En realidad me apetece darle con el martillo hasta destrozarlo, pero, de encontrar algo en los archivos, me da la impresión de que necesitaré los originales. No sé qué pienso encontrar, pero seguiré fiándome de mis tripas.

\*\*\*\*\*

Estoy repasando en mi portátil las carpetas que he copiado hasta que un pinchazo en la sien me deja sin aliento. Recuerdo que no he comido nada desde el medio día y pasan de las nueve de la noche, así que voy a la cocina y me preparo un bocadillo de queso. Mastico mirando a la pantalla y dando sorbos cortos a mi té frío. Echo de menos la cocacola. Mucho. Mi amigo Wilson no hace muy buenas migas con ella, ni con el chocolate, ni con el café... vamos, con todo lo que sí me llevo bien, y no estoy en posición de rebelarme; no quiero volver a estar ni cerca de pasar por otra crisis.

Decido ir a por una aspirina. Me empieza a doler la cabeza horrores. Mi móvil suena y veo el número 3 en la pantalla. Yang. Sonrío como una tonta y contesto.

Hemos hablado casi una hora y le prometo que me iré a la cama enseguida, porque se me ocurre contarle que me duele la cabeza, y le veo apareciendo en la puerta con el coche patrulla si no le hago caso. No le digo nada todavía del ordenador, aún no. Tras colgar decido que ya está bien de todo eso por hoy. Me gustaría que pudiera venir y se quedara a dormir. Lo ansío. Entiendo no obstante su postura; es un agente de la ley y bastantes reglas estamos incumpliendo como para que encima se quede a pasar la noche dos días seguidos.

Decido guardar mi ordenador junto al de mi padre, en la caja fuerte del suelo, y subo con pasos pesados.

No encontré nada relevante de momento, y las carpetas ocultas siguen encriptadas. Los ordenadores no irán a ningún sitio. Pueden esperar a que sea mañana.

\*\*\*\*\*

Estoy en el sofá viendo la tele. Es extraño, mejor dicho, me siento extraña; veo mis pies que juguetean con el tapizado marrón pero son demasiado pequeños para mí.

Mi madre entra en el salón y deja sobre la mesilla una bandeja; hay un montadito de bacón y un vaso de refresco de moras. Le doy las gracias aunque no escucho mi propia voz. Me asusto. Miro a mi madre, quiero decirle que algo va mal, y la veo de pie a mi lado, no se mueve, no respira.

Intento hablar otra vez. Escucho algo pero no soy yo. Miro abajo, ya no estoy en el salón, ahora estoy en la parte más allá de las escaleras que conducen a la planta baja, mi madre está sentada conmigo.

Abajo solo alcanzo ver la penumbra, como si al terminar los escalones hubiera un agujero oscuro y aterrador.

«Mami», escucho dentro de mi cabeza. Quiero coger su mano, me doy cuenta entonces de que lo daría todo por tocarla. Ella me mira con aire indiferente, sin gesto en su mirada. Se acerca, me pone la mano en el hombro; está fría como un tempano. No puedo moverme. Se acerca más y pone la boca en mí oído: *¡Despierta, Alice! ¡Hay alguien en la casa!*

Abro los ojos y por un instante mi estómago se revuelve. Me estoy mareando así que los cierro otra vez y me estiro en la cama hasta que todos mis músculos están tensos y los relajo poco a poco. Me giro sobre el costado derecho. *Una pesadilla*, me reafirmo. Y escucho un ruido en la planta de abajo.

Me siento tan rápido que la cabeza me da vueltas. No hay nadie, no pasa nada, ha sido una pesadilla... escucho un cristal rompiéndose y entro en pánico.

Aunque que sepa lo que tengo que hacer no me veo capaz de reaccionar; los recuerdos de la noche en que mataron a mis padres y que con tanto afán oculté en un cajón en el fondo de mi memoria están volviendo a mí, traídos en un remolino de arena que nubla mis ojos y se mete por mis fosas nasales, impidiendo que respire. Recuerdo los gritos, los disparos, y que apenas tuve tiempo de correr y esconderme en la biblioteca.

*No hay nada ni nadie abajo*, intento repetirme, pero es tarde: otro golpe, algo que se rompe y se borra cualquier esperanza de estar en un mal sueño. Miro a la mesilla de noche, agarro el móvil y me tiro al suelo, rodando hasta estar bajo la cama.

Estoy intentando dar a la marcación rápida para llamar a Yang. Mis manos tiemblan de tal manera que el móvil se escurre entre mis dedos un par de veces antes de que consiga atinar.

—Alice... —Yang contesta adormilado.

—Han... —apenas susurro su nombre de pila, y eso parece espabilarle.

—¿Qué ocurre? ¿Alice?

—Hay alguien... dentro de la casa —logro murmurar. Los ruidos se oyen más cerca.

—Escóndete y no cuelgues —le oigo levantarse y sé que se estará vistiendo a toda prisa—. Alice, háblame...

—Está en las escaleras... Dios mío...

—Ya estoy de camino, Al...

—Yang... está en el pasillo... ayúdame...

—¿Dónde estás? Alice, no se te ocurre colgar, dime dónde estás.

—Bajo... bajo la cama. —Me da la sensación de que el que está en el pasillo puede haberme oído; ya no camina ni golpea nada. Un silencio aterrador ocupa la casa.

—No te muevas de ahí. Estoy a cinco minutos. Ya he dado el aviso, ¿me oyes? Voy de camino y también van más agentes. ¿Alice? ¡¿Alice?!

—Yang... —hablo tan bajo que sé que apenas puede oírme—. No quiero morir... no así...

El grito que doy es tan estridente que no lo reconozco como mío. El invasor ha tirado de mis pies y me arrastra al centro de la habitación. El móvil se queda bajo la cama; giro la cabeza sin dejar de gritar y veo el reflejo azul de la pantalla, puedo oír a lo lejos la voz de Yang por el auricular.

—¡¡Yang!! ¡¡Yang!! —Chillo y me debato. Mi atacante intenta parar los golpes que suelto al azar con piernas y brazos.

Golpea mi cara de lleno, no sé si con la mano, puede que esté usando una barra de hierro pues el dolor es tan agudo que expulso todo el aire que tengo dentro cuando me alcanza.

Mi cabeza gira hacia un lado, rebota contra el suelo. El intruso se pone de rodillas sobre mi pecho. No soy capaz de luchar; mis piernas han dejado de obedecer mis órdenes y los temblores tan conocidos

de mi enfermedad se han apoderado de mi cuerpo.

—¿Dónde está?! —Me grita en la cara.

No puedo moverme, apenas respiro bajo el peso de su cuerpo. Él hace más presión, escucho como cruje mi costado izquierdo.

—¿Dónde coño está?! —Berrea y vuelve a golpearme, ahora estoy segura de que lo hace con el dorso de la mano.

Agarra mi cara y la gira hacia él. Lleva un pasamontañas negro. Lo único que logro saber es que pasa del metro ochenta, es fornido y su piel es blanca.

Me aprieta los mofletes con los dedos. Me muerdo la boca por dentro.

—¿Dónde está?! ¡No lo voy a repetir!

Me da otro guantazo, y cuando toma mi cara para que le mire muerdo su mano con todas mis fuerzas; lleva guantes, puedo saborear el cuero en mi paladar.

Escucho las sirenas, y antes de que estén más cerca el coche de Yang se detiene derrapando; reconocería el ruido en cualquier lugar.

—Escúchame bien, puta pelirroja: volveré a por el que he venido, y cuando lo haga, te mataré.

Al levantarse de encima de mí la tos me invade y alcanzo ver como corre hacia la puerta. Oigo gritos. ¡Yang está en la casa! Disparos. Cuento tres. Las sirenas están más cerca. Más voces, más gritos... la mano de Yang me toca la mejilla. Cuando me toma en brazos quiero chillar de dolor, pero no lo hago. Hundo la cara en su pecho... su olor me lleva hacia un pozo oscuro y sereno. Hay paz aquí dentro.

ME DIERON EL alta esta misma mañana; dos noche y un día ingresada. Según el médico tengo dos costillas «casi rotas», el pómulo «casi fracturado» y un ojo que parece una pelota de tenis morada. Los «casi» tendrían su gracia, incluso estoy «casi» segura de que me reiría si no estuviera tan cabreada por la impotencia que siento. No quise quedarme ingresada más tiempo, y como insistí en que me dieran el alta voluntaria, Yang firmó como responsable y logró sacarme de allí. Necesitaba volver a casa, descubrir qué narices está pasando. Dije a la policía que no tengo ni idea de qué ocurrió; oculté lo del ordenador y mis sospechas, porque en realidad aún no sabía qué sospechar ni pensar.

Mientras Yang hacía arreglos para cambiar su turno y poder quedarse conmigo, he dedicado cada minuto a repasar los carpetas, imprimir hojas, revisar números, fechas... esto es mucho más gordo de lo que me había imaginado en un primer momento.

Le dije algo a Yang aún en el hospital, mis sospechas de que estaba relacionado con el ordenador de mi padre que encontré y las cosas raras que hacía, y tras cabrearse de lo lindo porque no le dije nada aquel mismo día, ha decidido que lo de dejarme sola no volverá a ocurrir, y que le da igual que le descubran.

Acaba de llegar a casa y me está abrazando con tanta fuerza que apenas me deja respirar. Me besa la frente y luego recorre mi mejilla con los dedos; hace una mueca y gruñe cuando acaricia mi ojo morado.

—Necesito que me lo cuentes todo.

—Pues es mucho más raro de lo que te puedas imaginar—. Le cojo de la mano y le guío al despacho de mi padre; abro la caja fuerte, sacando el portátil.

Yang se sienta en la silla auxiliar del escritorio; su mueca tan característica, las cejas bajadas en un ángulo recto y perfecto sobre sus ojos asiáticos le dan un aire peligroso, impacta; será un gran jefe de Homicidios algún día.

Me siento a su lado y empiezo a abrir los documentos, tablas de cálculos y emails; saco la bolsa en la que he guardado toda la información impresa y, de pie, la esparzo sobre la mesa. Yang se levanta, no sé si para ver mejor qué hago o si para ponerse a mi lado. Me toca el brazo y agarra mi mano derecha. Estoy temblando horrores. No es un buen momento para una crisis.

—Tienes que respirar despacio —susurra, pegando su boca a mi mejilla—. ¿Qué está pasando, Al?

—Mira —empiezo. Será largo y espero poder hacerme entender sin parecer que estoy loca de remate—: a mi padre le encantaba jugar con las acciones; comprar y vender, pero lo hacía como un pasatiempo; desde el infarto que tuvo hace dos años mamá casi le prohibió que siguiera con el tema, ya sabes, incluso estaba alejado de *Mineralia* desde hacía meses, solo recibía los papeles, firmaba cheques, la empresa caminaba sola.

—Sí —Yang asiente. No me ha soltado la mano y acaricia mis nudillos con cariño. La pistola en la riñonera, la placa y el uniforme descuadran con la mirada tan dulce que me dedica.

—Bien, ahora mira eso: empezó dos meses antes de que muriera. Aquí apenas se nota: a cada dos compras hace una venta, luego dos compras, una venta pequeña, y salta a una compra de una acción de casi 17 mil dólares —Yang silba y arquea las cejas—. Exacto. Y es solo el principio; el dinero de la compra no proviene de ninguna de las cuentas de *Mineralia* ni de la suya personal. No es para darle demasiada importancia si se trata de algo puntual, pero entonces empieza a seguir una secuencia, y esa compra tan grande, en realidad, ha sido solo una prueba para las gordas que vinieron después.

Me suelto de Yang y cojo un tocho de papeles. Voy al centro de la sala y empiezo a ponerlas sobre el suelo; sé que desde fuera parece que esparzo hojas sin ton ni son, pero Yang me conoce, sabe que no es así; aleja las sillas y me sostiene por el codo cuando nota que mis rodillas flaquean. Lo hace sin decir nada, apenas me dedica una sonrisa indicando que siga.

—¿Qué ves? —Pregunto una vez tengo las cuarenta y ocho hojas puestas en seis columnas verticales de ocho folios cada una.

—Demasiados números juntos —contesta y me lleva a la silla para que me siente.

—Estoy bien —digo intentando no sonar brusca—. Mira —me pongo al lado de la primera hoja—: si sigues en horizontal verás por las fechas que son movimientos que duran dos meses, ciento ocho movimientos cada día, todos ellos realizados con una diferencia de entre treinta y cinco y cincuenta y siete minutos; es muy específico y nada puntual como para ver la secuencia si no la buscas... si quieres programar que tu cuenta haga movimientos, normalmente pones horas exactas para finalizarlos, incluso si tienes un bróker, cosa que mi padre no tenía, haría tus operaciones a determinadas horas, nunca, a no ser que lo hiciera una máquina, podrían ser tan exactos.

—¿Y estuviste calculando todos estos números uno a uno para sacar las horas en que se hicieron en una mañana? —Pregunta Yang, aunque tengo la sensación que lo que hace es interrumpirme para que así hable más despacio.

—No ha sido necesario; los números en rojo son las horas de los movimientos, los he añadido yo, vi la secuencia y la fui poniendo.

—¿De cabeza?

—Yang...

—Perdona, Al, solo es que... no sé dónde quieres llegar, y te conozco lo suficiente, a ti y a tu cerebro lleno de número; estás nerviosa y no quiero que...

—Escúchame, por favor... —Yang se calla y se sienta—. Bien. Primero, las horas: la secuencia es perfecta, sería humanamente imposible hacerlo, claro que podrías calcular los tiempos y estar pendiente del ordenador y así comprar y vender las acciones de forma manual, pero las probabilidades dicen que no es posible; entre el ojo humano, la orden del cerebro y la mano que ejecuta esa orden, hay unas cuantas milésimas de segundos, nadie sería tan preciso, menos todavía, siguiendo una segunda secuencia oculta, menos aún, durante dos meses seguidos e ininterrumpidos.

Cojo el marcador amarillo y voy a la primera hoja; me tiro un par de minutos marcando unos cuantos dígitos y entonces me alejo para seguir hablando:

—Dos, trece, ocho, quince, uno.

—¿Y eso es?

—La secuencia de compras y ventas: dos compras de acciones pequeñas, trece compras de acciones medianas, ocho ventas de pequeñas, quince ventas de medianas, una compra de una acción bestial que cuesta siempre más de cincuenta mil dólares. Y así vuelta a empezar. Una y otra vez.

—¿Y eso se repite en todas estas hojas?

—En todas las hojas, durante dos meses, todos los días, las mismas horas y minutos, los mismos importes, las mismas empresas pequeñas y medianas, y lo único que cambian son las acciones gordas, para estas, cada vez ha sido a una empresa diferente, y para cada compra, el dinero ha salido de una cuenta corriente distinta. Y mira —estoy tan acelerada que el pulso me late en los oídos. Cojo el ordenador y empiezo a teclear—: las cuentas corrientes son o bien de Las Bahamas o de Panamá, todas diferentes, todas a nombre de mi padre. Dinero de paraísos fiscales para comprar acciones en empresas valoradas en millones, y lo mejor es que estas empresas ni siquiera existen, Yang. Blanqueo de capital y todo esto oculto tras un sistema automático de compra y venta de acciones que podría haber seguido así

durante meses. ¿Sabes cuánto dinero tiene cada una de estas empresas fantasmas ahora mismo solo con los dos meses de movimientos que tengo aquí?

—Demasiado para contarlo con los dedos... —murmura Yang.

—Más de cinco mil millones de dólares cada una. Dinero inexistente de países extranjeros que ahora corren en nuestro país sin impuestos, sin fisco, libremente.

—Lo siento, Al... pero ¿estás segura de que tu padre no sabía nada de eso?

—Un par de días antes de que... antes de que les mataran, mi padre me dijo que el ordenador hacía cosas raras; el ratón se movía solo, se encendía, se apagaba... le revisé el pc, encontré un par de trojanos, nada importante. Así que le puse un antivirus, un cortafuegos..., no le di importancia, no en el momento. Y también encontré eso. —Le enseñó una hoja. La he apretado tanto entre mis dedos que está casi destrozada—. Es una copia de un email que mi padre mandó al tío Alex la noche antes de morir; le dice que algo está pasando, algo gordo y que no cree que sea seguro hablar por escrito ni por teléfono, que tienen que verse. ¿Sabes qué ha contestado mi querido abogado? Le ha puesto, textualmente: «Tranquilo, mañana hablamos. Sea lo que sea, lo arreglaré». Y esa noche entraron en la casa y un chaval les voló los sesos.

—Alice... eso...

—¿Y si ese chico sabía perfectamente lo que buscaba? Por eso tras martarles fue a la biblioteca; hacia solo unos meses que mi padre había cambiado su despacho a la planta baja, Yang. Nadie lo sabía. ¿Y si se dirigió allí porque es donde se suponía que estaba el ordenador pero se encontró conmigo? Yang... Alexander Cristol, amigo de mi familia desde hace décadas, mi abogado, él, el alcalde y alguien muy gordo que todavía descubriré quién es, han utilizado el nombre de mi padre para lavar dinero, se acojonaron cuando yo, sin querer, les jodí los planes al tocar el sistema informático y mandaron al sobrino yonki del alcalde a por el ordenador; el chaval estaba colocado, así que mató a mis padres, y luego le maté yo...

Yang se levanta, camina despacio hacia mí y me coge la mano. No me doy cuenta hasta que me quita el rotulador amarillo y lo que queda de la hoja de las manos y me rodea con los brazos, apretando lo suficiente para que mis temblores se estabilicen.

—Alice —empieza a hablar, y sin salir de su abrazo, miro hacia arriba—. Vamos a descubrir quienes están detrás de todo esto. Y esos hijos de puta lo van a pagar. Te lo juro.

Me abrazo a él tan fuerte que mis huesos crujen.

*Van a pagar.* Sopeso sus palabras y empiezo a llorar sin poder evitarlo.

## Día 185

HAN SIDO DOS días muy largos. He apagado los ordenadores, incluso el mío, y estoy en «silencio absoluto» con el mundo; no llamo por teléfono, no envío emails, nada.

Yang quería hablar con un detective que conoce, pero todavía no puedo demostrar lo que he encontrado, los datos sí, hablan por sí solos, pero los que están detrás de todo el tema aún no puedo vincularles. Y me perjudicaría acusar al alcalde y mi abogado cuando se tiene en cuenta que estoy cumpliendo condena por matar al sobrino del primero. Al final parecería que tengo una pataleta e intento librarme; necesito poder demostrarlo antes de actuar.

Yang ha tenido que irse pues hoy tiene guardia, así que espero a que llegue Rose. A ella no le conté nada aún, no creí seguro hacerlo por ningún medio más que en persona, y cuando me atacaron la otra noche y estaba en el hospital, decidí que no era el momento; quería que Yang fuera el primero en saberlo. Además, tengo un plan: dos cabezas piensan mejor que una, y ella es informática de la policía. Ella mejor que nadie podrá ayudarme.

He pedido una pizza, son las siete y media de la tarde. Rose tiene que estar al caer. Lllaman a la puerta y le grito que pase.

—He pedido pizza, espero que te guste la piña —río y me giro a saludarla.

Alexander Cristol, mi abogado, el «amigo de la familia», es quien está parado frente a mí. Sonríe con exageración y me abraza. Se me retuercen las tripas.

—¡Hola, Al! —Se aleja un poco pero mantiene las manos en mis brazos—. Siento no haber venido antes. —Si no supiera que es un hijo de puta su cara parecería tan inocente como sus palabras—. No he podido, tengo demasiados casos y todo el tema de *Mineralia*... Marie te manda recuerdos, ha estado liada con el Rotary Club, ya sabes: «cosas de señoras mayores» —suelta una carcajada.

Yo simulo una risa y quito mis brazos de sus asquerosas manos.

—¿Quieres tomar algo, tío Alex? —Le doy la espalda. Llamarle así me ha quemado la garganta. Pero tengo que ser fuerte.

—Me enteré de lo del otro día, siento no haber ido al hospital, pero me aseguraron que estabas vigilada. Seguro algún ladronzuelo que sabía que estabas sola en la casa, la delincuencia en esta ciudad cada día va a más...

—¿Cocacola? —Me giro hacia él con el vaso en la mano. *¿Arsénico? ¿Matarratas?* Pienso mientras le doy el vaso.

—Si le echas un chupito de vodka, porqué no —se ríe otra vez.

—No me permiten tener alcohol en la casa —contesto sin pizca de diversión. Si no me tranquilizo acabaré delatándome, así que sonrío y le invito a sentarse en uno de los taburetes alrededor de la isleta de la cocina.

—Bueno, he traído unos cuantos papeles que tienes que firmar —empieza a hablar y a sacar hojas de su maletín—. Son asuntos sin demasiada importancia de *Mineralia*, vaya, autorizaciones que no tienes porqué quemarte la cabeza con sus letras pequeñas. También traigo una previa de la apelación para tu caso.

Le pongo algo más de atención y le doy un trago a mi té. *¿Dónde narices está Rose?* Empieza a preocuparme estar a solas con este hombre, y mucho.

—¿Apelación? —Disimulo y vuelvo a poner la estúpida sonrisa falsa de antes—. Eso son buenas

noticias, supongo.

¡De las mejores! —Dice emocionado. Es muy buen actor el cabronazo—. Utilizaremos tu estado de salud y el ataque del otro día y lograremos sacarte de esta casa; podrás elegir donde quieras pasar los meses restantes de tu condena, bueno, intentaremos reducir el tiempo también, pero cada cosa a su tiempo.

—No —digo tajante, su cara cambia en el acto—. Estoy bien aquí, no quiero irme a otro sitio.

—Creí que estar aquí no te gustaba.

—Es la casa de mis padres, crecí aquí, tío Alex —suena más agrio de lo que quisiera.

—Teniendo en cuenta de que les volaron los sesos en la planta de arriba, creí que ya no te gustaba tanto.

El tono de su voz, las palabras que escogió... su semblante cambia del todo, se apoya sobre la repisa, le da un trago al refresco y chasca la lengua. Veo tanta maldad y soberbia en él, que lo primero que hago es levantarme para coger el teléfono.

Me agarra del brazo y tira de mí, sentándome de vuelta en la banqueta. Mis costillas se quejan, me mareo un poco.

—No te hagas la lista conmigo, Alice. Firmarás los papeles que te he traído, y dentro de unos días irás a disfrutar de tu condena en un pisito de mierda sin tener que volver a preocuparte de nada más —me acerca los papeles—. Me darás todos los derechos sobre *Mineralia* para el tiempo que te queda de condena y lo harás en silencio. ¿No queremos tener un problema, verdad?

—Que te den —casi le escupo las palabras—. Mis padres te querían como...

—No me jodas con sentimentalismos, Alice —me corta en seco y agarra mi muñeca. Pone un bolígrafo frente a mi mano—. Firma y me iré igual que he venido.

—Que te den. Otra vez —intento retirar la mano pero me aprieta. No quiero gritar pero se me escapa un bufido.

—No tienes ni idea de donde te estás metiendo, niña. ¿Crees que ese policía de pacotilla podrá protegerte? Pasas mucho tiempo sola aquí. —Me suelta y mira alrededor—. Sería una pena que la casa saliera ardiendo y estuvieras tan malita como para salvarte a tiempo...

—Sí, sería una pena, tío Alex.

Me levanto y me alejo todo lo que puedo. Alexander se ríe y se apura lo que le queda del refresco. Se levanta, empieza a caminar despacio hacia mí. Se mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y veo que tiene algo dentro. Mi corazón da un brinco. El teléfono está demasiado lejos, mis piernas tiemblan y sé que no lograré correr demasiado.

—Bueno, te ayudaré a firmar —murmura y me guiña un ojo.

Tomo impulso, enfilo hacia la puerta y en este momento Rose entra sin llamar, hablando sobre un batido de frutas y se queda tiesa en la puerta de la cocina.

—Hola —dice desconcertada.

Alexander retrocede un paso. Rose se pone tensa, me mira y yo niego con la cabeza.

—Es mi abogado, Rose —digo y me rodeo con los brazos—. Ha venido a traerme unos papeles y ya se marchaba.

—Claro, volveré en otro momento. Cuando estés más tranquila —carraspea y toma su maletín.

Rose ha sacado su teléfono móvil y ha marcado un número.

—Yang —le dice al aparato—. ¿Vienes a cenar con nosotras? El abogado de Alice ya se marcha —termina de hablar y cuelga.

—Bueno, que paséis una velada increíble. Aquí te dejo los papeles, Alice. Un placer, señorita —murmura cuando pasa al lado de Rose.

En cuanto sale de la casa y cierra la puerta mis rodillas se vienen abajo. Rose me agarra de los hombros e intenta levantarme. Quiero hablar pero estoy en shock. Todo mi mundo, la poca seguridad que tenía, acaba de venirse abajo; sabía que él estaba metido en el ajo, pero una cosa es suponerlo y otra muy distinta es comprobarlo; era el mejor amigo de mi padre, le conozco desde que soy una cría. No logro dejar de llorar. Rose intenta erguirme y oigo el coche de Yang detenerse en la puerta. Sus brazos son los que me rodean y me conduce al sofá.

\*\*\*\*\*

—Dame una muy buena razón para no ir tras él ahora mismo. —Yang está dando vueltas por el salón; tiene la mano sobre la funda de su pistola, sus ojos llamean odio.

—Porque no valdrá de nada —murmuro y le cojo la mano cuando paso a mi lado—. No puedo demostrarlo, y si vas a por él, encima tendrá algo a su favor.

Rose está en la cocina leyendo los papeles que Alexander dejó sobre la repisa. Le conté por encima todo el tema de las acciones y el blanqueo de dinero, y ella ya ha repasado un par de veces las pruebas que tengo.

—Necesito una razón mejor para no hacerlo, Alice. —Yang me acaricia la muñeca; las marcas de los dedos de Alexander se ven oscuras en mi piel—. Porque voy a matarle si vuelve a tocarme. Y no podrás impedírmelo. —Me da un beso en el ojo que todavía está morado, luego otro en los labios y me abraza con fuerza.

—Joder —suelta Rose y se sienta en el sofá frente a nosotros—. Son muy listos, Alice. Pero que mucho. La red que han creado... son callejones sin salida; incluso estos papeles que te dio para firmar, son tan corrientes que cualquier diría que son por tu propio bien si desconocen la historia.

—No pienso firmar nada —suspiro de forma entrecortada—. Era... Dios... —y vuelvo a llorar.

Me siento avasallada. Yang se levanta enfurecido y camina directo a la puerta.

—Han —le llamo por su nombre—. Por favor, no hagas nada estúpido, yo...

—Quédate con ella, Rose —ella asiente con la cabeza—. Haré lo que tendríamos que haber hecho hace días.

# Día 187

**ROSE HA PREPARADO** café y me lo ha traído a la cama. No me encuentro nada bien. Sé que trajo el desayuno porque escucho como se le cae la taza al suelo; estoy tendida en el suelo del baño, tengo dolor y vergüenza a partes iguales. No logré ni llegar al inodoro antes de devolver. No quiero que nadie me vea así.

—*Ains*, mi niña —suspira y empieza a limpiarme la cara con un trapo húmedo.

Miro al techo. La cara del mapache en la pintura hoy se parece a una araña. Siento A la maldita tristeza que vuelve a tomar forma de gusano infecto, quiere enraizar en mi pecho otra vez.

Rose me ayuda y en un parpadeo estoy en la cama. Escucho la voz de Yang a lo lejos, oigo la carrera que emprende por las escaleras.

Otro parpadeo y está tumbado, abrazado a mí. Está dormido.

Mis parpadeos hoy son demasiado largos.

Un día muy jodido.

## Día 200

ESTOY ALGO MEJOR, de salud al menos. Pero pasé de estar derrotada a tener una ira que me corroe por dentro.

Hace casi una semana desde que Alexander vino a casa con los papeles y las amenazas. Yang me convenció de que teníamos que hacer algo; habló con un detective del que se fía y están investigando extraoficialmente; no me ha extrañado que dijera que el alcalde estaba bajo su punto de mira y que, —anda, qué sorpresa—, no lograban tener nada en su contra porque dentro del propio cuerpo de policía tiene sus contactos.

Siento que le estamos dejando ganar. Y eso me enfurece.

Yang entra en el despacho de mi padre; tengo los papeles delante, miro los números, los calculo sin apenas prestar atención a lo que veo, la respuesta tiene que estar ahí en algún sitio.

—Alice... —suspira resignado—. Ven, vamos a la cama —se acerca y besa mi nuca.

—Tengo que... ¡eso es una mierda!

Tiro los papeles en un arrebato. Yang me abraza y me toma en brazos. Cuando hace eso no me quedan fuerzas para resistirme.

—¿Se saldrán con la suya, verdad? —Murmuro en la oscuridad de la habitación. Yang se tumba y me abraza.

—No. No lo harán, te lo aseguro.

—Mató a mis padres, Han... no apretó el gatillo, pero lo hizo. Confiaban en él, yo confiaba en él... si sus planes salían bien, tendría que haber muerto yo también...

Yang carraspea y noto el odio atorado en su garganta. Se pone sobre mí, sus manos alrededor de mi cara, me acaricia el rostro. La luz de la luna se cuele por la ventana, una brisa más que fresca de finales de otoño la acompaña, removiéndolas cortinas.

—No permitiré que te hagan daño. Todo esto va a quedar atrás, mi pelirroja —me da un piquito en los labios—. Y tú y yo nos iremos donde tú quieras. Solos tú y yo.

Intento pensar en algo más que en él y en su cuerpo sobre el mío, pero los pensamientos se quedan a medias cuando su mano baja por mi estómago y alcanza mi entrepierna. No se molesta o no tiene el aguante suficiente como para desnudarme del todo; he enredado las piernas a su cintura y arqueo las caderas, ansiosa. Echa la tela de mis braguitas hacia un lado, un dedo se pasea por mi sexo, él gime al notar lo húmeda que estoy. Se baja el pantalón tan rápido que apenas noto el movimiento. Me penetra despacio, hasta colmarme. Sus labios tiemblan pegados a los míos.

—Te quiero... —jadea y embiste con fuerza.

Le miro a los ojos. Veintidós. Esas son las veces que han brillado con ese deseo tan palpable, cada una de las veces que hemos hecho el amor.

Yang logra que no solo el gusano de la tristeza se mantenga alejado, consigue que me olvide del mundo aunque sea mientras esté entre sus brazos. Me agarro a su espalda, mi cuerpo tiembla, él vuelve a embestir, hasta el fondo, lento, no queda espacio entre nosotros.

—Y yo te quiero a ti... ya no me quedan números para contar cuánto...

# Día 201

YANG ME DIO un beso y me susurró al oído que siguiera durmiendo. Hace cosa de cinco minutos de eso, y no, no puedo seguir en la cama.

Aún son las tres de la madrugada. Rose no llegará hasta las diez de la mañana, y como Yang no quería dejarme sola le dio indicaciones muy precisas a Jonh Carter, mi agente asignado, así que sé que si miro por la ventana el coche patrulla estará ahí.

Me asomo y, efectivamente, está aparcado en la entrada. Saludo con la mano. John baja la ventanilla y devuelve el gesto. Hace frío, así que cierro y corro las cortinas.

Decido que haré café y le llevaré un poco. Le invitaré a pasar, que demasiado está haciendo como para quedarse en la calle lo que queda de noche.

Saco la lata con el café —he convencido a Rose de que me lo trajera, aunque tuve que jurar a pies juntillas que solo bebería una taza al día—. Mis manos tiemblan un poco y lo dejo caer. Me he puesto perdida de polvo negro, se me mete hasta en los ojos. Me agacho con el recogedor y el cepillo pequeño y estoy limpiando cuando noto algo; es más que una sensación, es un estremecimiento raro. Me giro y lo primero que veo son los pies al otro lado de la isleta de mármol. Sin levantarme me apoyo contra ella, intento pensar donde dejé el móvil, planeo qué diré cuando empiece a gritar, y me interrumpe:

—No hagas ninguna estupidez —le reconozco en el acto. Es el mismo que me atacó. No olvidaría su voz ni aunque pasaran años.

Me levanto despacio. El tipo se ha sentado frente a la encimera, tiene mi móvil en una mano y con la otra juguetea con un cuchillo de caza, pasando la punta sobre la repisa que chirría y me da escalofríos.

—Siéntate —me invita, apuntando a uno de los taburetes con el cuchillo.

No lleva pasamontañas. El que vea su cara, el que me deje verle, no presagia nada bueno.

—¿Qué quieres? —Digo con una entereza casi imposible y me siento.

—Sabes lo que he venido a buscar. Si te portas bien y me lo das, me iré tranquilamente y tú podrás hacerte el desayuno como si no pasara nada.

Río con sorna y niego con la cabeza. Miro al despacho de mi padre; la puerta está cerrada, la caja fuerte está ahí mismo, el ordenador está dentro. Y no pienso entregárselo, no por las buenas. Mis padres murieron por culpa del maldito cacharro.

—¿Sabes qué? —Se levanta y empieza a caminar hacia mí, bordeando la isleta, el filo del cuchillo rascando el mármol según avanza—. Haré un trato contigo: si me lo das sin que tenga que volver a pedírtelo, te prometo que no solo harás el desayuno tranquilamente, como que no tocaré un solo mechón de tu pelo rojo. —Está a mi lado, gira el banco y se echa sobre mí. Pone la punta del cuchillo en mi cuello. Su aliento huele a tabaco mentolado, habla tan cerca que noto su saliva en mi cara—. Pero cada vez que yo tenga que volver a pedírtelo, te haré daño. Y te aseguro que las pelirrojas me inspiran. Supongo que ya me entiendes. —Guiña un ojo y me agarra por el mentón.

Una arcada me invade. Lo único que puedo pensar es en que tengo que gritar, y tengo que hacerlo de tal manera que John me escuche, que le de tiempo a entrar y...

—Y si gritas, te habré rajado de arriba abajo antes de que el poli pase de la puerta —dice como si me hubiera leído el pensamiento—. Así que, veamos, ¿dónde está el ordenador, Alice?

—Me matarás de todos modos —la voz me sale ronca por el miedo.

—Hay cosa peores. —Me tapa la boca y pasa el cuchillo por mi antebrazo; está tan afilado que

apenas noto el corte antes de ver como sangra—. Y podemos seguir así mucho tiempo. Tu guardaespaldas rubia no llega hasta las diez, ¿no? Creo que eso fue lo que te dijo por teléfono.

Respiro acelerada, su mano sobre mi boca hace que hiperventile. Mis ojos se han anegado y tengo una nueva arcada.

Me suelta y vuelve a pasearse por la cocina. Voy girando según camina, sin quitarle la vista de encima. Me tira un trapo y yo me apresuro en ponerlo sobre el brazo; sangra poco, el corte no hay sido muy profundo. *Todavía no*, pienso y aprieto más la herida.

—Intentémoslo otra vez: ¿dónde está el ordenador, Alice?

—Qué te jodan —murmuro y cruzo los brazos sobre el pecho.

El tipo suelta una risotada que finaliza en una tos ronca típica de un fumador empedernido. Y lo que hace a continuación es encenderse un cigarro. Me quedo mirando la brasa anaranjada. Echa el humo y avanza tan rápido que no tengo tiempo a reaccionar; me ha tirado al suelo, tiene una rodilla sobre mi estómago y el cuchillo en mi cogote. Con la otra mano levanta mi camiseta. Nunca tuve tanto frío como este instante. El pitillo cuelga de sus labios, él me mira con la cabeza ladeada, suelta la najava, me tapa la boca y con el mismo movimiento igual de rápido apaga el cigarrillo al lado de mi obligo.

Chillo entre ahogos, me debato, sonrío y vuelve a poner la lámina sobre mi garganta. Se saca otro cigarrillo, lo enciende:

—Me quedan dieciocho más. Así que volveré a preguntarlo: ¿dónde coño está el puto ordenador?

—Vale... vale... —logro decir entre toses.

Se relaja y me levanta con brusquedad. Me apoyo en la repisa; la sangre del corte en mi brazo deja una huella de mi mano sobre el mármol color ocre. Me quema la tripa, el roce de la camiseta hace que arda el doble.

—¿Y? —Suelta el humo, en esta ocasión hace volutas, jugueteando con una tranquilidad inhumana.

—¡Joh... —alcanzo gritar el principio del nombre de mi agente asignado, y el puñetazo en el estómago me priva del aire al tiempo que me tapa la boca.

Mis rodillas se han rendido, mi atacante me va dejando caer despacio, chistando por lo bajito como una madre que tranquiliza a su hijo asustado tras una pesadilla.

Me deja apoyada contra la encimera. El cigarrillo sigue en sus labios. Pasa la mano por mi cara, despegando el pelo que se ha adherido a mi piel junto a las lágrimas.

—No me gusta hacerle daño a algo tan bonito —me hace una especie de caricia en en la mejilla—. Pero me lo estás poniendo muy difícil, preciosa...

Recuerdo a mi madre, escucho su voz: «*las pelirrojas tenemos fuego en el corazón*», y retengo ese pensamiento, se quedan las palabras dando vueltas por mi cabeza cuando me propina un puñetazo y mi cara acaba contra el suelo. Me sujeta, dejándome bocabajo. En esta ocasión lo apaga en el centro de mi columna.

Todo da vueltas, y cuando veo que sigo en la misma postura, que aún noto la brasa en mi espalda, me doy cuenta de que la inconsciencia no ha sido tan piadosa y sigo estando presente.

Mi atacante me voltea. Vuelve a simular esta especie de caricia, ahora me quita el pelo que se ha pegado a la sangre que escupí cuando me golpeó.

—Vamos a intentarlo una vez más: ¿dónde está el ordenador, Alice?

Intento pensar en una razón por la cual debería de decírselo, algo que me haga olvidar que mis padres murieron por eso, que si lo hago, estaré entregando las únicas pruebas que lleven a los culpables de su asesinato, porque no me queda otra salida. Me recuerdo que hice copias de todo... y también me dice mi propia voz que eso no vale de nada, que sé muy bien que sin los ficheros originales lo que tengo impreso o copiado no tiene valor. Entonces veo a Yang en mi mente. Sus ojos negros invaden mis

pensamientos. Pienso en que debería hacerlo, debería entregarle todo, cumplir mi condena y luego huir lejos de aquí con él, dejarlo todo atrás, me digo que haciéndome matar nadie ganará... y apunto con el dedo al despacho de mi padre.

—Buena chica. —Me levanta y me lleva arrastras del pelo—. ¿Dónde?

Señalo al suelo. Mira un instante la alfombra y la levanta. Sonríe cuando ve el recuadro que oculta la caja fuerte. Me suelta y yo caigo a su lado. Estoy siendo egoísta, me digo a mí misma. Egoísta porque seguir viva parece más importante que hacerles justicia a mis padres... ¿y no sería igual de egoísta morir y destrozarse a Yang? ¿A Rose? Ninguna de las opciones me salva. El egoísmo, ahora, solo es una cuestión de puntos de vista.

—El código —dice y tira de mí.

Tecleo el número secreto. Una luz verde se enciende y parpadea. El atacante intenta abrirla pero algo falla. ¡La maldita llave! Yang la tiene, se la di por seguridad.

—¿Dónde está la llave?

—No... no la tengo... yo no...

—En fin...

Me da la vuelta otra vez, siento que me quema la cara cuando roza con la alfombra. Agarra la cinturilla de mi pantalón del pijama y deseo morir. Empiezo a patallar pero su brazo es como una apisonadora apretando mi cuello desde atrás. Escucho la hebilla de su cinturón abrirse, intento gritar pero su mano me tapa la boca, sus dedos hincados en mis mofletes. Encaja sus piernas entre las mías. Pienso que vomitaré y que si lo hago me ahogará porque me está taponando la boca. Y quiero hacerlo. Quiero morirme. No quiero estar aquí.

—Una última oportunidad, Alice. —Se deja caer con todo su peso sobre mi espalda; noto su erección entre mis muslos—. ¿Dónde está la llave?

—¿Alice? —La voz de John le detiene.

Se levanta e igual de rápido que se viste el pantalón me agarra del pelo, irguiéndome y tapándome la boca con la mano. Avanza y cierra la puerta del despacho, quedándose contra ella.

—¿Alice? ¿Va todo bien? —John golpea con los nudillos desde el otro lado.

El tipo me susurra al oído:

—Contesta —se aleja un poco y se mete la mano dentro de la camisa; veo que lleva una pechera de cuero, y de esta saca una pistola—. Y sé lista.

—Sí —carraspeo e intento hablar con más normalidad—: Sí, va todo bien, John.

El oficial intenta abrir la puerta pero él se lo impide.

—¿Seguro que...

—No estoy visible —grito entonces—. No puedo abrirte, no llevo nada puesto.

—Oh, lo siento, de saberlo no hubiera entrado...

—No... no pasa nada. Enseguida saldré, te llevo el café cuando lo tenga listo, le queda nada.

—Vale —contesta—. Hasta ahora entonces.

Escucho pasos. Un portazo.

El atacante me tira contra el suelo, mi cara queda casi dentro del agujero, miro a los números en el teclado de la caja fuerte. Números. Mis adorados números.

—¿Dónde está la maldita llave? —Ruge sobre mí, siento que vuelve a intentar tirar de mi pantalón.

Cierro los ojos. El 3, pienso. Como me gusta ese número.

Un fogonazo, el sonido del disparo vibra dentro de mi pecho, y el peso muerto cae sobre mí. Solo entonces me doy cuenta de que estoy llorando.

—¡Tranquila, te tengo! —Es John. Retira el cuerpo y me arrastra.

Me da la vuelta, yo le empujo, intento que se aleje. Sé que es él, que acaba de salvarme, pero mi mente no logra diferenciarlo.

—Tranquila, te tengo.

Me levanta y me deja sobre una de las sillas del despacho. Empuña el arma y camina hacia mi atacante. En mi mente dibujo una escena en la cual el tipo sigue vivo y le dispara. En cambio, el cuerpo permanece inerte, y tras empujar con el pié y asegurarse, John le voltea y su cara se desencaja en el acto.

—¿Potter? Qué cojones... —agarra su comunicador y da el aviso.

—¿Le... le conoces? —Logro formular la frase.

—Es de Antivicios. Un detective —murmura. La incredulidad va más allá de su rostro. Está abismado.

Oigo una sirena. El coche se detiene y en segundos otro agente entra en la sala, armado y dispuesto a disparar.

—Tranquilo, ha caído —dice John.

—Potter —masculla el recién llegado y viene hacia mi. Se arrodilla en el suelo y me mira la cara, inspeccionando mi rostro—. ¿Estás bien? ¿Qué quería?

—La caja fuerte —digo y aumento la presión de mis brazos sobre el estómago—. Los ordenadores están dentro. Yang tiene la llave, no ha conseguido hacerse con ellos.

—Tranquila. —Me palmea el hombro—. Lo has hecho muy bien.

Me invade una sensación molesta. No son sus palabras ni el como lo dice. Es un tic. Ocho. Me doy cuenta de que he estado contando las veces que miró a la caja fuerte en apenas unos segundos.

John vuelve a entrar. Quiero gritarle que algo va mal pero el agente le dispara entre las cejas antes de que ni una palabra salga de mi boca.

—Lo siento, preciosa, no es nada personal. Si no puedes abrir la caja no me sirves de mucho —me apunta con la pistola y pienso en que han disparo dos veces en lo que va de noche. Será el tercer disparo. El número 3.

Algo choca tan rápido contra el policia que apenas veo qué es. La bala sale disparada y la oigo sisear cuando pasa al lado de mi cabeza, rozando mi piel como hierro candente.

Otra detonación me hace pitar los oídos. Yang está sobre el agente y forcejean como dos bestias. Tengo que hacer algo, tengo que reaccionar.

—¡Sal de aquí ¡Corre, Alice! —Yang grita.

Y comete un descuido al mirarme; el hombre logra darse la vuelta y quedar por encima. Yang le da un codazo en la cara, le agarra de la muñeca y empieza a golpear su mano contra el suelo hasta que suelta la pistola que se cae al hueco de la caja fuerte. Veo que el otro arma, ya no sé cual es la de uno y cual la del otro, está en el lado opuesto de la sala; ha salido despedida durante el forcejeo, y ni aunque quisiera llegaría hasta ella.

El tipo le propina un puñetazo certero en la mandíbula a Yang. Siento el dolor como si acabara de pegarme a mí; su cabeza cae hacia atrás, se ha quedado atolondrado. El agente avanza hacia el agujero en el suelo y yo me tiro junto a él; logro meter la mano dentro pero me agarra del pelo y golpea mi cara contra el suelo, paladeo la sangre que sale del corte que se ha abierto en mi labio superior. Mi visión se nubla. Él coge el arma y me agarra, apuntándome a la cabeza mientras se levanta.

—¡No! —Chilla Yang, ha levantado los brazos, las manos en alto; le sangra la nariz, tiene moratones por la cara—. No la hagas daño.

—¡La llave de la caja fuerte! —Ordena el policía. Yang avanza y él retrocede, apretando más mi cuello, pega un tiro al aire y vuelve a apuntarme. La punta de la pistola está caliente, lo noto en mi sien.

—De acuerdo —Yang vuelve a rendirse. Se lleva la mano al bolsillo de su camisa del uniforme y

saca la llave—. Aquí la tienes. —Se la ofrece—. Suéltala primero.

—Abre la caja y dame los ordenadores —dice ignorándolo.

—¡Suéltala primero!

—¡Voy a volar su puta cabeza si no me haces caso!

Yang se agacha, abre la caja y pone los portátiles en el suelo, frente a nosotros.

—¡Ponlos en las manos de la chica! —Chilla—. No juegues conmigo.

Él avanza. Es la primera vez que veo temblar a Yang. Sus ojos están fijos en los míos. Extiendo los brazos y me entrega los ordenadores, roza mis dedos cuando lo hace.

—Vamos a salir de aquí y tú te quedarás exactamente donde estás o le volaré los sesos a tu putita pelirroja, ¿me has entendido?

—Te mataré —la voz de Yang es un siseo animal.

—Ya veremos.

El agente empieza a retroceder, caminamos hacia atrás. Justo a la altura de la puerta se detiene; se oyen sirenas a lo lejos, cada vez más cerca. Yang se da la vuelta, salta, se tira al suelo y agarra la otra pistola. Corre hacia nosotros y se detiene a pocos pasos, apuntándole.

—Le atravieso la cabeza antes de que tires del gatillo —escupe el agente—. Dame las llaves de tu coche. ¡Las putas llaves, joder!

Yang saca el llavero del bolsillo de su uniforme, una mano apuntando, ahora ya no tiembla, y lo tira al suelo, a mis pies. Dos. Me doy cuenta de que lo hecho un par de veces: mira hacia abajo y luego a mis ojos.

—¡Cógelas! —El agente me empuja. Me caigo y no puedo evitar gritar. Un latigazo caliente me atraviesa el costillar derecho; mi hígado ha dicho basta.

Intento coger las llaves pero mis manos tiemblan demasiado, apenas logro tener el control de mis músculos y uno de mis brazos está ocupado en no dejar caer los ordenadores. Sé que tendré una crisis, la noto llegar, se va disparando en el fondo de mis ojos.

—Necesita su medicina —Yang sigue apuntándole.

—Y tú necesitas callarte la puta boca. ¡Levántate! —Tira de mí, Yang sigue sus movimientos con el arma, y él me sigue a mí con la suya. Las sirenas están tan cerca que las noto en mi vientre. O las convulsiones han empezado y no me he dado cuenta.

—Te quiero —Yang modula con los labios.

Tres. Ahora no solo ha mirado hacia abajo como además ha movido la cabeza para acentuar el gesto.

—Si sales tras nosotros, la mato —alcanzamos la puerta y me tiro al suelo.

El disparo me entra caliente por el abdomen al mismo tiempo que el agente cae con un agujero de bala en la cabeza a mi lado. Al fin Wilson hace acto de presencia, y lo último que veo antes de convulsionar son los ojos de Yang, las estrellas que esconde dentro de sus retinas negras. Quiero tocar su rostro, decirle que deje de llorar. Pero es demasiado tarde para eso.

## Día 230

LLEVO UNA HORA sentada en la sala de los juzgados. El caso es tan mediático que tardaron casi cuarenta minutos en conseguir que me bajara del coche frente al Edificio de Justicia.

Hoy al fin dan el fallo: quitarán lo que queda de pena y el caso se considerará nulo, no quedará ni registro de mi caso en el sistema legal. No lo creeré hasta que lo vea; mientras tanto sigo sentada, intentando secarme el sudor de las manos. Me río cuando pienso que al menos en esta ocasión no voy esposada. Algo es algo.

Un pinchazo en el costado y me quejo por lo bajo. Hace veintinueve días que todo ocurrió. Las heridas se están cicatrizando, me quitaron los puntos de cuando me extrajeron la bala que por suerte, según el médico, pasó a apenas tres milímetros de mi hígado; si llega a acertar hubiera muerto en el acto. Tres milímetros. Y pienso en Yang. Él es mi número 3.

El enredo del asesinato de mis padres resultó estar tejido de una manera mucho más complicada de la que imaginábamos: al acceder a los teléfonos de los dos policías involucrados llegaron a cinco agentes más, de estos a mi «*abogado y amigo de la familia*», de él al alcalde, y de este último a la red de narcotraficantes más grande del sur de California.

De las drogas provenía el dinero para las compras de acciones que hacía las veces de blanqueo de capital. *Cocaína, todo muy blanco*, bromeó Rose.

Era tal el alcance que el aviso que dio el pobre John antes de morir no llegó a las patrullas; Yang fue a la casa porque intentó llamarme al móvil, y cuando no contesté y telefoneó a su amigo con el mismo resultado, decidió acudir. Él fue quien dio el aviso al llegar y ver que John no estaba en el vehículo patrulla. Si no lo hubiese hecho hoy no estaría aquí esperando a que me devuelvan mi libertad de una vez por todas.

La mayoría de los agentes eran de la brigada Antivicio, los sobornos que recibían en sus cuentas les conectó a Alexander, el querido *tío Alex*: él realizaba los pagos para que no hubiera nadie en el puerto cuando los cargamentos llegaban. Y mi querido tío, como es un hombre muy noble y amigo de sus amigos, no tardó ni un día en delatar al alcalde y a los que estaban en la cima de la pirámide. Necesitaban los ordenadores para borrar huellas; ya tenían un cabeza de turco llamando la atención a la prensa: una pelirroja con muy mala leche y con un verdadero león decidido a protegerla, con eso último no contaba el muy capullo.

Alexander Cristol llegó a un acuerdo: protección de testigos. Ojalá el sistema sea lo suficientemente débil como para que le encuentren rápido; no lograron detener a uno de los cabecillas del cartel, así que le deseo todo lo mejor en su nueva vida. Espero que le hagan solo la mitad de lo que les hizo a mis padres y a mí. Sé que el rencor, así como la tristeza, es un gusano que se arrastra por dentro de ti, que si lo alimentas solo se hará más grande. Pero nadie me puede culpar por sentirme así. Pasaré página cuando todo acabe aunque nunca lo olvidaré. Mis deseos quedarán en el aire como todo lo que uno pide en silencio y a solas: flotarán, se alejarán pero siempre estarán presentes, nadie podrá quitarme eso.

Según Alexander confesó en su interrogatorio la muerte de mis padres no estaba planeada; la culpa la tuvo el alcalde que insistió en que su sobrino era de fiar sin saber que el crío llevaba mucho consumiendo —cortesía del propio alcalde—, y si mandas a un yonki armado para que allane una casa, no puedes esperar otro desenlace.

*Daños colaterales*, me imagino que habrá dicho. Aún no le he visto en persona, pero si lo hago antes

de que le entreguen su nueva identidad y le manden lejos de aquí, me aseguraré de decirle lo que pienso. Eso no va a ocurrir, pero me consuela la idea.

Miro el reloj de pared. Las 12:00. Es la misma sala que ocupé hace poco más de ocho meses. Durante este tiempo he ido de la mano con la muerte más veces de las que muchos podrían alardear de haberlo hecho. Le di la mano, la miré a los ojos, y he vuelto a nacer el mismo número de veces. Yang me ha mantenido con vida. Él es la razón por lo que no he dejado de luchar.

Al pensar en él me doy cuenta de que sonrío. Quiero terminar de una vez y desaparecer. Me da igual adonde quiera llevarme.

Yang está suspendido de servicio y por dos razones distintas: la primera por «involucrarse sentimentalmente con una reclusa del Estado de California» —eso ponía el papel en grandes letras mayúsculas—; nuestro abogado le ha restado importancia, pues nos aseguró que nada más salir de aquí pasaré a ser una ciudadana sin deudas con el estado, actuales ni pasadas, así que Yang no puede ser penalizado por una infracción que no ha cometido. Vacíos legales que a mi actual abogado le parecen encantar. En cuanto a la segunda, se debe a que mató en servicio a un oficial con un arma que no le pertenecía; más que nada es burocracia, no le pueden incriminar pues se ha demostrado que el agente en cuestión era culpable, pero ha muerto, así que tienen que cumplir con la burocracia hasta que el juicio en contra de toda esta mafia no termine.

Y, contra todo pronóstico, nunca le he visto tan tranquilo, sobre todo cuando en el hospital al día siguiente del ataque me quitaron la tobillera. Yang tomó el trasto de la mano del agente, lo tiró en el suelo y dio dos pisotones certeros. Luego me tomó de la cara y me besó con descaro. Un agente trajeado acababa de entrar y carraspeó a nuestra espalda, a lo que contestó:

—Quítame la placa si quieres. Ah, no, si ya la tienes.

El agente soltó una carcajada y Yang susurró un te quiero sobre mis labios.

Fue la última vez que se alejó de mí en las últimas semanas, hasta este preciso instante, porque no le han dejado entrar conmigo, solo lo puede hacer mi abogado.

Son las 12:40. Empiezo a impacientarme. Por mi mente pasan varios pensamientos distintos, todos ellos acaban conmigo encerrada otra vez y dos tobilleras en lugar de una. Intento quitarme eso de la mente, así que toco la pulsera de plata que me regaló Rose como si fuera un talismán; está hecha por encargo, por delante una serie de líneas talladas en la plata dibujan olas y por detrás, donde solo yo sé que tiene algo, pone:

*«Las pelirrojas tenemos fuego en el corazón pero  
mi amiga rubia tiene un arma y sabe como usarla»*

Ha sido lo más adorable que me ocurrió en mucho. Lloré tanto que casi me quedo sin aire; el que hubiera juntado la frase de mi madre que solo le comenté en una ocasión con esa promesa de amistad —amenazante y loca como lo es ella—, fue uno de los gestos más bonitos que hicieron por mí jamás.

Cuando el reloj anuncia la una de la tarde decido que no puedo más. Si sigo sentada mirando al techo me dará un ataque de nervios. Me acerco a la ventana; estoy en la quinta planta del Edificio de Justicia, en la calle hay una marabunta de reporteros, coches, viandantes... no todos los días se perdona a alguien por asesinato, menos aún cuando el alcalde es quien está detrás de todo. *Ex-alcalde*. Mejor llamar las cosas por su nombre.

Alguien apunta hacia arriba y empiezan los gritos; me alejo de la ventana con rapidez y vuelvo a sentarme. Yang prometió que estaría en el parking trasero con el coche en marcha cuando saliera de aquí. Es lo único en lo que tengo que concentrarme.

Ha pasado poco más de media hora y mi abogado entra; hay mucho ruido fuera de la sala en la que estoy encerrada, cuando abre la puerta el barullo se cuele como una bestia, incluso da la sensación de

que le cuesta cerrar, como si el ruido tuviera fuerza.

—¿Qué...

—Tenemos un problema —y cuando dice eso me toco la pulsera y quiero llamar a Yang. Le necesito.

# Día 240

HE REPASADO VEINTE veces lo que tengo que decir. Mi abogado, Jean Luca Domenecchi, me mira con los ojos entrecerrados. Cada vez que contesto —con las respuestas que él mismo me ha dado—, me interrumpe y suelta otra pregunta retorcida por encima.

—No puedo hacerlo —digo y me llevo las manos a la cabeza.

—Sí que puedes, Alice. —Se sienta a mi lado.

Miro a la puerta, estoy en el salón del piso que Yang y yo estamos ocupando mientras dure el juicio; la localización es secreta y tenemos guardias hasta en el cuarto de baño.

Hace un rato que el letrado ha echado a Yang y él está en la cocina, le oigo golpear algún que otro vaso y maldecir por lo bajo. Estoy muy nerviosa y no es que Yang estuviera siendo amable con el abogado; cada vez que saltaba a por mí, incluso sabiendo que lo hace adrede y que necesita prepararme para lo que ocurrirá mañana, él perdía el temple y contraatacaba.

—No puedes venir al juicio —farfulló Domenecchi.

—¡Y una mierda que la voy a dejar sola allí dentro! —Yang dio tal voz que el agente que estaba en la puerta entró desenfundando el arma.

—Si saltas en medio de la sala la vas a perjudicar a ojos del jurado y del juez —comentó mi abogado con templanza.

Yang salió dando un portazo y yo, que no quería reírme, solté una carcajada sin poder contenerme. Mi chico es una fiera, y eso me vuelve loca.

—Me alegro de que te parezca gracioso —me dice Domenecchi, repitiendo lo mismo que cuando reí cinco minutos antes. He pasado de sentir impotencia a desternillarme recordando la cara del abogado; creo que Yang le da un miedo de muerte.

—¿Y qué quieres que haga? —Suspiro y me apoyo hacia atrás en el sofá—. O me río o me pongo a llorar. Esto es ridículo...

—Alice, por favor, céntrate.

Afirmo con la cabeza y mi abogado retoma el interrogatorio de preguntas retorcidas que su mente ha fabricado para el juicio, entre las que están cosas cómo: «¿Y cuándo empezó a acostarse con su agente, antes o después de que se lo asignaran?» o una peor todavía: «¿Podría decirle al jurado qué sintió cuando el agente fallecido intentó violarla?».

Preguntas sin ton ni son y creadas para desestabilizar, y que cumplen con su cometido y eso que ni estoy en el juicio todavía.

Resultó ser que retiraron los cargos por el Asesinato Doloso del sobrino del alcalde, no obstante, el abogado defensor logró tergiversar de tal manera las cosas, que presentaron nuevos cargos en mi contra: «Conspiración para el asesinato». Sí. Pero ahí no queda la cosa, la supuesta conspiración hace referencia al asesinato de mis padres.

Nada más oír eso diez días atrás tuve una crisis y acabé en el hospital. La ambulancia tardó veinte minutos en lograr llegar a los juzgados.

Domenecchi insiste en que solo están tirando piedras al tejado, intentando distraer la atención, y sobre todo, impedir que la fiscalía me llame como testigo en el caso contra el alcalde y los narcotraficantes; si logran meterme en el papel de imputada no podrán sentarme en el banquillo como parte de la acusación, y por ende, no podré explicar cómo descubrí el tema de las cuentas en el ordenador, con lo cual lo hará un

técnico sin conocimiento de lo que hacía o dejaba de hacer mi padre, lo que acabará en una charla por parte de un profesional informático que aburrirá al jurado y puede que incluso, la que es una de las pruebas más importantes pase a un segundo plano.

Y lo que más me duele de todo esto no son las posibles preguntas, los ataques que vendrán, la humillación... no, lo que me parte por dentro es sentarme en el banquillo de acusados para que un juez diga en voz alta que empieza el caso del estado en mi contra por haber planeado el asesinato de mis propios padres. Espero que nadie sepa nunca qué se siente.

# Día 251

YANG ME DA un beso y yo me acurruco más en su pecho.

—Tenemos que irnos ya.

Abro los ojos y miro a la ventana. El sol hace poco que ha salido. Hace mucho frío fuera; el vaho ha cubierto el cristal y aún con la calefacción encendida tengo frío.

—No sé si podré, Han...

—Sí que lo harás. El caso es ridículo y el fiscal lo sabe. —Yang se ha sentado y yo también me incorporo—. Contesta a las preguntas con la verdad, no te dejes afectar por nada, ¿me escuchas? Nada de lo que digan puede hacerte daño si no se lo permites.

—Te quiero, mi número 3.

—Podría ser un número más interesante...

—¿Cómo cuál, señor agente?

—No sé... ¿infinito?

—Eso no es un número —digo, pero me retracto en el acto—: No, tienes razón. Faltarían números para que pudiera decir cuánto te quiero.

Sonríe y me besa. Lllaman a la puerta y sé que es ahora o nunca; la oleada de valor que me ha dado Yang podría disiparse en cualquier instante.

\*\*\*\*\*

Miro el reloj en la pared: 8:50. Estoy en el mismo edificio, aunque hoy en distinta sala. Yang se ha quedado fuera, en el coche. El abogado iba muy en serio al decir que no le dejaría estar presente durante la sesión. Respiro hondo y la puerta se abre.

—¿Preparada? —Domenecchi está de pie y me indica que salga.

No logran detener a la turba de reporteros, así que bajo la cabeza y enfilo hacia la puerta de la sala; Domenecchi va a mi lado y entre él y dos agentes logran que entremos.

El juez empieza la sección, el alguacil nombra el caso: «*El Estado de California contra...*» dejo de escuchar. Hay muchas voces, un que otro grito, martillazo sobre la mesa de pino, sillas que se arrastran... estoy presente pero no logro estar aquí.

Mi abogado está hablando. Aún queda mucho para su alegato final pues apenas hemos empezado, y si es la mitad de bueno que en la presentación del caso, no creo que me vaya del todo mal.

Se ha extendido cosa de veinte minutos, y cuando se sienta y me toca la mano me doy cuenta de que ha terminado.

Le toca el turno al abogado de la acusación. Me mira mientras se levanta, se ajusta la corbata, y cuando creo que empezará a dar su discurso, dice:

—La acusación desea llamar al banquillo a la acusada: Alice Rosalie Simpson.

La sala se exalta. Ni mi abogado, por su cara, se espera que me llame sin al menos presentar antes su caso. El juez acaba de preguntarle al abogado si está seguro de hacerlo antes de sus alegaciones y él afirma.

El juez me indica que me levante. Apoyo las manos sobre la mesa. Me estoy mareando. Mi abogado se da cuenta. Le dice al juez que debido a mis problemas de salud requiere ayudarme a alcanzar el

banquillo.

—No. —Creo que todos me miran a la vez—. Puedo sola. Gracias.

Quince pasos. Los cuento y me giro hacia las caras y voces que me observan como si fuera un mono de feria.

«Señoras y señores: *La pelirroja asesina de California*».

El alguacil pone la biblia frente a mí. Pongo la mano sobre ella y juro decir la verdad y nada más que la verdad. Cuando me siento agradezco hacerlo porque estoy a punto de que mis piernas se rindan.

\*\*\*\*\*

El abogado de la acusación ha hecho una serie de preguntas sin mucho sentido. Parece querer ganarse al jurado, y lo está haciendo, sobre todo cuando me dio los pésames con voz temblorosa.

Acaba de preguntarme algo sobre mi profesión. He dicho que soy Matemática, que estoy haciendo un doctorado.

—Bueno, entonces, señorita Simpson, ¿puede afirmar que no conocía de nada al fallecido, Jeremy O'Hara?

—No, no lo conocía.

—Le recuerdo que está usted bajo juramento. —Veo que el jurado se tensa. La tan solo insinuación de que miento les pone en alerta.

—No, no lo conocía —repito más cerca del micrófono. Y él sonrío. Sé que su espectáculo acaba de empezar.

—Eso es raro —dice y se pasea frente al jurado. No le quitan el ojo, les tiene embelesados—. ¿Está usted segura, señorita Simpson?

—Sí, no lo conocía de...

—¿Ha acudido usted al instituto de la localidad?

—Sí, señor —mi voz amenaza con quebrarse. No sé por dónde pretende ir, y eso me aterra.

—Entonces estaba familiarizada con la institución.

—¿Es una pregunta? —El jurado me mira en el acto. Mi abogado niega con la cabeza, y el letrado toma la palabra.

—Lo siento, intentaré ser más claro —mira al jurado y luego me mira a mí—. Entiendo que los nervios le estén pasando factura, seguro que el jurado no lo tendrá en cuenta.

Se escucha incluso una que otra risita entre el público. Nunca me he sentido tan humillada en mi vida.

Mis manos sudan tanto que pienso que si toco el micrófono me dará un calambrazo. Quizá eso al menos de por finalizada la sesión. La idea suena tentadora.

—Me explicaré mejor, señorita Simpson: ¿es cierto que estudió usted en el instituto local?

—Sí.

—¿Es cierto entonces que conoce la institución y también el cuerpo docente?

—Sí, yo...

—¿Entonces es cierto que dio usted allí una charla la pasada primavera? —Pregunta rápido, una tras otra, apenas logro concentrarme.

—Sí, es cierto yo...

—Y esa charla se impartió entre los alumnos del segundo curso, ¿es cierta la afirmación?

—Sí, fue...

El abogado me mira por debajo de los párpados, sonrío.

—¿Es cierto entonces, que en esa charla que usted impartió la pasada primavera, un mes antes del asesinato de sus padres, fue donde conoció a la víctima y cuando entablaron amistad, le sedujo, y planeó el asesinato de sus padres para así quedarse con la herencia?

—¡No! Yo nunca...

—¡Protesto, señoría! El letrado está haciendo suposiciones sin pruebas y... —Empieza a vocear Domenecchi.

La sala saldrá ardiendo de un momento a otro. Hay tantas voces que ni el juez se hace oír aunque grita.

—¡Silencio! ¡Silencio en sala! —Su señoría golpea el martillo sobre la mesa.

—Lo retiro, señoría. —El abogado de la acusación tiene una sonrisa macabra en los labios cuando me mira—. Volveré a formular la pregunta.

—Adelante —le indica el juez.

—Señorita Simpson, ¿admite usted que dio una charla sobre uno de sus libros docentes la pasada primavera en el instituto local a los alumnos de segundo curso, el mismo al que iba el fallecido?

—Sí, pero no le conocí yo...

—Conteste solo con sí o no, señorita Simpson —el juez es quien habla.

—Sí —el temblor en mi barbilla se ha expandido a mis brazos y piernas.

Una mujer del jurado que me está mirando da un brinco y desvía los ojos cuando la miro. Veo el miedo en sus enormes ojos azules. Pienso en que tendrá un hijo adolescente y que las palabras del picapleitos le han calado hondo.

—Gracias por su sinceridad, señorita Simpson. —Parece un pavo real con el pecho inflado de orgullo—. Y al finalizar la charla ha dedicado usted ejemplares donados a los alumnos.

—¡Protesto señoría! —Domenecchi se levanta—. Que el letrado haga preguntas y no afirmaciones. Además, es irrelevante lo que haya pasado durante una de las tantas charlas docentes que ha dado mi defendida a lo largo de su carrera.

—Aceptado. Letrado, haga la pregunta.

—Mis disculpas, señoría. ¿Firmó usted ejemplares de sus libros tras su charla?

—¡Protesto!

—Es un dato muy importante para la acusación, señoría. Se adjunta prueba: ejemplar del libro de la acusada firmado para el fallecido.

El juez golpea el martillo, todos gritan, llego a oír uno que otro «asesina» en el aire.

—¡Protesto!

—Desestimado. Prosiga, letrado. —El juez les hace callar. Mi abogado parece hundirse en la silla cuando se sienta.

—Según se aprecia en las fotografías —el abogado empieza a pasar una serie de fotos frente al jurado para luego ponerlas sobre una pizarra blanca al lado del banquillo—, aquí se puede leer la dedicatoria:

*Para ti que sueñas con números  
que quieres dejar de ser uno.*

*Cree en ti.*

*Con cariño, Alice*

—¿Es esta su letra, señorita Simpson?

—Sí —me tiembla la voz y todo el cuerpo.

—¿Y así es como dedica sus libros? ¿Con ese cariño tan... *pasional* alienta a los jóvenes estudiantes?

—¡Protesto, señoría! Las insinuaciones del letrado son innecesarias e infundadas.

—Retiro la pregunta —suelta pero añade sin apenas respirar—: ¿Descubrió que Jeremy era un joven problemático e influenciado antes o después de seducirle para convencerle a perpetrar el asesinato de sus padres?

—¡Protesto! ¡Eso es una vergüenza, señoría!

—¡Doscientos ocho! —Chillo y todos se callan. Tengo las manos sobre la cara, quiero ocultar las lágrimas, quiero volverme invisible.

—Solo conteste a las preguntas, señorita Simpson —me advierte el juez.

—Doscientos ocho —repito y miro al frente—. Había doscientos ocho alumnos ese día. La charla terminó a las diecisiete horas y diez minutos. Firmé treinta ejemplares.

—¡Protesto, señoría! —Grita ahora la acusación—. La acusada no ha sido llamada a declarar, sino a ser interrogada.

—Señorita Simpson, tengo que advertirle que...

—Lo sé porque usé dos bolígrafos para firmar. Uno azul y otro negro. Con el azul les dediqué los libros a las chicas, con el negro a los chicos. Fueron diez en total.

—¡Protesto, señoría! La acusada está ignorando las órdenes de la sala.

—¡En todos puse lo mismo! —Grito, tengo que hablar, ya me da igual salir de aquí esposada—. Eran diez chicos y pasaron delante de mí sin que les prestara atención porque no me miraban, solo querían la puntuación por quedarse más tiempo si se llevaban el libro firmado.

—Señorita Simpson, le acusaré de desacato. Letrado, haga entrar en razón a su cliente.

—Alice, tienes que parar, por favor —Domenecci está frente a mí, me sujeta las manos, yo miro pero no veo más allá de las lágrimas. No quiero callarme. No puedo hacerlo. Lo hago por mis padres.

—¡Quince! —Apunto al jurado. Una de las mujeres se encoje un poco cuando ve que le señalo a ella—. Se ha mirado usted el reloj de pulsera quince veces en los últimos tres minutos. Cuatro —le apunto a otro—: siempre niega con la cabeza cuatro veces cuando escucha algo que no le gusta.

—El jurado no tendrá en cuenta nada de lo que diga la acusada —el juez empieza a hablar.

Sin embargo es tarde: me miran, realmente me están mirando por primera vez desde que este circo de los horrores ha empezado.

—Veintisiete —sollozo tan alto que casi todos los presentes se callan.

Veo entonces a Yang, al lado de la puerta de entrada a la sala. Con el tumulto y el griterío no me he dado cuenta de que ha entrado. Dos agentes le sujetan por los brazos, él lucha por liberarse, puedo ver las lágrimas en su cara.

—Veintisiete —repito, ahora solo miro a Yang—. Son veintisiete pasos desde la biblioteca hasta la habitación de mis padres. Los conté porque era la única manera de mantenerme consciente mientras avanzaba por el pasillo. Veintisiete pasos separan lo que era de lo que soy hoy. Y eso nadie podrá devolvérmelo jamás.

# Día 0

TUVIERON QUE PARAR el juicio en medio de la sesión pues resultó imposible hacer callar a la sala tras mi *particular alegato final*. Hicieron falta cinco agentes para sacar a Yang del edificio. Durante el receso el abogado de la acusación se dio cuenta de lo que acabaría ocurriendo, así que ofreció un trato: se retiraban todos los cargos siempre y cuando cualquier declaración por mi parte en el juicio contra el alcalde fuera meramente informativa y por escrito, no podría subir al estrado bajo ningún concepto. Se conoce que les causé buena impresión. Yo solo quería que aquello terminara de una maldita vez.

Cuando echo la vista atrás tengo un sinfín de sentimientos encontrados. Sin embargo, no quiero olvidarlo. Necesito estos recuerdos, me he forjado con ellos. En poco menos de un año perdí a mis padres, perdí salud, perdí paz interior, el gusano de la tristeza se volvió una constante, reptando por mis entrañas a la mínima oportunidad, haciéndome creer, en ocasiones, que luchar por seguir adelante no valía de nada.

Y entonces empecé a ganar. Gané amaneceres, gané sonrisas, lágrimas que derramé en paz conmigo misma, cacé estrellas en el cielo, sentí la lluvia en mi piel, gané a Rose, mi primera y verdadera amiga. Y Han Yang llegó a mi vida.

Gané con él más de lo que podría creer que conseguiría, sobre todo cuando estaba en aquel punto en el que quedaba poco o nada que pudiera salvarme de mí misma. Con él gané fuerzas para salir adelante, gané roces, caricias, besos, calor, deseo... y sigo ganando desde entonces. Incluso cuando decidí alejarme del mundo, fue quien me regaló la herramienta para salir a flote pues él supo ver algo que ni yo conocía que tenía: fortaleza. Me regaló un futuro lleno de días que deseo poder vivir. Wilson siempre estará conmigo, pero sé que Yang no permitirá que vuelva a derrumbarme. De hecho, no creo que mi *agente asignado personal* permita que nada vuelva a hacerlo.

Escucho algo en la habitación y me recompongo frente al espejo, aparto una lágrima traicionera y me miro las mejillas sonrojadas. Casi un año ha pasado, y empieza mi vida otra vez. Me atuso el pelo intentando que colabore un poco. Tengo una entrevista de trabajo y mi melena roja está enfurecida como una hoguera alimentada con gasolina.

—Estás preciosa —Yang me rodea por la cintura. Le miro a través del espejo y pongo los ojos en blanco.

—Para ti estaría guapa hasta con un mojón en la frente, no eres objetivo.

Yang suelta una carcajada y me voltea. Me eleva y me sienta sobre la repisa de mármol, encajándose entre mis piernas. Solo lleva el pantalón gris de algodón, paseo los dedos por su espalda desnuda, miro las estrellas escondidas en sus ojos y lo único que me ocupa la mente es que necesito que me bese.

—Si no me dices que pare ahora mismo vas a llegar tarde —casi gime sobre mis labios. Su pelvis se balancea en movimientos circulares.

—Quizá me den cita para mañana, si tanto me quieren dando clases pueden esperarse otras veinticuatro horas...

Siete. Sus ojos han brillado siete veces desde que me ha tomado en brazos hasta que me ha dejado sobre la cama.

Cuatro. Me ha dicho que me quiere cuatro veces mientras va cubriendo de besos mis piernas y yo no puedo dejar de reírme.

Aún tenemos nuestras cosas en cajas. La mudanza llegó ayer y nosotros llevábamos dos días esperando para tener sábanas limpias. Aunque eso no le molestó demasiado a Yang. No es que la cama dure hecha mucho tiempo.

Todo quedó atrás hace tres semanas.

Hoy es el día cero de una serie que dejaré de contar. Hoy empiezo mi vida con Yang, con mi número infinito.

Fin

# Agradecimientos

Sé que no será la primera vez que leas esto, pero es la más pura de las verdades: hay tantas personas detrás de estas obras como las hay en mi vida.

Dos novelas deberían de tener agradecimientos distintos, pero no puedo hacer eso: tanto «Cuando me leas» como «El número Infinito», aunque tan diferentes entre sí, nacieron a la par, dieron la misma guerra, y tuvieron los mismos *culpables*.

Mi marido, por su paciencia. Mis hijos, por su paciencia al cuadrado. Mi querida y adorada Irene (esa hermana que nació de otra madre) por sus horas y horas de insistencia y broncas, sus «*tienes que terminarla, ¡hazlo!*»). Mi amiga del alma Lourdes, porque sin ella estas novelas no tendrían estas portadas (sino que serían otras diez que quedaron en un cajón). Mi hermano, porque él con sus «*eh, ajam, demais*» me ha dado las mejores conversaciones de mi vida aunque no dijéramos nada. Mis padres, ellos *siempre*. Mis compañer@s de letras, mis chic@s que me siguen desde hacen años (ah, aquellos tiempos de historias perdidas en un blog...). Mi perro, porque, sí, él ha permanecido sentado durante mis madrugadas de escribir, mirándome y dándome mimos cuando, cansada de intentarlo, me dejaba caer a su vera a fumarme un cigarro (la de cosas que el pobre ha tenido que oír). Pero sobre todo, tú. Sí, tú que te has hecho con esta novela, las gracias son para ti, por leerme, por confiar en mí lo suficiente como para permitirme entrar en tu vida durante unas cuantas horas.

*¡Gracias!* Qué palabra tan bonita.

Qué de palabras se esconden detrás de ella.

© Karol Scandiu

© El número Infinito